



LAUREEN ALTMAN

# JURAMENTO QDESEO

LA LUCHA DE UN MACRAE

# Table of Contents

[Anteportada](#)

[Síguenos...](#)

[Información legal](#)

[Rigor histórico](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo](#)

[Síguenos...](#)

[Créditos](#)

LAUREEN ALTMAN

# **Juramento o deseo**

## **La lucha de un Macrae**

*Corregido y editado por Paloma Vega Centeno*

Cherry Publishing

Si quieres estar al tanto de las novedades  
de Cherry Publishing España,

síguenos en Instagram:

[@cherrypublishing\\_esp](#)

Sigue también a la autora:

[@laureen.altman\\_libros](#)

¡Activa las notificaciones y no te olvides  
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2024, Cherry Publishing  
Todos los derechos reservados.  
Edición en español: agosto 2024

## **Información pertinente**

Esta historia relata de una forma más o menos libre los hechos históricos que pudieron acontecer (con la excepción de las tramas de los personajes creados por la autora) en torno al siglo XVI en un rincón hoy casi olvidado de las Tierras Altas escocesas. En este sentido, es conveniente recordar que los personajes son ficticios, al igual que las relaciones que se establecen entre ellos, y que por tanto, el rigor histórico en esta novela se supedita a las licencias narrativas de la trama romántica. Rogamos que el lector conciba la presente obra desde esta perspectiva.

*Castillo de Eilean Donan, en una isla al lado del loch Duich.*

Corría el año 1539 y Gorm Macdonald, Señor de las Islas y descendiente directo de los bárbaros vikingos que habían asolado estas costas durante siglos, aprovechó la ausencia de los Mackenzie para reunir a su clan y atacar el castillo de Eilean Donan, con la intención de hacerse con una fortaleza a medio camino entre las islas occidentales que ya dominaban y el interior de Escocia.

Sabía que había pocos hombres guardando el castillo, pues la mayoría había acudido al cementerio de Clachan Duich por el aniversario de la muerte de Ishbel Mackenzie, señora del castillo. Todo el clan Mackenzie y la mayoría de los Macrae, su clan armígero, habían partido dos días antes hacia la iglesia de San Dubhthach para oír misa y elevar sus plegarias por la salvación del alma de Ishbel. A la mañana siguiente, plantarían sobre su tumba pasto de ciervo, el emblema de la familia de los Mackenzie, para que el clan se multiplicara igual que la planta.

Ishbel Mackenzie había fallecido el año anterior en extrañas circunstancias. Su cuerpo había aparecido en la bahía de Dornie, un pueblo de pescadores situado a menos de una milla del castillo de Eilean Donan, ya en tierra firme. Todos sospecharon que la pobre infeliz se había tirado al mar desde lo alto de la torre del homenaje y las corrientes la habían llevado hasta allí.

A primera hora de la mañana, cuando la escasa guarnición de la fortaleza aún dormía, los Macdonald asesinaron al castellano<sup>1</sup> Miles Macrae y a punto estuvieron de conseguir hacerse con el castillo, pero la llegada de Duncan, hermano de Miles, frustró sus planes. El fiel Duncan Macrae aprovechó que la puerta poterna estaba desguarnecida para dar al traste con la invasión de Gorm Macdonald. Este fue el canto del cisne de los Macdonald, orgullosos señores de las islas noroccidentales de Escocia, que acabaron perdiéndolo todo.

La generosidad y el agradecimiento de los Mackenzie nunca fueron motivo para componer canciones; los Macrae lo sabían muy bien. De hecho, según algunos historiadores, la fama de tacaños que arrastran los escoceses se debe únicamente a este clan. Y como se suele decir: unos tienen la fama y otros cardan la lana.

Por este motivo, cuando diez meses después se anunciaron unas celebraciones a las que estaban invitados todos los habitantes del condado, Duncan Macrae no podía dar crédito. Conocía bien a Finlay Mackenzie. Habían crecido juntos en Eilean Donan, pescando en los *loch*<sup>2</sup>, en cuya desembocadura se alzaba la fortaleza, y bañándose en sus aguas durante el verano. Habían sido los mejores amigos durante toda su infancia y gran parte de la adolescencia.

Habían cortejado a las mismas jovencitas, casi todas Macrae, ya que los Mackenzie no eran dados a tener mucha descendencia y las jóvenes casaderas escaseaban. Durante un tiempo, pareció que Finlay iba a casarse con la hermana de Duncan, aunque nunca dejó claras sus intenciones. Tampoco puso en entredicho el honor de la muchacha. Por eso, cuando llegó el momento de formar una familia, Finlay buscó entre las ramas más lejanas de su propio linaje hasta dar con una que consideró adecuada y digna de casarse con él.

Duncan se había sentido humillado, pero después de mucho pensar, comprendió que en realidad no había ocurrido nada. Los Macrae eran los camisas de malla de los Mackenzie, sus más fieles vasallos y, como era lógico, su amigo había buscado una joven de mayor alcurnia. Enterró su resentimiento y renovó sus votos de fidelidad a los Mackenzie, aunque la amistad entre Duncan y Finlay nunca volvió a ser la misma.

Eilean Donan había recuperado todo su esplendor tras el ataque de los Macdonald y Finlay Mackenzie había abierto las puertas del castillo a todo Kintail. Los desnudos muros del salón de banquetes se habían engalanado con banderolas y pendones de color verde y azul, a juego con los colores del tartán del clan Mackenzie. De algún sótano se habían rescatado unas alfombras polvorientas para honrar a los invitados y se habían instalado carpas con tabloncillos y bancos corridos sobre una capa de serrín en el patio de armas.

Finlay había hecho llamar a medio Dornie, la aldea de pescadores cercana a Eilean Donan, para que preparasen y sirviesen el banquete más fastuoso que se recordaba. Desde la trágica muerte de Ishbel, no se había vuelto a celebrar nada en el castillo y todo el condado esperaba las festividades con gran emoción. Incluso se rumoreaba que el tacaño de Finlay, en un alarde de generosidad nunca visto, había contratado a unos gaiteros para amenizar la velada del último día.

Las festividades se habían prolongado durante toda la semana y el banquete final había visto el patio de armas ocupado por largas mesas improvisadas en las que se habían reunido todos los habitantes de Kintail. Atrás quedaba el amargo recuerdo del asalto de los Macdonald a la fortaleza mareal. Antes del último banquete, habían visitado el cementerio de Clachan Duich para rezar una plegaria por el alma de los caídos en defensa de Eilean Donan y Duncan Macrae había plantado musgo cuerno de ciervo sobre la sepultura de su hermano Miles para que su progenie se multiplicara.

—Aquí, en la puerta poterna, mi padre mató a cinco perros Macdonald —dijo Evander con orgullo mientras tensaba el arco que había fabricado durante la mañana.

Poco después, blandió el palo con ramitas cruzadas en la empuñadura como si fuera una espada de verdad, e hizo un gesto como si pretendiese atravesar el vientre del infortunado niño que había tenido la mala suerte de ser un Macdonald en el juego.

Evander tenía diez años, pero era espigado y tenía el cuerpo fibroso de un verdadero hijo de las Tierras Altas. Sus ojos, de un azul acerado, reflejaban su risa infantil en medio de los juegos, pero podían oscurecerse tanto como las aguas de los *loch* que rodeaban el castillo si pensaba que se estaba cometiendo una injusticia o si creía que alguien no se comportaba de forma honorable.

Era el hijo mayor de Duncan Macrae, el héroe que había salvado Eilean Donan de las salvajes garras de los Macdonald. Dirigía el juego con puño de hierro, pues sentía una cierta responsabilidad hacia lo que consideraba el rigor histórico de la batalla y no permitía que nadie improvisara o se saliera del guion. Evander hacía el papel de Duncan, por supuesto, ya que era su hijo mayor y heredero de los Macrae.

A su lado, una chiquilla lo miraba como embelesada, con una expresión cercana a la adoración. Dairine Mackenzie se recogió como pudo el pelo oscuro ensortijado y se plantó a su lado de un salto, con la falda sujeta en la hebilla de la cintura para poder moverse con libertad mientras recreaban la batalla. Al igual que su amigo, llevaba el arco colgado a la espalda, así como un rudimentario carcaj con las flechas que habían fabricado por la mañana. Dairine seguía a Evander como un perrillo faldero. Allí donde fuera el primogénito de los Macrae, iba la niña. Para la pequeña Dairine, Evander era casi un dios. Trepaba por los riscos tras la estela del muchacho como si fuera una cabra y... ¡ay de aquel que sugiriese que Dairine no podía hacer las

mismas cosas que los demás niños...!

—¡Necesitamos más McDonald! —gritó Evander al resto de la pandilla.

—Voy a llamar a los mozos de las caballerizas para que vengan —repuso Dairine, y dio media vuelta para salir disparada hacia las cuadras.

—¡No, tu padre se enfadará! —replicó Evander, sujetándola por el brazo.

—¡Suéltame! —Dairine se revolvió.

Con un solo movimiento, se liberó del agarre de su amigo. Evander y los demás niños soltaron una carcajada. Si Dairine quería hacer algo, siempre se salía con la suya. Pero si Evander le pedía un favor, a la niña le faltaba tiempo para complacerle. Tanto era el caso que las criadas de Eilean Donan que se ocupaban de la niña desde el fallecimiento de su madre habían llegado a un acuerdo con Evander: no se metían en sus juegos y, a cambio, él cuidaba de Dairine y le pedía por favor que fuera a las cocinas a hablar con ellas cuando llegaba la hora de cenar.

Dairine pasaba los días jugando con Evander y los demás niños de Dornie, pescando con ellos, corriendo por las laderas de los *glen* y bañándose en las heladas aguas de los *loch* cuando Evander y los demás decidían darse un chapuzón.

En el castillo, la fiesta estaba a punto de acabar. El salón de banquetes se había ido vaciando poco a poco y la mayoría de los aldeanos ya se habían marchado a sus casas. En una de las mesas improvisadas con tableros del patio de armas, Duncan Macrae apuraba su bebida.

—¿Ya se han ido todos? —preguntó Finlay Mackenzie, mientras aparecía por la puerta que daba directamente al patio desde el salón de banquetes.

Llevaba en las manos dos enormes jarras de metal que contenían una cerveza oscura elaborada en un monasterio cercano.

—Casi todos. Apenas quedamos nosotros y los sirvientes —repuso Duncan—. Es tarde.

A lo lejos se oía la algarabía de los niños, que seguían jugando y trepando por las almenas. De vez en cuando, uno de ellos atravesaba el patio a la carrera y desaparecía en las cocinas o las caballerizas. Los dos hombres, ya medio borrachos, ignoraron por completo el ruido y los chillidos infantiles que procedían de las almenas.

—Toma, te traigo una cerveza —dijo Finlay, y le dio una de las jarras a su amigo.

Duncan bebió un sorbo y escupió sobre el serrín que protegía las baldosas del patio de armas.

—¿Quién te ha vendido estos meados de cabra? Creo que es hora de que pruebes el famoso *whisky* de los Macrae —declaró Duncan, mientras agitaba un brazo para llamar a uno de sus mozos—. ¡Eh, chico! ¡Trae eso que te dije que protegeras con tu vida!

—¿Qué es? —inquirió Finlay—. ¿Ese *whisky* que escondes incluso al rey? ¿El que destilas a escondidas de noche en tu casa de Kintail para no pagar impuestos? ¿Ese que nunca me has permitido probar?

—Ese mismo —rio Duncan—. Deseo brindar por mi hermano Miles y recordarlo como a él le habría gustado: bebiendo el *whisky* de la familia.

—Ya hemos plantado musgo cuerno de ciervo sobre su tumba para que tu familia siga creciendo.

—Esas son estupideces de mujeres. ¡Me basto y me sobro para que mi familia se reproduzca! Mira a tu alrededor —añadió, señalando a Evander, que jugaba con los demás niños a la luz de los últimos rayos del sol en lo alto del camino de ronda.

El cabello de color arena del chiquillo brillaba en el ocaso y la brisa que penetraba desde el Atlántico llevaba el bullicio de los juegos infantiles hasta el patio de armas.

—Es que tú no sabes mantenerla quieta dentro de los calzones, Duncan —bromeó Finlay

socarrón—. ¿Cuántos hijos tienes ahora entre los de tu esposa y los de las mujeres de las islas? ¿Doce, trece? ¿Más?

—Por lo menos no soy como tú, que todavía lloras la muerte de esa infeliz y te has quedado solo con la chiquilla.

Su difunta esposa Ishbel no había sido capaz de superar la pérdida del ansiado hijo varón, que dos años antes había fallecido a los pocos días de nacer. Ishbel había notado cómo la miraba Finlay y se había sentido culpable por no darle lo que más deseaba: un heredero. Los meses previos a su muerte, Ishbel se había recluido en sus aposentos de lo más alto de la torre del homenaje e incluso había dejado de compartir el lecho con su esposo.

—Juré cuidar de Dairine y eso haré —afirmó Finlay Mackenzie con dignidad.

Incapaz de demostrar amor a una niña que había perdido a su madre, se había refugiado en las intrigas palaciegas para aplacar la rabia y el dolor que sentía por la muerte de su esposa, pero sobre todo, por la de su hijo varón.

—¡Ah, los Mackenzie y sus juramentos! Os creéis los mejores, ¿me equivoco? Las mejores tierras, los mejores castillos, las mejores mujeres... Pero después, los muertos los ponemos los Macrae, como mi hermano en esta fortaleza y como todos los míos que murieron en nombre de tu padre en los campos de Flodden. Mucha promesa y poca sangre, eso es lo que digo yo.

La conversación iba subiendo de tono al mismo ritmo que desaparecía el famoso *whisky* de los Macrae.

A lo lejos se oyeron unos sollozos, pero los dos hombres estaban tan enfrascados en su conversación que no vieron a los niños que jugaban en las almenas.

—¡Ay, ay! —lloriqueaba Dairine—. ¡Me duele mucho! ¡Pero mucho, mucho!

—Déjame ver. —Como hijo de Duncan Macrae, el camisa de malla de los Mackenzie, Evander sentía que era su deber cuidar de la pequeña Dairine—. Venga, deja de llorar.

Siempre se ponía nervioso cuando la veía lloriquear.

Dos surcos marrones recorrían las mejillas sucias de la niña. Dairine alzó los ojos de color avellana hacia el galante chiquillo que se brindaba a ayudarla y retiró la manita sucia con la que cubría la herida.

—Padre me va a matar —murmuró, mostrando a Evander la herida que tenía en la rodilla—. Mira mi vestido. ¡Me va a matar!

—No te preocupes por eso ahora. ¡Ven! Creo que Sìne está todavía en las cocinas.

Sìne era la hija de la cocinera de Eilean Donan y había acudido a echar una mano a su madre con el banquete. Era una jovencita de unos quince años que quería ser curandera, como la madre de su padre. Odiaba entrar en una cocina si no era para preparar pomadas y ungüentos, y estaba decidida a mudarse al interior de las Tierras Altas con su abuela para aprender el oficio de sanar a las personas y los animales. Solo le faltaba convencer a su madre, pero sabía que era cuestión de tiempo. Mientras tanto, cuidaba de toda la chiquillería de la aldea y de la fortaleza de Eilean Donan. Todos los niños la adoraban por ello ya que, además de curarles rasguños y torceduras, Sìne escuchaba con toda paciencia sus preocupaciones.

—Nos van a ver... —protestó Dairine.

A lo alto de la muralla llegaban las voces de sus padres, que cada vez subían más de tono, y ninguno de los dos niños sentía deseos de cruzarse con ellos cuando habían bebido demasiado.

—No si entramos por detrás. Bajaremos por el otro lado y, en lugar de cruzar el patio de armas, ¡haremos como mi padre contra los Macdonald! —exclamó Evander, orgulloso por la idea tan estupenda que había tenido.

En el patio, Duncan y Finlay seguían dando cuenta del *whisky* de los Macrae. El castillo se iba sumiendo poco a poco en la oscuridad. Las criadas ya habían acabado de retirar los restos de comida del salón de banquetes y ahora los mozos se afanaban desmontando las mesas y apilando los tablones que pronto estarían de regreso en los sótanos de la fortaleza.

—¿De verdad te vas a llevar a la chiquilla de aquí? ¿Qué pasa, te da miedo que se convierta en una Macrae? —El tono bromista de Duncan no ocultaba el resentimiento que aún sentía por el feo que le había hecho Finlay a su hermana al rechazarla para casarse con una Mackenzie.

—No digas tonterías, no es por eso. El problema es que quiero casarla bien y aquí se comporta como una salvaje. Debe aprender a ser una señorita, ahora que el rey está a punto de concederme por fin el señorío de Leod. ¡Necesita una educación más refinada!

—¿Pero aún sigues con eso? Ya posees Eilean Donan y además eres el señor del castillo Rojo. ¿Es que no tienes suficiente con dos castillos y necesitas otro?

—No lo entiendes. Cuando haga de Leod la casa de mi familia, me convertiré en el señor de todo el condado de Ross. Y entonces me volveré a casar.

—¿Te vas a llevar a Dairine a la corte? —preguntó Duncan incrédulo.

—No seas estúpido —replicó Finlay, sirviéndose otro *whisky*. Había que reconocer que los rudos Macrae destilaban el mejor *whisky* de la costa occidental de las Tierras Altas—. ¿Qué haría yo con una niña en la corte? No, la dejaré en el castillo Rojo, al cuidado de mi prima Morven.

—Tú odias a esa niña, ¿verdad? —preguntó Duncan estupefacto—. Si hay alguien poco capacitado para criar a una huérfana, esa es tu prima Morven. No conozco a nadie a quien le gusten menos los niños. Y nunca se la ha visto sonreír. ¡Jamás! —Duncan recordaba a la prima de Finlay que había conocido cuando eran niños y su opinión de ella no había cambiado desde entonces—. Nadie tiene menos sentido del humor que tu prima Morven.

—Ahora que ha desaparecido la amenaza de los Macdonald, ha llegado el momento de pensar en mi legado —continuó Finlay, haciendo caso omiso del comentario de Duncan—. Y mi prima Morven está dispuesta a encargarse de la educación de Dairine.

—Pero podría cuidarla yo aquí, en Eilean Donan. Bueno, yo no. Mi esposa, claro —sugirió Duncan con una risotada.

—¿Quién te ha dicho que serás el próximo castellano de Eilean Donan? ¿Quién, Duncan? ¿Por qué tú y no cualquier otro? —preguntó Finlay, encolerizado por la sugerencia y envalentonado por el alcohol a partes iguales.

—Pero yo creía que...

—¿Tú? ¿Y quién eres tú? —se burló Finlay Mackenzie—. Un armígero. ¡Un simple escudero, Duncan! Mira a tu alrededor y dime qué ves. Esos son los colores de mi tartán, azul como los *loch* de Eilean Donan y verde como las montañas que los rodean. Son mis colores, no los tuyos. Además, te recuerdo que los MacIannan también ayudaron a salvar la fortaleza durante el asedio.

—¿Hablas en serio? ¿Vas a entregar las llaves de Eilean Donan a los MacIannan? ¡Pero si solo acudieron diez hombres en barcas cuando la batalla casi había terminado! ¿Qué ocurrencia es esa? ¡Esos no serían capaces de defender ni una choza de barro!

—Es mi deber mantener la paz en el condado. Georg MacIannan también me ha pedido ser castellano.

—¡Mi hermano murió aquí, defendiendo lo tuyo, por el amor de Dios! Ayer visitaste su tumba, plantaste musgo cuerno de ciervo sobre ella... ¿Y ahora me insultas así? —Duncan se llevó la mano a las ramitas frescas que llevaba atadas a su gorro.

—No pienso nombrar castellano a ningún MacIennan, no soy estúpido. Pero tampoco a ti, Duncan Macrae —remató Finlay Mackenzie.

—¿Me temes porque mi familia es más numerosa y rica que la tuya? —lo desafió Duncan, quien estaba totalmente fuera de sí y había volcado el banco al levantarse—. ¿Es eso, Finlay? —exclamó, dando un puñetazo a la mesa—. ¡Pues te aseguro que me encargaré de hacerle un agujero nuevo en el culo al imbécil que pongas al mando de Eilean Donan!

Al asomarse al patio de armas desde las cocinas, los niños solo llegaron a oír la última frase. Sine había limpiado la herida de la pequeña Dairine y había aplicado un ungüento sobre la rodilla lastimada para que cicatrizara más rápidamente. Le había lavado la carita sucia y la había abrazado para consolarla. Después, la cocinera los había enviado a decir al señor que ya solo quedaban ellos en el castillo y que todo lo demás estaba recogido y limpio.

Finlay Mackenzie estaba a punto de estallar en uno de esos ataques de ira que le sobrevenían cuando bebía demasiado.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —La voz ensordecedora del señor del castillo retumbó en las murallas—. ¡Soy tu señor y me debes respeto, vasallo!

Finlay levantó la vista y vio a Dairine despeinada y sucia, cruzando el patio pegada al lienzo de la muralla de la mano de Evander. La imagen de su hija con el heredero de los Macrae consiguió que Finlay perdiera el poco control que le quedaba.

—¿Así que este era tu plan desde el principio? —añadió—. Quieres casarla con Evander y quedarte con todo lo mío, ¿no es así? ¡Pues que sepas que jamás conseguirás un solo palmo de mis tierras! —sentenció Finlay con una voz atronadora, ya totalmente fuera de sí.

El señor del clan Mackenzie se giró hacia donde los niños se habían quedado paralizados, temblando y muertos de miedo contra la fría piedra de la muralla mientras contemplaban la escena con ojos aterrorizados. Luego exclamó:

—¡Dairine, a tus aposentos! ¡Ahora mismo!

—¡Evander, a casa! —lo imitó Duncan Macrae—. Aquí está claro que sobramos.

—¡Y tanto que sobras! Me llevaré a Dairine al castillo Rojo mañana mismo, ahora que sé dónde está el verdadero peligro. ¡Está decidido!

Duncan miró con odio reconcentrado al que había sido su amigo durante años. Afloró el resentimiento que había enterrado profundamente después de cada afrenta; cada vez que un Macrae moría en el campo de batalla al servicio de un Mackenzie y este último era recibido con honores en la corte; cada vez que Finlay le había llamado «patán», «escudero», «vasallo»; cada vez que le había hecho sentirse inferior a pesar de poseer más riquezas y administrar tanto sus tierras como las de los Mackenzie, cada vez que había apagado las revueltas de los vasallos mientras Finlay se entretenía en intrigas palaciegas.

—¡No me extraña que tu esposa se tirase al mar, Finlay!

Aquello fue mucho peor que una declaración de guerra. Dairine se echó a llorar y se volvió hacia su padre. Sus ojos le suplicaban una explicación a lo que acababa de oír. Finlay Mackenzie dirigió una mirada rápida a su hija y se volvió hacia Duncan.

—Vete de aquí, Duncan Macrae —dijo con un hilo de voz, justo en el volumen preciso para que solo Duncan lo oyera—. Vete. ¡Y no vuelvas nunca más a Eilean Donan! Desde hoy, tú y los miembros de tu familia tenéis prohibida la entrada a este castillo. Si incumples mi orden, o si alguno de los tuyos la incumple, juro que el castigo será la muerte —dijo Finlay, amenazando con el dedo a Duncan—. Mañana mismo anunciaré el nombramiento del nuevo castellano —añadió—. Será el clérigo John MacMhurchaidh. Recuerda, Duncan Macrae, que los Mackenzie

siempre cumplimos las promesas.

—Te aseguro que antes de que llegue el otoño, tu clérigo tendrá un nuevo agujero en el culo —replicó Duncan—. A los Macrae no nos hace falta jurar nada, porque siempre cumplimos lo que decimos. ¡Evander, aquí! —ordenó a su hijo.

Duncan Macrae cruzó la barbacana de Eilean Donan por última vez apoyado en su hijo mayor, con una borrachera de mil demonios y un peso en el corazón que no sabía si era odio o tristeza. Ni una sola vez volvió la vista atrás.

---

<sup>1</sup> *N. de la E.* En este contexto, se refiere al señor de un castillo, en ocasiones también conocido como *laird*.

<sup>2</sup> *N. de la E.* Los *loch* son una masa de agua semejante a un lago, en ocasiones a un brazo de mar, que también reciben el nombre de fiordo, *firth*, estuario o bahía, dependiendo del lugar. La palabra *loch* significa «lago» en gaélico. Sin embargo, no podría decirse que todos los *loch* sean lagos. Las entradas del mar en la tierra se suelen llamar *sea lochs*, esto es, lagos marinos.



## Dairine

Tras los terribles sucesos de aquel día, su padre la había enviado al castillo Rojo y la había dejado al cuidado de su tía Morven, una mujer adusta y severa, prima segunda de Finlay y perteneciente a una rama menor del clan Mackenzie. La había abandonado allí, a su suerte, para que aprendiera a hablar francés, a bordar y a tocar el laúd, y se convirtiera en la dama heredera más codiciada de las Tierras Altas. Muchas veces creyó que iba a morir de aburrimiento y esperaba con impaciencia las cada vez más escasas visitas de su padre, que seguía enfrascado en intrigas palaciegas y en movimientos políticos.

El castillo Rojo era un caserón viejo y destartado que no había sido habitado de forma continuada desde hacía más de setenta y cinco años. Las corrientes de aire atravesaban los muros repletos de grietas y la humedad campaba a sus anchas, alimentando el moho e incluso el musgo, que crecía en los sitios más insospechados. En aquel lugar desolado había transcurrido la infancia y adolescencia de Dairine. Todo allí era viejo, desde su tía hasta las sirvientas y doncellas. No había risas, ni hijos de criados con los que jugar. No se le permitía hablar con nadie que no fuera su tía o la institutriz, una solterona francesa que bien podía haber sido la hermana gemela de su tía. Era igual de rígida, severa y aburrida, y no permitía que la niña se deleitara en juegos imaginarios, ni siquiera cuando estaba a solas.

«Cuando le diable se abugge...», solía decir con su fuerte acento francés.

Dairine se quedaba esperando en silencio, impaciente, a que un día le dijera qué hacía el diablo para salir del aburrimiento, pero la severa institutriz nunca completaba el refrán. Lo que sí aprendió rápidamente fue que, después de aquella frase, siempre aparecía una nueva pieza de lino que había que bordar o una segunda lección de francés después de la comida.

Lo único que había roto la monotonía de durante sus diez años en el castillo Rojo habían sido los paseos a caballo, primero con su tía y más tarde a solas, seguida de lejos por el mozo de confianza de su tía. La huesuda tía Morven creía con toda su alma en las bondades del aire de las Tierras Altas para la salud de las jovencitas casaderas. Aquello había sido su salvación, lo único que había evitado que siguiera los pasos de su madre y se arrojara, en su caso, al patio de armas desde la ventana más alta de la torre del homenaje.

Pero hacía menos de un mes, su padre la había mandado llamar. Finlay deseaba que la jovencita, que estaba a punto de cumplir los dieciocho años, regresara a Eilean Donan. Su tía Morven se había apresurado a hacer que se cumplieran los deseos del señor del clan. Había mandado preparar los baúles de Dairine y la había despachado hacia la costa en un viaje de cuatro días con la vieja Labhra por toda compañía. Mientras, ella se ocuparía de recoger todas sus pertenencias y las de su sobrina, y se reuniría con Finlay Mackenzie en el castillo Leod después de cerrar el destartado caserón del castillo Rojo.

Para Dairine, cualquier cosa que supusiera salir de allí era bienvenida, aunque tuviera que pasar cuatro días encerrada en un carruaje con Labhra. Cuando por fin habían cruzado el puente que unía el castillo de Eilean Donan con tierra firme, los recuerdos de una infancia feliz habían reaparecido en su mente después de los diez años de tristeza y abandono vividos en el castillo Rojo.

Esa noche despertó en sus aposentos de Eilean Donan y, por un momento, creyó que estaba de vuelta en aquel sombrío caserón con olor a podredumbre. Entonces comprendió qué era lo que la había despertado.

*Maldita sea* —pensó, volviendo a la realidad.

Otra vez había manchado la ropa interior. Recordó con tristeza la primera vez que le había sucedido, dos años antes, poco después de cumplir los quince años. Rememoró cómo había añorado a su madre muerta, cómo había deseado tener a alguien con quien hablar, alguien que la reconfortara y le resolviera todas sus dudas. En lugar de eso, el destino le había dado a la tía Morven. Ese día había despertado al amanecer en sus aposentos del castillo Rojo, sintiendo una cierta humedad entre las piernas. Avergonzada y confusa, se había apresurado a correr las cortinas para lavarse y vestirse antes de que entrara la criada de su tía. Quería intentar arreglar el desastre antes de que nadie lo advirtiera. Conociendo a Labhra, la doncella favorita de su tía, seguro que no pararía de repetir la historia por todo el castillo, insistiendo en lo malcriada que estaba, tan mayor y aún mojando la cama.

Al retirar los cortinones y dejar pasar los primeros rayos de la mañana, Dairine no había podido evitar un grito que había retumbado por todos los aposentos del castillo.

—¡Tía! ¡Venga rápido! —Los chillidos histéricos de Dairine habían despertado a los pocos criados que conservaban en el castillo Rojo y, por supuesto, a la tía Morven.

—¡Qué barullo estás montando, criatura! —la había reprendido su tía.

Siempre la llamaba «criatura», como si no tuviera nombre.

—Aquí estoy, señora —Labhra, como la fiel sirvienta que era, se encargaba de limpiar los aposentos de la niña y había irrumpido de repente.

Al ver a la tía Morven inspeccionando la cama y a Dairine temblando como una hoja con el camisón manchado de un carmesí intenso, la resabiada criada había optado por retirarse sin pronunciar una sola palabra.

—Ven, criatura —la había llamado su tía, a la vez que gritaba por el corredor—: Labhra, espabila, ¡una jofaina con agua templada!

Labhra tendría unos cuarenta años. Era una vieja solterona a los ojos de Dairine, a la que nunca había mirado con cariño. Tenía siempre una actitud servil hacia su tía que se transformaba en verdadera maldad cuando se quedaba a solas con la niña. A puerta cerrada, se cebaba con Dairine y se metía con ella y con todo lo que apreciaba. La doncella creía sinceramente que el señor Mackenzie había cometido un error al casarse con Ishbel y que debía haber elegido a su prima segunda Morven. Además, el linaje de la delicada Ishbel no estaba nada claro y había algo impuro en su sangre, decía siempre Labhra, probablemente a causa de un desliz cometido en la familia o por la mismísima Ishbel. Según Labhra, no había otra explicación para los abundantes rizos negros de Dairine, que no eran propios de una Mackenzie. Dairine no entendía todas las implicaciones de lo que insinuaba la vieja doncella, pero sabía que, de alguna forma, estaba insultando a su madre.

—Déjalo todo sobre la cómoda, Labhra —había ordenado la tía Morven—. Y tú, criatura, cálmate. Labhra te ayudará a limpiarte y te enseñará qué debes hacer para no mancharte así. Ah, y se acabó lo de rondar por las cocinas y las caballerizas. Ya eres una mujer.

Desde la seguridad de su alcoba en Eilean Donan, Dairine recordó la sensación de confusión que la había invadido en aquel momento del que hacía casi dos años:

—Pero tía, ¿no voy a morir desangrada?

—Mira que eres tonta, criatura. Deja de decir bobadas y aprende a comportarte, que ya no

eres una niña. A partir de ahora ya no volverás a salir sola del castillo, ni siquiera para pasear o cabalgar. Irás siempre con Labhra, que será tu doncella personal. A cabalgar solo podrás salir conmigo o con tu padre.

—Si no voy a morir, tía Morven, ¿por qué sangro tanto?

—¡Calla, descarada! Las mujeres sangramos todos los meses, eso es lo único que te hace falta saber. No quiero volver a oír mencionar el tema. ¡Suficiente desgracia tiene tu padre contigo!

Dairine se había quedado de piedra. No había entendido nada. ¿Ya era una mujer? Entonces, ¿por qué la tía Morven seguía llamándola «criatura»? ¿Aquello le iba a pasar todos los meses? ¿No se desangraría y moriría? Nada tenía sentido.

Tumbada en su lecho de Eilean Donan, recordó sus intentos de sonsacar a Labhra el porqué de su sangrado. La antipática criada no había contestado a ninguna de sus preguntas. Todo lo contrario, se había burlado de ella y la había llamado «niñata estúpida e ignorante». Además, le había dejado bien claro que nadie iba a lavarle los paños del mes ni la ropa que manchara. Roja de vergüenza, había tenido que ir a los lavaderos el castillo Rojo y hacerlo ella misma todos los meses. Y nunca más se le había permitido mencionar el tema.

Ahora, dos semanas después de su regreso a Eilean Donan, el castillo que albergaba sus recuerdos más felices y las pocas pertenencias que aún perduraban de su madre, había vuelto a mancharse la ropa interior. Decidió que nadie del castillo la vería lavarla y, como sabía que Labhra (aquella ruda mujer que lo mismo podría haber sido un hombre y que básicamente se había convertido en su carcelera más que en su doncella) no querría saber nada del tema, ella misma se las apañaría sin decir nada a nadie. No le resultaría complicado, ya que Labhra no le dirigía más de diez palabras seguidas al día, y todas eran variaciones de la misma frase: «Tápate, no corras, compórtate como desea tu señora tía».

*¿Me tratará así porque pensará que aún soy una niñata? Seguramente...*

En cualquier caso, no diría nada. Aprovechando que el castillo apenas había despertado, mandaría ensillar un caballo y galoparía por la ladera del *loch* Duich hasta encontrar el lugar perfecto donde lavar la ropa.

Dairine preparó un hatillo con los paños sucios y un pedazo de jabón, lo cubrió todo con un viejo tartán de paño verde y azul que encontró en un baúl de sus aposentos y se vistió rápidamente. Bajó sigilosamente a las cocinas y robó media hogaza de pan que había sobrado del día anterior. Luego se dirigió a las caballerizas, donde dos mozos se atareaban limpiando las cuadras y esparciendo heno fresco para los escasos caballos que se mantenían en el castillo. Uno de ellos levantó la vista al oír sus pasos.

—¿Qué haces despierta a estas horas, muchacha?

—Ensíllame un caballo ahora mismo —ordenó Dairine, intentando imprimir a sus palabras un tono de orgulloso desdén teñido de autoridad—. Además, soy tu señora, no una muchacha. ¡No lo olvidas!

Los mozos se echaron a reír y, cuando lograron contener las carcajadas, le hicieron una reverencia tan profunda y ridícula como les permitieron las angostas cuadras que estaban limpiando.

—Como ordene, mi señora... —respondieron a coro.

Acto seguido, volvieron a estallar en carcajadas mientras le ensillaban un caballo.

—¿Tú crees que este es digno de mi señora? —preguntó un mozo al otro—. Tiene un porte majestuoso, y apenas se nota en su quijada que el pobre jamelgo es el encargado de arrastrar el

carro de víveres. ¡Para mi señora, siempre lo mejor!

El otro mozo se dobló de la risa y la silla que estaba colocando resbaló de los lomos del animal, de forma que arrastró al mozo al suelo de la cuadra. Sin parar de reír, el mozo se sacudió el heno y volvió a colocar la montura sobre el caballo, esta vez cuidándose de asegurar bien la cincha bajo el vientre del animal.

*Nunca conseguiré que me respeten* —se lamentó Dairine para sus adentros.

En realidad, ella también tenía ganas de reírse y olvidarse de todas esas tonterías de «mi señora» y «mi señor» que tanto gustaban a su orgullosa tía Morven.

Cuando el caballo estuvo dispuesto, aceptó de buen grado la ayuda del mozo de cuadra para subirse a la montura. El mozo la acompañó hasta la barbacana que daba paso al puente para cruzar a tierra firme. Era la única salida a caballo del castillo y pronto Dairine sintió el viento marino agitándole los rizos negros. Con una sonrisa que le llegaba a los ojos, hizo una reverencia desde lo alto de la montura al mozo, que la despidió inclinándose ridículamente en una nueva reverencia a la vez que repetía sin cesar «Mi señora, mi señora», imitando el acento refinado de la corte.

Con el espíritu ligero y sintiéndose de nuevo en casa, Dairine partió al galope hacia su lugar favorito en el *loch* Duich. Era como si la niebla que la había aturcido durante los años pasados en el castillo Rojo por fin se levantara y pudiera apreciar de nuevo lo que la rodeaba. Le pareció que sus sentidos se agudizaban, que podía oler el brezo de venado, tan abundante en esa zona de Escocia que se había convertido en el emblema familiar de los Mackenzie. Contempló las Cinco Hermanas de Kintail que rodeaban el *loch* y le pareció que le daban la bienvenida a casa, con sus cimas soberbias que protegían el escarpado valle. El viento silbaba a su alrededor y se sintió más viva que nunca. Durante unos instantes, cerró los ojos y dejó que el caballo fuera a su paso.

Tras cabalgar durante casi media hora, se desvió del camino principal que continuaba hacia el pueblo de Morvich y descendió por un sendero pedregoso que bajaba hasta la orilla del *loch*. Tras varios recodos, de repente apareció ante su vista una pequeña cala formada por los cantos desgastados por las mareas que penetraban durante las galernas invernales. La calita era imposible de divisar desde el camino principal de Kintail y había sido su lugar de juegos secreto cuando era niña. Solía venir con Evander, el hijo mayor de Duncan Macrae, y a veces los acompañaban los chiquillos de los criados del castillo. Allí habían corrido, se habían bañado y se habían secado, tiritando bajo el débil sol de las Tierras Altas.

Sin embargo, se recordó que ahora los Macrae eran sus enemigos mortales. La tía Morven le había explicado hasta la saciedad que eran un montón de escoria, unos aprovechados que solo codiciaban las tierras y los títulos de su padre. Y todo era por culpa de la difunta Ishbel, su madre, que había sido incapaz de darle un heredero varón, solía añadir la fiel Labhra.

Al llegar, desmontó y ató su caballo a una rama baja de un viejo pino que se erguía como recuerdo de los antiguos bosques que, según las leyendas, habían cubierto por completo las Tierras Altas cientos de años antes. Deshizo el hatillo y se acercó a la orilla para lavar los paños y sus prendas íntimas. Por primera vez, la tarea le pareció liviana, casi agradable, y frotó toda la ropa con decisión hasta dejarla inmaculada. Después la extendió sobre las rocas para que se secara y se blanqueara al sol. El aire fresco de la mañana le trajo recuerdos de su infancia y, sin darse cuenta, comenzó a silbar la melodía «Flores del bosque<sup>1</sup>», que conmemoraba la batalla de Flodden. Se preguntó cómo una canción tan triste podía lograr que se sintiera tan en paz.

*Estoy de vuelta en mi querido Eilean Donan, eso es...* —se dijo.

Casi sin pensarlo, fue desnudándose como cuando de niña habían jugado a batallas contra el Señor de las Islas y habían acabado casi como Dios los había traído al mundo, con las ropas puestas a secar sobre las rocas calientes para que no los regañaran al regresar a Eilean Donan. La cala quedaba totalmente oculta a la vista desde el camino principal y había sido un lugar de juegos para los niños de la zona desde siempre, o eso decían los más viejos del lugar. A medida que se quitaba cada prenda, sentía cómo la brisa del *loch* le erizaba la piel.

Cuando estuvo completamente desnuda, una ráfaga de viento le agitó el cabello ensortijado, negro como el azabache, que destacaba sobre su piel perfecta de un blanco madreperla. Notó cómo se le endurecían los pezones con el frescor de la mañana. Últimamente, su cuerpo ya no la obedecía como antes y sentía algunas cosas para las que no tenía explicación.

*Es el viento frío* —pensó, e intentó desechar los pensamientos y las preguntas que se agolpaban en su mente.

Pero era imposible. Parecía que su piel estaba diez veces más sensible que antes y percibía cada roce, por mínimo que fuera.

Recordó cómo algunos amigos de la tía Morven la habían mirado los últimos años. Le habían prestado una atención que le había sido desconocida hasta ese momento y habían chocado con ella casualmente en los oscuros corredores del odiado castillo Rojo.

«No inventes y súbete el escote»; esa había sido la respuesta cortante de su tía cuando se había quejado de uno de ellos en particular. Así y todo, le repetía de forma constante: «No salgas sin la camisola, no corras».

Los últimos dos años habían estado repletos de una retahíla de continuos reproches, junto con la aparición del temido corpiño que la ahogaba, la oprimía y le impedía moverse con libertad. Por otra parte, la desaparición de las pocas diversiones de las que había disfrutado en el castillo Rojo y la sombra constante de Labhra, la fiel sirvienta de su tía, habían marcado su vida durante dos largos años, hasta que por fin había llegado el tan deseado regreso a Eilean Donan.

*Ahora estoy aquí, eso es lo que importa* —se dijo sonriendo.

El viento marino del *loch* acariciaba cada centímetro de su piel desnuda y le producía ese cosquilleo que no conseguía identificar. Era placentero, pero a la vez la asustaba de una forma totalmente nueva para ella. Poco a poco, se adentró en el agua y fue consciente del efecto de la corriente helada sobre los tobillos, y más tarde, en los muslos y el vientre. Comenzó a nadar para desentumecer los músculos hasta que, por fin, entró en calor y se relajó flotando de espaldas. Dejó que las tranquilas aguas del *loch* la mecieran como en una canción de cuna. La calma era total y sintió que su alma por fin había encontrado la paz. Había conseguido alejarse del castillo Rojo, de su tía y de esa doncella que más que acompañarla parecía espiarla para impedir que escapara de la cárcel. El cielo estaba casi totalmente azul y no había un alma en varias millas a la redonda. Sintió que pertenecía a aquel lugar, que estaba predestinada a vivir su vida allí, en comunión con las tierras que la habían visto nacer y no en algún lugar del interior con el que estaba segura de que no sentiría ninguna conexión.

De repente, oyó un relincho que la sacó de su ensoñación. Recordó el animal que había dejado atado a la rama y levantó la cabeza para comprobar que no le había sucedido nada. Su sorpresa fue mayúscula al ver que otro jinete bajaba por el angosto camino que conducía a la cala. En ese mismo momento, fue consciente de la situación.

*¡Dios mío, estoy desnuda!*

—¡Quiquiera que sea, vuelva usted por donde ha venido! —gritó con todas sus fuerzas, pero no recibió respuesta—. Estas tierras son de mi padre. ¡Márchese de aquí o atégase a las

consecuencias! —añadió, tratando emplear un tono que infundiera temor al desconocido.

A medida que el jinete se dirigía camino abajo, Dairine fue acercándose a la orilla, sumergida todo lo que era capaz para ocultar su desnudez. Volvió a ordenarle que diera media vuelta, pero el desconocido seguía aproximándose y hacía caso omiso de sus advertencias. Recordó que tenía su ropa colgada de una rama del mismo árbol al que había dejado atado el caballo, a unos veinte pies de la orilla del *loch*. No sabía cómo librarse de una situación tan apurada. Mientras pensaba qué hacer, oyó al jinete pidiendo auxilio.

—¡Ayuda! —Un grito ronco y lastimero emergió del desconocido, que cada vez estaba más cerca de Dairine—. Santo Dios, por lo que más quiera, ¡ayúdeme!

Al oír la súplica, Dairine se olvidó de su desnudez y salió a toda prisa del *loch*, con el agua resbalando sobre su pálida piel y los cabellos chorreando. No se detuvo ni un momento a pensar. Se apresuró a cubrirse mínimamente con la camisola, sin secarse siquiera, y corrió a auxiliar al jinete en apuros. Cuando consiguió calmar al caballo, que resoplaba y relinchaba sin saber qué le sucedía a su amo, le pareció que el desconocido estaba a punto de perder la conciencia. Antes de desplomarse inerte sobre el cuello del animal, el jinete la miró con sorpresa y curiosidad reflejadas a partes iguales en sus profundos ojos azules.

Dairine lo agarró a tiempo de impedir que cayera y lo depositó con suavidad sobre el terreno. El caballero parecía haber perdido el conocimiento. Dairine recordó el descolorido tartán de paño verde y azul que había empleado para hacer el hatillo y fue a por él para extenderlo en el suelo. Con sumo cuidado, movió poco a poco el cuerpo inerte del desconocido, cuyo rostro apenas se intuía por la mugre, hasta depositarlo encima del tartán. Improvisó una almohada con el corpiño para que reposara la cabeza y después tomó unos cuantos paños recién lavados y se acercó a la orilla para volver a humedecerlos. Mientras limpiaba con ellos el rostro cubierto de suciedad y sangre del misterioso jinete, a duras penas logró ahogar el grito de sorpresa que brotó de su garganta cuando reconoció a aquel hombre.

¡Evander!

---

<sup>1</sup> N. de la E. En inglés, *Flowers O' The Forest*.



## Dairine

—Evander —susurró Dairine, acercándose al rostro del jinete herido—. Evander, ¿eres tú?

El joven no respondió. Dairine se acercó a su boca para comprobar si aún respiraba. Advirtió que la sangre abandonaba su bello rostro por momentos. La vida se escapaba de unas facciones que le parecieron prácticamente perfectas, con una nariz recta flanqueada por dos prominentes pómulos.

En la mente de Dairine, tan solo un pensamiento:

*Se está muriendo...*

La inquietud que le produjo esa posibilidad la sacó de su ensimismamiento. Rápidamente, le abrió la chaqueta y rasgó la camisa, ya totalmente teñida de sangre. Tenía una flecha con el astil quebrado en el hombro, justo por debajo de la clavícula. La herida parecía muy grave y un escalofrío de miedo le recorrió la espalda de arriba abajo. Dairine nunca había visto una herida así y no sabía cómo actuar. Lo único que sabía a ciencia cierta era que lo peor que se podía hacer en esos casos era intentar extraer la flecha.

*Quizá pueda limpiar la herida* —pensó.

Contenta de poder ayudarle de alguna manera, le abrió totalmente las ropas que todavía le cubrían parte del pecho y procedió a limpiar su torso lo mejor que pudo. Le pareció que el pecho de Evander subía y bajaba con mayor dificultad cada vez que el muchacho tomaba aire.

—Dai... —susurró Evander con un hilo de voz—. Dai...

*¿Estoy soñando? ¿Ha dicho lo que creo que ha dicho? ¡Imposible!*

De repente, Dairine se sintió aterrorizada. ¿La habría reconocido? O peor aún, ¿la habría visto desnuda? ¿Era esa la deshonra de la que hablaba su tía a todas horas? De pronto, Dairine sintió una vergüenza muy distinta a la que estaba acostumbrada a sentir. Se miró y vio que la camisola empapada se le había pegado al cuerpo y marcaba su silueta como si no llevara nada de ropa.

Abochornada, la joven echó a correr hacia donde estaban todas sus cosas. Por suerte, el caballo seguía allí. Se puso rápidamente el vestido que había dejado olvidado junto al árbol y unos segundos después, alzó la vista. Evander seguía tendido inconsciente y ella, como una tonta, se había alejado de su lado.

—Ahora mismo, esto no importa, Dairine —se regañó en voz alta—. Céntrate, por el amor de Dios, y ayúdale o morirá —siguió regañándose mientras regresaba a su lado—. Vamos, niña tonta, apresúrate.

Nada más regresar a su lado, el herido se removió, inquieto, entre susurros.

—Dai... —volvió a musitar Evander.

—Sí, aquí estoy —repuso Dairine—. Voy a ayudarte. Aguanta, Evander. —Pero el joven había vuelto a perder la conciencia—. ¿Evander?

Por un momento, Dairine no supo que hacer. Sabía de sobra que su padre había jurado que ningún Macrae volvería a poner jamás un pie en Eilean Donan, pero quería pensar que, dadas las circunstancias, haría una excepción y no se opondría a ayudar a Evander.

*¡No, no es seguro!*

Eilean Donan estaba mucho más cerca que el pueblo de Kintail y además se temía que, si intentaba pedir ayuda en Kintail y abandonaba al desafortunado Evander a orillas del *loch*, el tiempo pasaría y caería la noche.

*Si no lo mata la flecha, lo matará el frío* —razonó.

De todos modos, ¿qué estaba haciendo Evander en las tierras de su padre? ¿Acaso no sabía que lo tenía totalmente prohibido? ¿Y cómo había acabado con una flecha en el hombro? Dairine se debatía en un mar de dudas. ¿Habrían sido los hombres de su padre?

*Tal vez no haya sido más que un accidente de caza. Seguro que es algo totalmente fortuito...* —quiso pensar, aunque las probabilidades de algo así eran bastante remotas.

Dairine intentó convencerse de que ese era el motivo por el que había acabado allí. Mientras lo contemplaba, desvalido, tendido semiinconsciente sobre el viejo tartán con los colores verde y azul de su casa, no pudo por menos que admirar el hermoso joven en que se había convertido. El recuerdo infantil del chiquillo al que había seguido a ciegas en innumerables aventuras de imaginarias conquistas y batallas se fundía ahora con ese hermoso rostro en el que la vida pendía de un hilo. El fibroso cuerpo del niño de diez años se había convertido en un musculoso pecho esculpido a base de cabalgadas, cacerías y tiro con arco.

Pero la vida de Evander se extinguiría si no actuaba con presteza. Entonces recordó la cabaña de pastores que había a solo diez minutos caminando desde allí. Si pudiera arrastrarlo hasta la cabaña, tal vez los hombres de su padre no se enterarían. Era mejor que no descubrieran a Evander por el momento. Debía arriesgarse. Si iba a Kintail, el pueblo de los Macrae, su padre la mataría. Y si no lo hacía él, tal vez un Macrae dispararía su arco antes de preguntar. Eso sin tener en cuenta que Kintail estaba a más de ocho millas y probablemente se haría de noche por el camino.

Por otra parte, si regresaba a Eilean Donan con Evander, sería imposible que la noticia no llegara a oídos de su padre. Lo primero que haría la chismosa de Labhra sería mandarle recado a su tía, que ya estaba de camino hacia Eilean Donan para celebrar una gran fiesta. Su padre también llegaría esa misma tarde, procedente del castillo Leod. De hecho, habían mandado por delante parte del equipaje y la fiel Labhra llevaba varios días muy atareada preparando los aposentos de su querida amiga y señora, la tía Morven. A esta última le faltaría tiempo para ir con el cuento al fatuo Finlay, que mantenía el juramento pronunciado diez años antes de matar al primer Macrae que osara poner un pie en Eilean Donan. Así que la única solución que se le ocurría era la cabaña de los pastores. Pero se veía incapaz de arrastrar al pobre Evander hasta allí ella sola.

*¿Cómo no se me ha ocurrido antes?!*

Una tímida sonrisa apareció en el rostro de Dairine. Había tenido una idea. Acomodó lo mejor que pudo a Evander, que parecía que había empezado a delirar, y lo abrigó doblando con cuidado el viejo tartán sobre su pecho herido. Después desató su caballo y subió el sendero caminando, guiando al caballo de las riendas, hasta llegar al camino principal. No quería sufrir una caída estúpida y ya había comprobado el mal estado del sendero al bajar hacia la cala. Cuando llegó al camino principal, montó rápidamente y se lanzó a galope tendido. No se detuvo hasta llegar a las puertas de Eilean Donan.

El rastrillo estaba levantado y había multitud de sirvientes en las cocinas y en el salón de banquetes preparándolo todo para la gran fiesta que se celebraría para marcar el regreso del jefe del clan Mackenzie a Eilean Donan después de una ausencia tan prolongada. Como de costumbre, nadie le prestó demasiada atención a la niña tonta que regresaba de dar un paseo a

caballo. La suerte quiso que la primera persona con la que se cruzara al detenerse en el patio de armas fuera el mozo de cuadra que la había ayudado por la mañana y que tanto se había burlado de ella.

—¡Eh, tú! —gritó con voz nerviosa, incapaz de disimular su impaciencia.

—James, me llamo James. No es un nombre tan difícil, mi señora. —El mozo iba a seguir con la broma, pero advirtió lo agitada que estaba Dairine y se calló.

—¡James, eso es! Necesito tu ayuda. ¡Por favor!

—Lo que quieras, muchacha... —repuso James—. ¿Qué necesitas?

—Hay un hombre herido en el recodo que se desvía hacia el *loch* Duich, desde el camino principal a Kintail —explicó Dairine, que hablaba a toda velocidad—. Necesito ayuda para llevarlo a la cabaña de los pastores que hay cerca. Yo sola no puedo... ¡Se va a morir si no lo ayudamos!

—¿Sabes su nombre, muchacha? ¿Qué ha sucedido?

—No, no sé quién es —mintió Dairine— y tampoco qué ha sucedido. Pero tiene una flecha clavada en el hombro. ¡Morirá si no lo ayudamos! ¡Deprisa, por favor!

Por unos instantes, James la miró con seriedad y no se movió de donde estaba. De repente, y sin mediar palabra, salió a toda velocidad hacia las caballerizas. Dairine se quedó esperando sin saber qué hacer. ¿La delataría el mozo a Labhra, su doncella? ¿Qué diría su padre si se enteraba? Y Evander, ¿qué pasaría con Evander?

—¡Rápido, James, está muy grave! —gritó desde el portón de las cuadras.

Dairine no pudo reprimir los sollozos. Tantas emociones en un solo día eran demasiado para una jovencita que hasta entonces solo había conocido el aburrimiento. Pero estaba decidida a que la respetaran y la tomaran en serio, así que hizo un esfuerzo por tranquilizarse y se limpió las lágrimas con la manga del vestido para que el mozo no la viera llorar como la niña estúpida que él pensaba que era.

Unos segundos después, el mozo reapareció. Llevaba las riendas de un caballo ensillado con las alforjas ya cargadas y unas maderas atadas a los costados del animal. Dairine no sabía para qué eran. Estaba a punto de preguntárselo cuando el mozo le hizo un gesto con la mano.

—Vamos —ordenó escuetamente.

Dairine volvió a montar y trotó detrás de James sin rechistar. El mozo no volvió a dirigirle la palabra en todo el trayecto y ella no se atrevía a empezar una conversación con él. La verdad era que James le inspiraba cierta admiración y le daba miedo decir alguna tontería. Además, estaba ayudándola, así que decidió que lo mejor era permitir que él decidiera qué era lo que había que hacer. La resolución de Dairine de ser valiente iba flaqueando con cada minuto que pasaba, porque no podía dejar de pensar en Evander, herido y solo en aquella cala. Tardaron media hora en llegar al punto del que partía el sendero hacia la pequeña ensenada donde había dejado a Evander.

—¡Por aquí! —señaló Dairine, contenta de poder ayudar indicando el camino.

—¡Ah, claro...! —El mozo hizo un gesto que daba a entender que conocía el lugar, aunque hacía mucho tiempo que no lo frecuentaba. La miró con extrañeza—. ¿Qué hacías tú por aquí, muchacha? ¿De verdad viniste sola? Bueno, no he dicho nada. Sigamos adelante.

Desmontaron y descendieron con cuidado hasta llegar al lugar donde Evander seguía inconsciente, arropado con el viejo tartán azul y verde del clan Mackenzie. El mozo comenzó a montar una especie de parihuela improvisada con los listones que había traído mientras Dairine se acercaba para comprobar el estado del pobre Evander.

—¿No lo vamos a llevar a caballo? —preguntó Dairine, extrañada al ver lo que hacía el mozo.

—¿Qué quieres, muchacha? ¿Matarlo? —repuso James, que había abandonado por completo la broma de «mi señora» y las reverencias ante la gravedad de la situación—. ¿No me has dicho que tiene una flecha en el hombro? Debemos intentar moverlo lo menos posible.

Dairine enmudeció. Se sintió de nuevo la niña ignorante y tonta que no servía para nada. El mozo ya se había acercado al moribundo y apenas consiguió ahogar el grito de sorpresa al reconocer el rostro del joven.

—¿Pero tú sabes quién es, muchacha?

—No —mintió Dairine con todo descaro—, pero tenemos que ayudarlo. Ya sé que mi padre no quiere extraños en Eilean Donan, por eso pensé en la cabaña de los pastores. Además, está más cerca —añadió para convencer al mozo, intentando que su voz no la delatara.

James la miró incrédulo, pero no dijo nada. Hacía tiempo que había aprendido a no entrometerse en la vida de sus señores. Él se limitaba a sus caballos. Y cuando terminaba su jornada, se iba a dormir a casa con su esposa y su hijito en Dornie. Pertenecía al clan Mackenzie, pero a él los Macrae no le habían hecho nada. Es más, tenía parientes en los dos clanes y había decidido que los estúpidos juramentos de dos viejos borrachos no iban a afectar a sus relaciones familiares. Ayudaría a aquel chico, de la misma forma que habría ayudado a cualquier persona del condado. Le examinó rápidamente la herida y vio el astil quebrado de la flecha bajo el hombro, casi a la altura de la axila.

—Parece que has tenido suerte, chico. Probablemente vivirás...

James colocó las parihuelas en paralelo al cuerpo inconsciente de Evander e indicó a Dairine que se pusiera los pies del joven malherido.

—Lo vamos a llevar a la cabaña a pie —añadió—. Es más cansado y tardaremos algo más, pero también es más seguro. De esta forma, la flecha no se le hundirá más en el pecho y tendrá más oportunidades de sobrevivir. ¿Te sientes con fuerzas suficientes para ayudarme a transportarlo?

—Por supuesto —replicó Dairine, haciéndose la ofendida.

—En ese caso, cuando diga tres, agarra el tartán y lo levantamos a la vez para colocarle sobre la parihuela con un solo movimiento. ¿Lo has entendido, muchacha? —Dairine asintió con la cabeza—. Uno, dos... ¡tres!

Entre los dos levantaron a Evander con tartán y todo, y lo depositaron con sumo cuidado sobre la parihuela que había construido el mozo.

—Ahora, a la cabaña —ordenó James con decisión.

De nuevo, Dairine siguió las órdenes del mozo sin rechistar y no se quejó cuando empezaron a dolerle los brazos, ni al sentir calambres en los dedos por sujetar con fuerza los extremos de las parihuelas. Cuando llevaban quince minutos caminando y ya se divisaba la pequeña cabaña, James hizo una señal a Dairine para que se detuviera y permitió que la joven recuperase el aliento.

Evander murmuró algo en su delirio, pero era imposible entender nada de lo que decía.

—Continuemos —dijo Dairine, cada vez más preocupada—, o todo este esfuerzo no habrá servido de nada, porque habrá muerto.

James la miró con una mezcla de sorpresa y orgullo. La muchacha estaba demostrando una entereza de la que no la había creído capaz. Todos en Eilean Donan opinaban que la Dairine que había regresado tras diez años de ausencia era una muchachita estúpida con aires de una

grandeza que no se había ganado. Pero ahora la hija de su señor estaba comportándose como se esperaba de una verdadera Mackenzie.

Entre ambos volvieron a levantar al joven y siguieron caminando. Por fin llegaron la cabaña. La puerta estaba abierta, como siempre, ya que se trataba de un refugio que podía usar cualquier persona y no había nada de valor en su interior. De hecho, la cabaña consistía en una única sala casi totalmente vacía, a excepción de una mesa y un banco, así como una chimenea y un montón de leña cortada y apilada por si alguien necesitaba calentarse. En el exterior, justo al lado de la cabaña, había un caño de agua cristalina procedente de las montañas que más tarde desaguaba en un abrevadero para los animales. Nada más entrar, lo primero que hicieron fue depositar cuidadosamente a Evander sobre un lecho que prepararon con el montón de heno seco que encontraron en el interior. Entonces James sacó un pequeño tarro de metal que llevaba en las alforjas.

—Es un remedio que prepara mi madre —explicó—. Evita que entren malos aires en las heridas, aunque me parece que a este chico le hace falta algo más que un poco del famoso ungüento de mi madre.

Dairine observó cómo el mozo limpiaba el pecho de Evander y le aplicaba la pomada en los bordes de la herida.

—Has hecho bien en no intentar arrancarle la flecha —continuó James—. Es una labor muy delicada que, si la realizan manos inexpertas, puede acabar con la vida del herido.

—¿Cómo sabes tanto de heridas de flecha? —preguntó Dairine con curiosidad.

—Estuve en el asedio a Eilean Donan en el que murió Miles Macrae. —Por un instante, James dejó lo que estaba haciendo y se giró para mirar a Dairine—. Además, mi padre cayó en los campos de Flodden, muchacha. Diez mil escoceses murieron en una sola tarde, muchos de ellos vasallos de tu abuelo. Siempre es igual: los señores deciden las batallas y los pobres ponemos los muertos. Así son las cosas —añadió con fatalismo—. Y tu padre ha recibido la recompensa por nuestros muertos: el castillo Leod. A mí nadie me recompensó por la muerte de mi padre, al que apenas pude conocer.

Un rictus de dolor y melancolía se apoderó de su rostro durante unos segundos. Dairine conocía a grandes rasgos la historia de la batalla de Flodden, pero nunca se había parado a pensar en el dolor que había llevado a todos los rincones de Escocia. Para su padre, lo único importante era conseguir el prometido castillo Leod y convertirse en el señor de todo el condado de Ross.

La joven observó cómo limpiaba la herida pero intentó no hacer ningún gesto que indicara que había reconocido a Evander. La mano del mozo era firme, pero también delicada, y solo una vez apareció un rictus de dolor en el rostro de su amigo de la infancia.

—Bueno, muchacha, no puedo hacer más por él. Deberías regresar a Eilean Donan antes de que la bruja que tienes por doncella advierta tu ausencia. Además, recuerda que esta noche celebramos el regreso de tu padre. Apresúrate, que todavía tienes que volver a la cala a por tu caballo.

—¿Pero no vas a sacarle la flecha? —preguntó Dairine, extrañada.

—Ya te he dicho que es una operación muy delicada. Solo conozco a una persona capaz de sacársela o, por lo menos, de quitarle el astil y rezar para que su cuerpo sane.

—Pues ve a llamar a esa persona, mozo —ordenó Dairine, que trataba de recuperar el terreno perdido con James—. ¿A qué esperas? ¡Ve!

—Ha de saber que se trata de Sìne, la curandera. Es una Macrae, como bien sabrá usted, mi señora. —James volvía a tratarla con respeto, como si el tema de la enemistad entre los

Mackenzie y los Macrae le impidiera burlarse de ella.

Dairine cayó en la cuenta. ¡Por supuesto, Sìne! La recordó de cuando era niña. Le había curado multitud de rasguños y había sentido una confianza plena en la joven curandera. A ella habían acudido todos los niños de Dornie y de Eilean Donan cuando se caían y no querían dar explicaciones a los mayores, porque estaban seguros de que les esperaba una buena regañina. En su último día en Eilean Donan, Sìne le había limpiado la rodilla y la había tratado con gran delicadeza. La había abrazado y la había consolado, algo que nadie más había hecho desde que había fallecido su madre, y la niña se había sentido reconfortada.

—Ve a llamarla —repitió Dairine, y esta vez fue capaz de transmitir autoridad en su voz—. Yo esperaré aquí. ¡Apresúrate!

Por una vez, el mozo obedeció sin burlarse de ella. Corrió a la cala a recuperar su caballo y, en cuanto estuvo sobre la silla, lo espoleó con todas sus fuerzas. Dairine se quedó en la cabaña velando al herido, que parecía estar peor.

—Dai... ¡Padre! —no dejaba de repetir.

Los momentos de delirio e inconsciencia se sucedían más rápidamente, o eso le parecía a Dairine, que intentó tranquilizarlo poniéndole un paño fresco en la frente. Luego le apartó los cabellos de color arena y contempló la dignidad que emanaba de su rostro incluso en circunstancias tan penosas. No sabía qué más hacer para ayudarle y siguió acariciándole las mejillas, a la vez que murmuraba una melodía para no echarse a llorar.

Transcurrió un tiempo que se le hizo eterno y, por fin, oyó el ruido de cascos aproximándose a la cabaña. En la puerta aparecieron James y una mujer cuyo rostro recordaba vagamente.

—Hola, Dairine. Te acuerdas de mí, ¿verdad? —la saludó.

—¡Sìne! —casi gritó Dairine, y se abalanzó a abrazarla con lágrimas en los ojos—. Entra, aprisa, ¡tienes que ayudarlo! Por aquí, ¡ven!

—Sí, ya me ha contado James. Tranquilízate —Sìne se deshizo con suavidad de los brazos de la llorosa Dairine—. Toma, pon todo esto sobre la mesa. Y necesitaré que enciendas un fuego. Sabes hacerlo, ¿verdad?

Dairine asintió, aunque en realidad nunca había encendido uno.

—Pero ¡si es Ev...! —añadió la curandera, sorprendida.

—No te preocupes, Sìne. Yo ayudaré a la señora —la interrumpió James antes de que pudiera pronunciar el nombre.

Dairine suspiró, aliviada por la presencia de Sìne, aunque captó una extraña mirada entre la curandera y James que no supo interpretar. Vio que intercambiaban varias frases en susurros, pero no entendió lo que decían. Supuso que hablaban del estado de Evander, pero otra vez tenía esa sensación de que la trataban como una niña tonta a la que nadie tenía en cuenta.

—Muy bien, mi señora, ya casi está —dijo James, que al parecer, insistía en tratarla con respeto—. Ahora, lo mejor es que dejemos trabajar a Sìne y regresemos a Eilean Donan. Recuerde que hoy llega su padre y se va a celebrar una fiesta en el Gran Salón. Si alguien notara su ausencia, mi señora, ambos podríamos vernos envueltos en graves problemas.

—¿Ambos? —preguntó asombrada Dairine.

De repente, cayó en la cuenta. Había colocado al pobre mozo en una situación imposible. James había permitido que su señora se quedara a solas con Evander, que no solo era un Macrae, sino el heredero de Duncan, la persona a la que más odiaba su padre en el mundo. Después, ella le había mandado a buscar a Sìne, otra Macrae. Dairine no quería irse de allí sin saber qué ocurriría con el joven herido, pero comprendió que su marcha era lo mejor para todos. Además,

Sìne necesitaba tranquilidad para extraer la flecha del pecho de Evander sin matarlo.

Accedió a los ruegos de James, que ya la esperaba con los caballos en el exterior de la cabaña. Dairine se dirigió a la puerta y, antes de cerrarla tras de sí, se giró hacia la curandera y musitó:

—Prométeme que le salvarás, Sìne.



## Dairine

De regreso a Eilean Donan, Dairine cabalgaba en silencio junto al mozo de cuadra, que parecía sumido en sus propios pensamientos.

—¿Cómo lo haremos, James? ¿Qué te parece mejor? —preguntó Dairine, intentando arrancarle una palabra al hombre taciturno que la había ayudado—. James, ¿me oyes?

—Sí, mi señora...

*Vaya, conqué hemos vuelto a los «mi señora» en tono burlón y a las reverencias desdeñosas...* —pensó con rabia Dairine.

—Entonces, ¿por qué no contestas? ¿O prefieres que hable con mi padre? Por si no lo recuerdas, regresa hoy del castillo de Leod.

—Escúchame bien, muchacha —la interrumpió James—. Parece que no comprendes la gravedad de la situación. Has estado a solas con un hombre que puede o no haberte desgraciado. Y ese hombre no es alguien cualquiera, no. —Se detuvo para mirarla a los ojos—. Sé que lo has reconocido y sabes que es Evander. A los ojos de tu padre, eso es felonía. Has caído en desgracia, y además, has cometido traición. Por no decir que me has arrastrado a mí en tu caída.

—Pero se lo puedo explicar a mi padre...

—No te enteras de nada, muchacha. Esa es una afrenta que tu padre nunca perdonará. Y, para rematar todo este embrollo, está el asunto de la flecha.

—¿Qué pasa con la flecha? ¡De eso sí que no tengo culpa! —exclamó Dairine indignada.

—¡De verdad que pareces tonta, muchacha! ¿Eso es lo que le vas a decir a Duncan Macrae cuando se entere de que su primogénito ha muerto de un flechazo en brazos de la hija de Finlay Mackenzie, en las tierras de tu clan? ¡Tú solita podrías provocar una guerra civil en el condado de Ross! —acabó por gritar James, que se estaba dejando llevar por la preocupación a causa de la situación y la exasperación por la ignorancia de la joven.

Dairine también estaba llegando al límite de su paciencia con el descaro del mozo, pero admitió que sus palabras eran ciertas. Se mordió la lengua. Ese impertinente la trataba con un desprecio del que no se creía merecedora. En realidad, estaba harta de que todo el mundo la tratara así. Para su tía Morven era una criatura; para el mozo, una muchacha; y para su padre, seguía siendo una niña. Nadie le preguntaba nada y nadie respondía a sus preguntas. Era imposible acertar si nadie le explicaba las cosas. Llegaba a conclusiones con retazos de información que iba recogiendo de aquí y de allá.

*Está bien. Quizás lo de «mi señora» es demasiado y es cierto que aún no me merezco que me llamen así, pero tiene que haber algo intermedio, ¿no?*

No quería seguir siendo despreciada por todos, pero la realidad era que no sabía casi nada de Eilean Donan, de su familia, de su clan o de la vida en general. Si quería ganarse el respeto de los demás, había llegado el momento de escuchar con atención a los que sabían más que ella y hacer las preguntas que le parecieran necesarias, aunque se burlaran de su ignorancia. Con espíritu renovado y dispuesta a no seguir dejándose llevar de acá para allá como si fuera un baúl, se sintió con ánimos para responder al mozo.

—James, sé que solo soy una joven ignorante de diecisiete años, pero te pido que me trates

con respeto. Si te parece bien, de ahora en adelante te dirigirás a mí por mi nombre, Dairine, y nunca más me llamarás «muchacha». Yo tampoco te exigiré que me llames «señora» ni nada parecido. Entiendo que no me he ganado ese título.

El mozo alzó los ojos y la miró con cierta deferencia.

—Me parece bien, Dairine.

—De acuerdo entonces —asintió aliviada—. Ahora, ¿qué propones que hagamos cuando lleguemos a Eilean Donan?

—Nada —repuso el mozo.

—¿Nada? No entiendo...

—Nada —repitió James—. Eso es lo mejor. No le dirás a nadie lo que ha sucedido. Ahora nos detendremos en Dornie e iremos a mi casa a visitar a mi esposa y mi hijito recién nacido. Después regresaremos a Eilean Donan y le dirás a todo el mundo que me rogaste ir a conocer a mi hijito. Irás montada a caballo y yo caminaré a tu lado llevando las riendas. Dejaremos mi yegua aquí, en el pueblo. Como todo el mundo sabe, a las muchachas de diecisiete años les encantan los bebés —explicó el mozo, pronunciando la palabra «muchacha» con un cierto tono de burla que no pudo contener.

A pesar de la situación, Dairine no pudo evitar que una sonrisa se formara en la comisura de los labios, pero rápidamente el recuerdo de Evander sobre el improvisado lecho de heno la devolvió a la realidad.

—¿Qué será de él? —le preguntó con un hilo de voz.

Sabía que James entendería perfectamente a quién se refería.

—No te preocupes. si hay alguien capaz de sanarlo, esa es Sìne —repuso, tratando de animarla.

Continuaron en silencio lo que quedaba de camino hasta el pueblo. Tal y como habían planeado, se detuvieron en la casa del mozo, que estaba al final de la calle principal del pueblo. Era una casita pequeña, pero pulcra. Todo en ella gritaba cariño y limpieza.

Nada más traspasar el umbral, los recibió sorprendida la esposa de James, que estaba ocupada doblando unos paños. James dejó a Dairine con el bebé y se retiró a la alcoba con su esposa. Desde la estancia principal de la casa, que hacía las veces de cocina y comedor, Dairine oyó los murmullos del matrimonio, pero no consiguió entender nada de lo que se decían.

Nunca había estado en una casita tan pequeña. Para ella, los criados formaban parte de la decoración del castillo y no se había parado a pensar que tenían su propia vida fuera de los muros de Eilean Donan o del castillo Rojo. Todo le parecía diminuto, pero muy acogedor. Un fuego calentaba la estancia y el bebé dormía plácidamente en un cesto colocado sobre la mesa, a cierta distancia de la chimenea. Todo estaba en orden; el suelo de tierra apisonada, limpio y las ollas de cobre tan relucientes que Dairine sintió la tentación de contemplar su reflejo en una de ellas. Estaba claro que la esposa de James ponía todo su cariño en su hogar y se enorgullecía de su trabajo. Hacía un mes escaso que había parido y tenía la casita impecable.

*¿Tendrán criados? Claro que no. Pareces tonta, Dairine, ¡ellos son los criados!*

El regreso de James interrumpió sus pensamientos.

—Todo arreglado —dijo James—. Ahora partiremos hacia Eilean Donan —añadió, dirigiéndose hacia la puerta.

La esposa de James incluso les prestó una cesta para que dijera que había ido a llevarle viandas como regalo para ayudarla con la lactancia. Poco después, salieron de la casa del mozo, dejaron uno de los caballos en su cuadra y deambularon brevemente por el pueblo para hacerse

notar antes de regresar a Eilean Donan

—Monta —le dijo James a Dairine—. Conmigo sosteniéndote las riendas, parecerás la heredera que desea tu padre.

Al acercarse a Eilean Donan, vieron los carruajes que transportaban el equipaje de Finlay Mackenzie y la odiada tía Morven. Dairine y el mozo los adelantaron antes de llegar al rastrillo y James guio las riendas del caballo que montaba Dairine hacia las caballerizas. Nada más desmontar en el patio de armas, apareció de la nada Labhra, la temida doncella.

—¿Dónde has estado, Dairine? Llevo todo el día buscándote por este detestable castillo de mala muerte y no te he visto por ninguna parte. ¿Acaso has salido sin avisar? —preguntó, y un brillo de maldad iluminó sus ojillos de color azul desvaído.

No había nada que le produjera más placer a la criada que ir con el cuento a su adorada señora Morven para relatarle las fechorías de su sobrina malcriada.

En ese preciso instante, emergieron del salón de banquetes su padre y su tía, que estaban inspeccionando los preparativos para la gran fiesta que se iba a celebrar esa noche.

—Fui a llevar esta cesta de comida a la esposa del mozo, que acaba de alumbrar —replicó mientras avanzaba para saludar a los recién llegados—. ¡Padre! ¡Qué alegría! Tía, me alegro de verla a usted también —saludó Dairine con su mejor sonrisa—. Le estaba explicando a Labhra que, cumpliendo con la tradición de los Mackenzie, he ido a llevar unas viandas a la esposa del mozo, que no hace un mes parió un varón —explicó, señalando la cesta.

—Muy bien, hija... —la alabó Finlay con orgullo—. Veo que la vuelta a Eilean Donan te está convirtiendo en una verdadera Mackenzie.

—Pero eso no es...

—Labhra, ven a ayudar con el equipaje —la interrumpió la tía Morven.

Dairine aprovechó el momento para murmurar una excusa, hacer una reverencia y alejarse casi a la carrera del patio, antes de que tuviera que dar más explicaciones.

Se dirigió directamente a la puerta de la torre y subió a toda velocidad las escaleras que llevaban a sus aposentos. Necesitaba pensar, y además, rápido. Esa noche había una fiesta para celebrar el regreso triunfal de su padre. Sería el momento perfecto para escabullirse, aunque el riesgo de ser descubierta era enorme. Pero no podía dejar de pensar en Evander, en la punta de flecha que tenía clavada en ese pecho tan perfecto que yacía inerte, apenas respirando, sobre el heno de la cabaña de pastores. Recordó la calma, la placidez y la paz que había sentido, la sensación tan gratificante que le había producido el agua del *loch*, que mecía su cuerpo desnudo bajo la pálida luz de la mañana.

Despertó de un salto al oír los tímidos nudillos sobre la puerta de su recámara. ¡Se había quedado dormida! Pero ¿cuánto tiempo? Alguien llamó una vez más a su puerta. Extrañada, cruzó la alcoba pensando que por fin Labhra había aprendido modales, pero al abrirla, apareció una niña de no más de diez años.

—Mi señora Dairine, me mandan a pedirle que baje a las cocinas, por lo del banquete, ya sabe...

La pobre niña temblaba de pies a cabeza. Era hija de una de las criadas que ayudaban en la cocina durante las celebraciones y aquella era la primera vez que veía a Dairine.

—Ahora mismo bajo —contestó Dairine con voz cortante.

En el fondo, se sentía aliviada, porque eso quería decir que no había dormido tanto, ya que todavía estaban con los preparativos. Se puso un vestido viejo para no manchar el de la fiesta y bajó trotando alegremente las escaleras que comunicaban con el salón de banquetes.

La gran sala ya estaba engalanada. Habían colgado sendos tapices en la cabecera de la sala, donde se sentarían Finlay Mackenzie, su hija y la vieja Morven. Los laterales estaban engalanados con pendones con los colores verde y azul de los Mackenzie, y del arranque de las bóvedas pendían antorchas aún sin encender que iluminarían el gran banquete. Había por doquier grandes cestos con pasto de venado, el emblema del clan. Según la costumbre, cada uno de los asistentes tomaría un ramito y se lo llevaría a casa en señal de lealtad hacia los Mackenzie.

El banquete no iba a ser tan grande como el celebrado diez años antes, entre otros motivos porque Finlay Mackenzie no había invitado a nadie del clan Macrae. Las relaciones entre ellos distaban mucho de haber mejorado.

Cumpliendo su promesa, Duncan Macrae había clavado una flecha en las nalgas del pobre clérigo John MacMhurchaidh. Este, a pesar del incidente y tras muchos ruegos de Finlay, había consentido en seguir siendo el castellano de Eilean Donan después de que el jefe del clan Mackenzie hiciera una generosa donación a la Iglesia. Aquello había enrarecido aún más las relaciones entre ambas familias.

Relativamente ajena a las disputas entre clanes, Dairine atravesó el salón y siguió bajando por una estrecha escalera de caracol que llegaba a los sótanos, donde se encontraban las cocinas, los aljibes y los almacenes. Unas largas y angostas aspilleras se abrían al exterior e iluminaban tenuemente el corredor, dejando pasar los rayos de luz que provenían directamente del Atlántico. Había subido la marea. Dairine alcanzó a oler la brisa salada que llegaba directamente de las aguas que lamían los muros del castillo.

—¡Por aquí!

De pronto, una mano tiró de ella en la semioscuridad y la llevó casi a rastras hasta uno de los almacenes. Dairine se estremeció porque no sabía lo que estaba sucediendo y aquella era una zona de la fortaleza que apenas conocía

—Hola, Dairine —dijo una voz que le resultó familiar.

Era James, que había abandonado las caballerizas para reunirse con ella en secreto y darle un recado de Sìne.

—Todo ha ido bien, muchacha. Perdona, Dairine —se corrigió al ver el gesto de contrariedad de la joven—. Sìne ha mandado recado con su hermana pequeña. Según me ha contado, pudo extraer la flecha sin mayor dificultad. Se quedará en la cabaña de los pastores hasta entrada la noche para no levantar sospechas, pero le ha dado una pócima al herido para que descanse y ahora duerme plácidamente. Me manda decirte que esta noche, aprovechando el bullicio de la fiesta, se reunirá contigo en la garita de vigilancia que está en el camino de ronda, justo encima de las cocinas, y te contará las últimas novedades.

—¡Gracias, James! —exclamó Dairine, y le dio un abrazo tan fuerte e inesperado que dejó estupefacto al pobre mozo.

James se alegró de que la iluminación en los sótanos fuera tan tenue, porque estaba seguro de que se había ruborizado hasta las sienes.

\*\*\*

El banquete dio comienzo cuando desaparecieron por el horizonte los últimos rayos del sol de la tarde. Dairine se había puesto su mejor vestido y cenaba en la mesa principal, sentada entre su padre y la tía Morven. Su padre estaba muy raro con ella. No hacía más que mirarla y sonreír. Cuando ya se habían servido todas las viandas y la cerveza había corrido libremente entre todos

los presentes, Finlay se dirigió a su prima Morven por encima del hombro de Dairine, que una vez más, se sintió invisible.

—La has educado bien, prima —reconoció con una sonrisa.

—Mi trabajo me ha costado, primo —repuso orgullosa la tía Morven.

Por muy acostumbrada que estuviera a que nadie tuviera en cuenta su opinión, aquello le pareció demasiado a Dairine. Hizo intención de decir algo, pero, justo cuando abrió la boca, su padre continuó:

—En cuanto cumpla los dieciocho, le encontraremos un buen partido en la corte, seguro —añadió Finlay sin dedicarle ni una mirada a su hija—. Bueno, creo que ha llegado la hora de anunciar la feliz noticia al clan, ¿no te parece, Morven?

La pobre Dairine no entendía nada de lo que decía su padre. El hombretón se puso en pie y golpeó la mesa con el puño para atraer la atención de todos los comensales.

—Queridos familiares y amigos Mackenzie, os he reunido aquí hoy para deciros que, tras mis éxitos en la corte, ha llegado el momento de volver a formar una familia. Mi hija Dairine ya es toda una mujer, pero el clan necesita un heredero varón que sea sangre de mi sangre. ¡Antes de que acabe el año, contraeré nuevas nupcias! ¡Alzad vuestras copas y bebed todos a mi salud!

—¡Salud y que Dios te bendiga con una prole numerosa!

—¡Que Dios te conceda el hijo varón que mereces, Finlay!

—Una jovencita, seguro. ¡Que la disfrutes, viejo con suerte!

Los gritos y silbidos de aprobación se mezclaban con los deseos más variopintos de felicidad conyugal. La tía Morven cantaba las alabanzas de la afortunada elegida sin olvidarse de incluir alguna pulla velada a la difunta Ishbel entre halago y halago hacia la futura señora de Eilean Donan.

Dairine decidió que aquello ya era suficiente. Era el momento ideal para escabullirse de allí, antes de que se le saltaran las lágrimas y quedara en ridículo delante de todos. Con toda la algarabía que se había montado, dudaba que alguien se percatara de su ausencia. Se armó de valor y salió de la sala de banquetes tan silenciosamente como pudo. Cruzó el patio de armas y, tal como habían quedado con James, se dirigió a la garita del camino de ronda que vertía hacia el mar abierto para reunirse con Sìne. Allí estarían al abrigo de todas las miradas y, casualmente, los mozos de las caballerizas habían invitado aquella noche al vigilante que hacía la guardia para que celebrara con ellos el regreso del señor de Eilean Donan.

Mientras esperaba a Sìne, Dairine no pudo por menos de pensar en Evander y el corazón empezó a latirle con fuerza. Lo recordó tendido sobre el heno, completamente desvalido, y casi se echó a llorar. Tantas emociones en un solo día estaban a punto de acabar con su resolución de comportarse como una adulta.

—Dairine, ¡estoy aquí! He venido porque pensé que querrías saber cómo estaba Evander —dijo Sìne, arrancándola de sus pensamientos.

La llegada de la curandera la sobresaltó tanto que dio un brinco.

—Gracias, Sìne. Sí, quería oír de tu propia boca que todo ha salido bien. ¿Cómo está? Va a sobrevivir, ¿verdad?

—Logré extraerle la flecha, si te refieres a eso. Ahora no se puede hacer otra cosa que esperar.

—¿Puedo ir a verlo? —preguntó Dairine sin ocultar su ansiedad.

—Por si no te has fijado, tu padre está de celebración. Tenéis otro castillo, creo. Uno más grande, más nuevo y más cerca de la corte...

Sìne enmudeció al ver que una lágrima silenciosa resbalaba por el rostro de Dairine. Las dos jóvenes se quedaron en silencio, contemplando la negrura del océano que se fundía con la inmensidad del cielo nocturno.

—Padre se va a volver a casar. Eso es lo que celebramos.

—Lo sé... —dijo Sìne, tomando la mano de la compungida Dairine—. Lo sé.

—Por eso hemos venido. Ha encontrado la Mackenzie que buscaba. Es un poco mayor que yo —suspiró Dairine—. Tiene anchas caderas y el linaje adecuado. La tía Morven dice que le dará el heredero varón que tanto ansía padre, no como mi madre...

—Tu madre era una buena mujer, una buena madre y una buena Mackenzie —afirmó Sìne con vehemencia—. ¿No la recuerdas?

—Muy poco, casi nada —admitió Dairine con tristeza—. Solo sé que padre la culpó de la muerte de mi hermanito y que poco después, apareció ahogada en la bahía de Dornie. A partir de entonces, padre se enfrascó en su lucha de poder por conseguir el ansiado castillo Leod, que ya le había sido prometido a mi abuelo tras la batalla de los campos de Flodden y, después del frustrado ataque de los Macdonald, la tía Morven y él decidieron que era mejor que viviera en el castillo Rojo. Eso es todo lo que recuerdo. Y ahora, padre desea volver a casarse y yo sobro en sus planes —añadió.

Sìne la miró con dulzura. Había una cierta pasión y terquedad en la joven Dairine que le recordaban a Ishbel.

—Tu madre no tuvo la culpa de nada —le dijo mientras le acariciaba los rizados cabellos negros—. Nada se pudo hacer por tu hermanito. Mi abuela, que me ha enseñado todo lo que sé, me contó lo sucedido. El niño nació con problemas y no se pudo hacer nada por salvarlo. Tu madre era una buena mujer, una buena madre y una buena Mackenzie —repitió—, y te quería con locura.

Dairine la miró agradecida. Parecía que por fin tenía una amiga, alguien en quien podría confiar. Tal vez podría preguntarle a Sìne todas esas dudas que la atormentaban. Seguro que ella sabría por qué había cambiado tanto su cuerpo y qué significaba eso de que ahora «era una mujer», esa frase que repetían su tía y la pesada de Labhra una y otra vez. O por qué se desangraba todos los meses y sin embargo no moría, mientras que el pobre Evander yacía inconsciente en la cabaña de los pastores por una herida de flecha, al borde de la muerte.

—Dairine, ¿me estás escuchando?

—Perdona, Sìne. Sí...

—Bien, pues cuando estén todos borrachos, que lo estarán dentro de muy poco, baja a la Puerta del Mar. Allí te estaré esperando con un bote para llegar al pueblo, aprovechando la marea alta. Nadie nos verá salir por mar. Tomaremos el caballo que dejó James en su casa de Dornie. Con un poco de suerte, estaremos de vuelta antes de que baje la marea y, con toda seguridad, mucho antes de que tu padre despierte de la borrachera.



## Dairine

Consiguieron salir de Eilean Donan sin ningún percance, siguiendo el plan que había trazado Sìne. El bote las estaba esperando amarrado a la Puerta del Mar (de eso se había encargado James) y, en cuanto llegaron a Dornie, apareció su esposa con la yegua.

—¡Rápido, por favor! He dejado al niño con mi madre y estoy intranquila —las apremió la joven madre.

Las dos muchachas montaron en la yegua y partieron al paso por el camino de Kintail.

Dairine cabalgó en silencio, agarrándose a la cintura de Sìne. Estaba muy nerviosa, a punto de llorar. Lo que había dicho su padre en el salón de banquetes parecía sellar su suerte para siempre. ¡Iban a casarla con un desconocido! La alejarían de su querido Eilean Donan para siempre. Su padre por fin tendría la familia que tanto ansiaba y se olvidaría de ella. No regresaría jamás a estos *loch* y jamás volvería a sentir la paz que le proporcionaba ese pedacito de costa escocesa. Y luego estaba Evander...

Sentía el alma encogida de preocupación por su antiguo amigo que podía morir esa misma noche. ¡Era un Macrae! ¿Qué más daba si moría? Eso es lo que habría dicho su padre. Su tía se habría alegrado muchísimo y Labhra... ¡Labhra lo habría celebrado por todo lo alto! Para la vieja doncella, todos los males del mundo eran culpa de los Macrae y de Ishbel, su difunta madre.

—No te preocupes, sobrevivirá —intentó consolarla Sìne—. Aunque no te lo creas, ¡soy muy buena curandera! Ahora sé mucho más que cuando te curaba arañosos, Dairine. ¿Sabías que he pasado los últimos ocho años aprendiendo con mi abuela? Conozco todas las hierbas y sé coser carne como el mejor de tus bordados —añadió entre risas.

Dairine no pudo evitar sonreír al pensar en sus bordados. Esperaba de todo corazón que Sìne tuviera más mano con la aguja que ella.

—No es mi primera herida de flecha, tranquila —le aseguró la curandera—. Extraerlas es complicado, pero todavía no se me ha muerto nadie a quien le haya sacado una punta. ¡Anímate, todo va a salir bien!

Dairine la miró agradecida. La admiraba por el valor que demostraba. Parecía increíble que solo tuviera unos años más que ella. A los ojos de Dairine, Sìne lo sabía todo de la vida. No solo eso, sino que se dedicaba a lo que más le gustaba y no parecía tener que rendir cuentas ante nadie.

*Si hubiera podido elegir, habría nacido curandera, como Sìne* —pensó para sus adentros.

Ansiaba la libertad de la que disfrutaba su amiga.

—Gracias por ayudarme, Sìne. Te lo agradezco de corazón.

—¿Ayudarte? ¡Es un Macrae! ¿Cómo no iba a acudir? —Sìne se extrañó enormemente del comentario de Dairine—. En realidad, somos nosotros los que debemos agradecerte que hayas arriesgado tu honra y la ira de tu padre por salvarlo.

—¿Mi honra? ¿Qué quieres decir con «mi honra»? ¿Cómo puedo haber perdido la honra si no creo haber hecho nada malo? ¿Podrías decirme tú por qué es tan importante?

Dairine pensó que por fin alguien iba a explicarle algo. Sabría qué era eso tan importante que se podía perder sin saber siquiera que existía. La única conclusión que había extraído de las

regañinas de la tía Morven era que tenía que ver con la desnudez, pero no acertaba a entender cómo.

Al percatarse de la ignorancia de la joven, la curandera resopló y decidió cambiar de tema.

—Ya casi estamos. ¡Apresurémonos!

Nada más llegar, desmontaron y dieron de beber a la yegua en el abrevadero. Después entraron en la cabaña y, tal y como había prometido Sìne, allí estaba Evander, aún vivo. La joven curandera se acercó a él, levantó los paños que cubrían la herida y empezó a limpiársela.

—Vamos a cambiar los vendajes. Ven, ayúdame.

—¿Va todo bien? —preguntó Dairine, temblando de inquietud.

—Sí, no te preocupes. Quédate con él mientras lo preparo todo.

Dairine contempló a Evander, que parecía dormir plácidamente. Si no hubiera sido por el vendaje que le cruzaba el pecho, habría pensado que simplemente descansaba.

*Es tan bello... Incluso herido. ¡Vaya hombros! Y qué piel tan suave...*

La joven suspiró mientras le acariciaba el torso. Sintió un leve cosquilleo y no pudo evitar el deseo de acercarse más a aquel joven a quien se sentía atraída de una forma totalmente nueva para ella.

—Dairine, por favor, ¡escúchame! Necesito que sostengas esto. —La voz de Sìne la sacó de su ensoñación y la trajo de vuelta a la realidad.

Dairine notó que la sangre se le agolpaba en las mejillas y sintió una vergüenza terrible. ¿Por qué miraba así a ese joven que un día antes casi ni recordaba? ¿Por qué sentía todo aquello? Ese familiar cosquilleo que le recorría todo el cuerpo, ¿era lo mismo que había sentido aquella noche, dos semanas antes? Si al menos se lo pudiera preguntar a Sìne... ¡Si al menos alguien le explicara algo!

\*\*\*

*Aproximadamente tres semanas antes, en Eilean Donan.*

Dairine se había sentido pletórica de felicidad. Cumpliría dieciocho años dentro de unos meses y su padre por fin había decidido ocuparse de ella. La joven debía regresar al castillo de Eilean Donan, y con ello, sus deseos más profundos se habían hecho realidad. Su tía Morven se había quedado en el castillo Rojo para «dejarlo todo a punto», como le gustaba decir, y llegado el momento, partiría en dirección contraria, hacia el castillo Leod.

—Pronto serás la señora de un castillo —había dicho su tía—, y ese cuchitril de Eilean Donan pasará a la historia. No sé para qué quiere tu padre que vayamos. ¡Mejor haría cediéndoselo de una vez por todas a esos pueblerinos de los Macrae!

La había dejado a cargo de la odiosa doncella Labhra. Aunque el viaje desde el castillo Rojo con esa mujer como única compañía había sido terriblemente monótono, bien valían esos cuatro días de aburrimiento mortal si la recompensa era regresar a su querido Eilean Donan.

Cuando por fin llegaron, la marea estaba baja y el rastrillo subido. Los recuerdos de su infancia se agolpaban en su mente. No podía creerlo. Tras el penoso viaje desde el castillo Rojo en compañía de la antipática Labhra, por fin estaba en casa. Aquel era su hogar.

Había regresado y no tenía ninguna intención de volver a abandonarlo. Atrás habían quedado los tediosos y largos años de una adolescencia vigilada y controlada por su tía Morven en el castillo Rojo; años de soledad, de preguntas que nadie respondía, de las cada vez más escasas

visitas de su padre, de la multitud de pequeñas faltas que la lengua acerada de su tía Morven se encargaba de agrandar y del espionaje de su doncella, que conocía hasta el último sorbo de agua que bebía. Todo eso quedaba ahora arrinconado en el olvido mientras recorría las almenas de su querido Eilean Donan, haciendo el camino de ronda una y mil veces como si estuviera de guardia y alguien los fuera a atacar.

Había recorrido todo el castillo y lo había vuelto a recorrer, había salido por la puerta poterna durante la marea baja y en un botecito al otro lado de la Puerta del Mar, con la marea alta. Había traspasado a caballo la puerta de la barbacana y se había adentrado en las Tierras Altas siguiendo la grieta abierta por los *loch* marinos que desembocaban al pie de la fortaleza. Había visitado los aposentos de su madre en lo más alto de la torre del homenaje. Había salido a las almenas a respirar el aire frío de la mañana, como habría hecho ella. Quería recordarlo todo, recuperar su infancia.

Eilean Donan era más pequeño de lo que recordaba, pero infinitamente mejor que aquel caserón destartado que era el castillo Rojo, con sus desnudas paredes agrietadas y sus escasas chimeneas que apenas se encendían. Aquí podía ser ella misma. A pesar de que la testaruda y metomentodo Labhra ya había preparado un camastro en la antecámara de los aposentos de Dairine con la clara intención de vigilar todos sus movimientos, la jovencita se las había apañado para dejarla fuera en varias ocasiones. Ese día, había mandado a la vieja doncella al pueblo a hacer un recado. Se había asegurado de que no le diera tiempo a regresar desde Dornie antes de que anoheciera. La doncella se quedaría en la posada del pueblo como había hecho la vez anterior, porque tenía pánico a recorrer la milla escasa que separaba el pueblo de Eilean Donan una vez caída la noche.

Era verano, y el aire fresco del océano batía sobre la ventana de sus aposentos, situados justo encima de la Puerta del Mar. Aprovechando el matabacán que defendía dicha puerta desde la altura de la torre, se había construido un balcón al que se accedía desde la cámara donde se encontraba su lecho. Era lo que más le gustaba de sus aposentos. Podía salir y respirar el aire puro sin que nadie la viera. Se desnudó y dejó que el aire húmedo de los *loch* le acariciara la piel. Por primera vez en mucho tiempo, no había nadie que la regañara o la llamara «estúpida», «criatura», «niña», o alguno de esos nombres crueles que oía a su alrededor y que la hacían sentir tan pequeña e insignificante.

*Ya eres una mujer* —se recordó Dairine.

Estaba allí, desnuda, contemplando el imponente espectáculo de la desembocadura de los tres *loch* en el poderoso mar.

Con este pensamiento, llenó los pulmones con el aire nocturno y se dirigió al lecho. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió en paz consigo misma. Estaba cansada, pero feliz. Se deleitó con la frescura de las sábanas al notar su suavidad rozando cada centímetro de su piel al meterse en el lecho. Había dejado las contraventanas abiertas para sentir el contraste del aire frío en su rostro y el calor que le proporcionaban el colchón y las mantas de lana que la arropaban.

Los pezones se le habían puesto rígidos a causa del frescor nocturno y se los acarició para calmar la sensación. Al hacerlo, sintió ese cosquilleo que empezaba a serle familiar. Labhra no estaba, así que se sintió libre de hacer lo que quisiera. Esa idea la envalentonó y siguió acariciándose los senos. La sensación que notaba entre las piernas creció sin que ella pudiera remediarlo. No sabía lo que sucedía, pero se sentía muy bien. Quizás fuese una mezcla del regreso a su hogar de la infancia y de haberse librado de la vigilancia insidiosa de su tía.

Dairine se deslizó una mano por el vientre mientras, con la otra seguía acariciándose se los

pechos. Al bajar la mano, jugueteó con los rizos que le habían crecido «allí abajo» dos años antes, y sintió un impulso irrefrenable de continuar el descenso. Nadie lo sabría, estaba sola, y el deseo de hacerlo era demasiado grande. De repente, tocó algo y sintió una corriente que le recorrió el cuerpo entero, desde la entrepierna hasta los senos. La sangre se le agolpó en el pecho y se rindió a la urgencia de seguir tocando aquello que sobresalía en su entrepierna. ¿Había estado siempre allí?

*Ah, pero...*

No pudo reprimir la urgencia de seguir tocando aquello, a la vez que se acariciaba el vientre y los senos con la otra mano. Al poco tiempo, notó una sensación de humedad. No era el mes, de eso estaba segura, porque hacía poco que le había venido. De todos modos, no deseaba moverse del lecho. Quería seguir sintiendo «eso», fuera lo que fuese. Ya mañana se ocuparía de la ropa de cama. ¡Labhra no estaba para regañarla!

Continuó su exploración como si se encontrara en el barranco de un *loch* desconocido. Por primera vez se atrevía a descubrir su propio cuerpo y la sensación era...

*¡Ah!*

Había regresado a aquel minúsculo montículo tras arrastrar la misteriosa humedad con los dedos. El placer y el deseo de continuar alcanzaron nuevas cotas. Ya no podía detenerse. Siguió frotándose, a veces con más fuerza, otras con una simple caricia, hasta que ya no pudo más y se abandonó en cuerpo y alma a aquella sensación. Se humedeció la otra mano y continuó, sabiendo ahora que esa humedad le proporcionaba un placer mayor.

Dairine estaba aturdida, pero también poseída por el deseo de continuar haciendo algo cuyo fin desconocía. La tensión se acumulaba entre sus piernas y ya no podía pensar en otra cosa que no fuera en liberarla.

De pronto, un grito resonó en los gruesos muros de piedra del castillo de Eilean Donan y rompió el silencio nocturno de aquella plácida noche de verano.



## Evander

*¿Dónde estoy?*

Durante un instante demasiado largo, el solitario pensamiento rebotó dentro de la cabeza de Evander. No recordaba nada. ¿Qué había sucedido? Sintió un escozor punzante en el lado derecho del pecho. Cuando intentó calmarlo, algo tiró con fuerza de su mano izquierda, algo que le impedía moverla. Abrió los ojos. A su alrededor, unas toscas paredes le resultaron vagamente familiares. El pecho seguía doliéndole. La débil luz de la luna se colaba por un ventanuco de la pared opuesta a donde se encontraba Evander. Conocía aquel lugar, estaba seguro.

—¡Ay! —Un grito agudo de dolor se escapó de sus labios cuando intentó incorporarse sobre lo que parecía heno.

Entonces se fijó con mayor detenimiento en lo que le había impedido tocarse la herida. Alguien le había atado a las argollas de la pared, esas que se usaban para asegurar el ganado. Habían trenzado una soga de medio dedo de grosor entre el costado izquierdo de su cuerpo y las argollas, empezando por el brazo izquierdo y la muñeca, siguiendo por la cintura y bajando hasta el tobillo izquierdo. Era un trabajo tosco, pero efectivo.

*Un poco infantil, casi como un mal bordado...* —pensó, y recordó cuando jugaban a luchar contra los invasores vikingos y se ataban unos a otros para hacerse prisioneros.

Se le cerraban los ojos. Percibió un fuerte olor a hierbas medicinales que emanaba de su pecho. Forzando la vista, alcanzó a ver un vendaje que le cubría la mitad del pecho. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? Los pálidos rayos de la luna se colaban entre los maltrechos tablones que tapaban el ventanuco y el débil resplandor de un fuego a punto de consumirse iluminaba una estancia de reducido tamaño.

*Cazuelas, una mesa, unos bancos... ¡Vaya, tengo hambre!*

Se sorprendió al pensar en comida estando en una situación tan comprometida como esa. Tenía que idear un plan para salir de allí, y rápido. Estaba prisionero y era muy probable que la misma persona que lo retenía también lo hubiera herido. Era un lugar que le resultaba familiar, pero que no acertaba a adivinar y además tenía que...

Se le volvían a cerrar los ojos. La debilidad y el cansancio le estaban ganando la partida a pesar de la gravedad de la situación. No podría mantenerse despierto durante mucho más tiempo. Sus pensamientos empezaron a hacerse cada vez más vagos y el esfuerzo le estaba agotando.

De repente, se sobresaltó.

*¡Viene alguien!*

¿Cuánto tiempo había dormido? El corazón se le aceleró y escuchó con atención. Era un solo caballo, estaba seguro. Además, ya estaba amaneciendo. En verano amanecía muy temprano, aunque los rayos del sol no calentarían hasta dentro de unas horas. Rápidamente, tomó la decisión de simular que seguía inconsciente hasta que pudiera evaluar mejor la situación. El misterioso jinete había atado su caballo en el exterior y ahora forcejeaba para abrir la puerta. Los oxidados goznes chirriaron y la puerta se abrió con un crujido. Disimuladamente, Evander abrió los ojos hasta formar dos rendijas y descubrió una silueta encapuchada que se recortaba en el umbral contra la luz del alba. Instintivamente, fue a echar mano de la espada, como si se hubiera

olvidado por completo de su situación, herido y atado en lo que parecía un cobertizo.

—¡Ay! —Un grito de dolor abandonó su garganta antes de que pudiera evitarlo—. Desátame, quien quiera que seas. ¡Por Dios, libérame!

La misteriosa figura no hizo ningún movimiento. Evander se sentía cada vez más exasperado.

—¿Qué quieres de mí? ¡Desátame, te digo!

El joven no estaba acostumbrado a sentirse desvalido e incapaz de defenderse. Además, esa figura... Sacudió la cabeza. No entendía nada. ¿Estaría soñando? El penetrante olor a hierbas medicinales lo estaba mareando. Quizás nada de aquello fuera real. ¿Le habrían dado algo para nublar su buen juicio?

Intentó despejar la mente para pensar con claridad. Decidió intentar una cosa.

—Tengo sed. Por favor... —musitó Evander—. Ayúdame, por favor.

La misteriosa figura avanzó hacia él y Evander repitió sus ruegos con un hilo de voz:

—Un poco de agua, por caridad cristiana...

—¿Qué murmuras? —soltó sin querer una voz que provenía de la oscura capa.

*¡Es una mujer!* —se dijo Evander, sorprendido.

Estaba confuso, pero aliviado al mismo tiempo. Una mujer opondría menos resistencia y, dadas las condiciones en las que se encontraba, podría utilizarla para liberarse de las ataduras y huir de aquel lugar.

—Agua... —repitió, tratando de imprimir a su voz un tono de súplica que estaba lejos de sentir.

La misteriosa mujer vertió en un cuenco agua de una jarra que había sobre la mesa. Evander no pudo ver de quién se trataba, ya que la luz del alba que entraba por la puerta abierta dejaba la misteriosa figura a contraluz, envuelta en sombras.

*Da igual. En cuanto esté lo suficientemente cerca...*

En ese preciso momento, la mujer se sentó en el borde del improvisado del lecho para incorporarle un poco la cabeza y acercarle el cuenco del agua a los labios. Con el poco margen de maniobra que le dejaba la soga que lo tenía paralizado del costado izquierdo y usando la pierna derecha para desequilibrar a la misteriosa mujer, Evander se abalanzó sobre su captora con la esperanza de inmovilizarla o, al menos, de encontrar un cuchillo de caza o un arma similar entre sus ropajes.

—¡Suéltame! —gritó la figura misteriosa al sentirse arrojada encima del joven—. ¿Qué crees que estás haciendo?

Y con estas palabras, intentó zafarse de las manos que buscaban entre sus ropas.

Evander sintió el peso de un cuerpo ligero sobre el suyo. La capucha se deslizó sobre la cabeza de aquella figura misteriosa que lo tenía completamente a su merced. Alcanzó a ver unos rizos negros y la sorpresa hizo que se detuviera al instante. Dejó de revolverse y permitió que su captora tensara los nudos que lo mantenían prisionero.

—¿Dairine? —La confusión de Evander crecía por momentos.

¿Qué hacía ella allí? ¿Por qué lo mantenía prisionero? Había tocado su cuerpo, su silueta, en busca de un cuchillo o cualquier otra cosa con la que poder defenderse. Al pensarlo, se ruborizó hasta las orejas. ¿Qué pensaría su amiga de la infancia de él? No había intentado aprovecharse de ella, era solo que no se le había ocurrido otra forma de intentar liberarse.

Alzó los ojos y contempló embobado aquellos rizos negros que recordaba tan bien. Ella evitó su mirada mientras apretaba los nudos que lo mantenían firmemente sujeto a la pared. Para evitar más sorpresas, Dairine se había sentado a horcajadas sobre él mientras tensaba sus ataduras, con

lo que le impedía cualquier movimiento. Ahora que la capucha ya no oscurecía su rostro, Evander la contempló por primera vez mientras ella tensaba la maraña de sogas con las que lo mantenía prisionero.

—¡Ay, me aprietan demasiado! —se quejó Evander.

—Pues no haber intentado escapar —replicó una Dairine furiosa, mirándole a los ojos por primera vez.

Evander se quedó embelesado, sin poder apartar la mirada. Esos ojos de color avellana... Contempló absorto las llamas del fuego del hogar que bailaban sobre sus pupilas. Eran dorados, casi transparentes, como el ámbar. Las pecas del rostro infantil habían desaparecido y los oscuros rizos ahora enmarcaban un óvalo perfecto de color madreperla.

La sentía muy cerca. Un rizo rebelde cayó por la frente de la joven. Evander hizo un gesto para retirárselo, pero Dairine le había sujetado firmemente la muñeca.

—No te muevas; ya te lo he dicho. —Dairine parecía enfadada—. Y no vuelvas a ponerme la mano encima.

—Perdona, Dairine. No sabía que eras tú. Solo trataba de defenderme.

En su búsqueda de un arma o cualquier otra cosa con la que liberarse, Evander había descubierto una cintura delgada que subía hacia... Se ruborizó al pensarlo. Nunca habría intentado nada parecido de haber sabido que era Dairine.

¡Cómo había cambiado! ¡Y qué hermosa era! El aire fresco de la mañana había teñido sus mejillas de un pálido tono rosáceo que combinaba la perfección con unos labios de color intenso que Dairine humedecía con su lengua. La joven estaba encontrando dificultades a la hora de tensar la cadena de nudos que lo mantenían atado.

—¿Por qué haces esto, Dairine? —preguntó confuso, pero ella no contestó. Un torrente de emociones embargó a Evander—. ¿Qué me ha pasado? ¿Me has disparado tú?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Dairine indignada—. Yo nunca haría algo así. Simplemente te encontré mientras me estaba bañan...

Dairine se quedó callada, consciente de su equivocación. Miró a Evander con la esperanza de encontrar en su rostro la confirmación de que no recordaba nada.

Pero en la cabeza de Evander la neblina que envolvía lo sucedido durante las últimas horas comenzó a despejarse y sus ojos azules brillaron de una forma distinta. ¡Así que no había sido un sueño! Recordaba la presencia de una diosa vestida con una vaporosa túnica blanca, casi transparente, que aparecía y desaparecía en sus sueños. La grácil figura se recortaba contra el límpido cielo azul del *loch*. Después, unas manos delicadas le sostenían la cabeza e intentaban acomodar su cuerpo herido en el suelo. Recordaba el olor salado del agua del *loch*, mezclado con jabón y brezo de la orilla. Recordó también esos inconfundibles rizos negros alrededor de su piel nacarada... ¡Era ella!

—Dairine, ¿qué te pasa? —Pero Dairine había visto en sus ojos que recordaba lo ocurrido en el lago y rápidamente bajó del lecho de heno y se puso de pie de un salto—. Dairine, soy yo, Evander, tu amigo. ¿No me recuerdas?

Dairine fingió revisar las ataduras de los pies para darle la espalda a Evander.

—Pero Dairine, ¡somos amigos!

—Éramos amigos —le corrigió Dairine—. Ahora, nuestras familias son enemigas —replicó volviéndose hacia Evander.

La joven había enrojecido, o eso le pareció. El rubor le sentaba muy bien a su terca carita de porcelana.

—Nosotros podríamos cambiar todo eso si tú quisieras...

Sìne apareció inesperadamente en la puerta de la cabaña e interrumpió la conversación.

—¡Sìne! Eres tú, ¿verdad? —La joven curandera se acercó a Evander, que no podía ocultar su cara de sorpresa—. ¿Qué es todo esto? No me puedo creer que estés implicada —exclamó Evander.

—Deja que te lo explique —dijo la curandera.

—¡Eres mi amiga, Sìne! Aunque parece que últimamente eso no significa demasiado —se quejó, mirando de soslayo a Dairine. En sus palabras, Evander dejó entrever su descontento y su rabia—. A lo mejor es que hoy es el día de los amigos que traicionan a sus amigos...

—Evander, insisto, déjame hablar.

—¿Qué vas a explicarme, que me tenéis aquí, herido y atado como si fuera un animal, en una cuadra de mala muerte de a saber qué castillo? ¿Qué vais a hacer, pedir un rescate o matarme directamente, Sìne?

—Tranquilízate, Evander. Todo esto es por tu bien. Mira a tu alrededor. ¿No reconoces el lugar?

—Pues no... ¡Espera, creo que sí! —La cara de Evander se iluminó—. ¡Claro! ¡Es la cabaña de pastores que hay a poca distancia de Dornie! —Se quedó callado, confuso—. Ahora sí que no entiendo nada.

—Si te calmas, te lo explicaré todo—dijo Sìne, intentando hacerse con las riendas de la situación. Al fin y al cabo, era la mayor de los tres y los conocía casi desde su nacimiento—. Dairine, ¿te importaría dejarnos unos minutos a solas? Debo tranquilizarle o corremos el riesgo de que se le vuelva a abrir la herida.

Una vez a solas, Evander exigió que le explicara todo aquello. Parecía que ambas jóvenes se negaban a contarle qué había ocurrido.

—Entonces, a ver si me aclaro: ¿estamos en la cabaña de pastores que hay subiendo un poco desde el recodo del *loch*? —quiso asegurarse Evander, que no entendía nada, pero ya se sentía con fuerzas para afrontar la situación.

—Exacto —confirmó Sìne—. Nos pareció el mejor lugar.

—¿Nos? ¿Qué quieres decir con «nos»? —preguntó—. ¿Hay más gente implicada en todo esto?

—No, no te preocupes. Solo lo sabemos Dairine y yo. Bueno, y James.

—James, ¿qué James? ¿Por qué no lo puede saber nadie más? —A Evander estaba a punto de estallarle la cabeza. Con cada respuesta de Sìne le surgían tres preguntas más—. ¿No piensas responderme? —casi gritó, y se removió angustiado por la incertidumbre.

—Si me dejas decir más de dos frases seguidas, te prometo que te explicaré todo lo que sé. Pero debes quedarte quieto —le advirtió, mirando con rostro grave el vendaje que volvía a teñirse de rojo—. Si no te tranquilizas, la herida no va a sanar nunca —le reprendió con voz severa.

Evander se sintió de nuevo como el niño de doce años que se había resbalado jugando al saltarrocas y se había partido el brazo. «Menos mal que es el izquierdo», había dicho su padre mientras él se retorció de dolor. «Se lo arreglarás, ¿verdad?», le había preguntado a Sìne, que por aquel entonces aún era una adolescente que había ido a aprender con su abuela las artes curativas.

«Pues claro», había respondido con aplomo la joven aprendiz. «Cuéntame lo sucedido, Evander», había añadido, mirando al niño lloroso a los ojos mientras le sostenía el brazo.

Evander había comenzado a relatar sus aventuras de saltarrocas y, por un momento, se había olvidado del brazo. A diferencia de su padre, Sìne estaba mostrando un gran interés en su historia y el chiquillo había seguido relatándola hasta que, de repente, soltó un grito que retumbó por toda la casa. «Ya está colocado», había afirmado satisfecha Sìne. «Ahora, a entablillar». Con asombrosa habilidad, Sìne había entablillado el brazo roto y había construido un cabestrillo para sostenerlo. Mes y medio después, el brazo estaba como nuevo.

*Es la misma Sìne. No debo olvidarlo.*

—Evander, ¿me escuchas?

—Sí, perdona mi comportamiento, Sìne. Te escucho.

—Bueno, pues esto es lo que creo que ocurrió: Dairine estaba en la cala del recodo y, de repente, apareciste tú, medio desmayado sobre un caballo y con una flecha en el hombro.

—¿Cuándo fue eso? —interrumpió Evander.

—Ayer por la mañana. Pero déjame continuar, por favor. —Sìne lo miró un poco enojada—. Básicamente, te desmayaste en sus brazos. Dairine te colocó cuidadosamente en el suelo, te abrigó y fue a buscar ayuda.

—¿Y qué hacía sola allí, en la cala? —preguntó Evander extrañado—. Tengo un recuerdo confuso de ese momento, pero no... —Evander se calló de repente. Tal vez no era buena idea proclamar a los cuatro vientos lo que creía haber visto en esa cala—. ¿Quién me disparó la flecha?

—No lo sabemos —repuso Sìne—. He guardado la punta de flecha que te extraje por si nos sirve más adelante. Bueno, el caso es que Dairine pidió ayuda a James para traerte aquí, y James me pidió ayuda a mí para extraerte la flecha.

—Y aquí estamos —añadió Evander—. ¿Por qué?

—Porque creemos que, de momento, es lo mejor. Y ahora, basta de charla, debes descansar. Además, tengo que hacerte otra cura antes de irme. Voy a buscar a Dairine.

Sin dejarle añadir nada más, Sìne salió a llamar a la joven. Evander las oyó susurrar algo en el umbral, pero, por más que se esforzó, fue incapaz de entender lo que decían.

—Bueno, Evander, parece que me vas a tener que aguantar un buen rato —anunció Dairine—. Sìne ha tenido que ir a buscar unas hierbas para curarte la herida y vendajes limpios y me ha encargado que te cuide.

—Perdona por lo de antes. Estaba muy aturdido —se disculpó Evander.

—No te preocupes, lo entiendo—repuso Dairine.

Evander notó una cierta frialdad en su voz. La observó con más detenimiento. Se había convertido en toda una mujer, eso estaba claro. Cerró los ojos y recordó mentalmente la silueta que había palpado unos momentos antes al buscar algo con lo que liberarse de las ataduras.

—Me alegro de que hayas regresado a Eilean Donan, Dairine. Te he añorado mucho —dijo sonriendo.

Pero Dairine respondió sin levantar la cabeza.

—Lo dudo. No creo que dedicaras más de dos pensamientos a la niña estúpida con la que jugabas hace diez años.

—No digas eso. ¡Claro que me he acordado de ti! ¿Tú no?

—Pues no demasiado, la verdad —mintió Dairine—. Al fin y al cabo, éramos unos niños jugando a juegos tontos. Ahora somos mayores y tú eres mi enemigo.

—¿Por qué dices eso, Dairine? Tú nunca podrías... —El dolor cortó en seco la frase de Evander al intentar levantar la mano del costado herido.

—¿Qué ocurre? —Dairine corrió a su lado con la preocupación pintada en el rostro—. ¿Te duele?

Evander no podía contestar. Un calambrazo de dolor le había atravesado el pecho. Dairine le colocó el brazo de nuevo sobre el camastro y le apartó el cabello de los ojos. Evander no pudo evitar percibir su olor a brezo, heno y jabón. No entendía por qué ese olor le gustaba tanto. Hizo un esfuerzo para levantar la mano y tomar la suya.

—Estate quieto o te dolerá más —lo reprendió Dairine con dureza—. Se te va a abrir la herida.

—Si me liberases la otra mano...

—¡Eso ni lo sueñes! ¿Qué te has creído, que sigo teniendo siete años y te voy a obedecer a ciegas?

Evander se la quedó mirando. Notó una dureza en su voz que no comprendía.

—No te pido tanto, solo que me sueltes un poco la mano buena...

—¡Eres enemigo de mi padre! Si te suelto, seguro que te escaparás.

—Pero Dairine, soy yo, Evander...

—¡Me da igual quién seas, Evander Macrae! —tronó Dairine.

—¿Por qué me gritas así? —preguntó Evander—. No sabía que habías heredado el genio endiablado de tu padre...

—¡¿Cómo te atreves?! —estalló Dairine—. ¡Debería entregarte ahora mismo a los hombres de mi padre!

—¿Y por qué no lo has hecho ya? —replicó Evander, que no entendía qué había sido de su dulce amiga Dairine, pero se sentía incapaz de contenerse—. Tal vez no quieras entregarme. O no te atrevas a hacerlo.

—¿Quién te crees que eres? Tú ya no me conoces. Si quisiera, en menos de una hora tendría aquí una guarnición entera de mi padre.

—Pero no quieres —sentenció Evander, mirándola fijamente a los ojos.

Había mucho de cierto en las palabras de Evander. Nunca se lo confesaría a su amigo de la infancia, pero lo último que quería era que su padre se enterase de todo el asunto. Se sentía culpable, aunque no sabía muy bien por qué. Lo único que había hecho había sido ir a lavar su ropa como le había ordenado su tía y socorrer a un herido, como ordenaba la Santa Madre Iglesia.

*Ya está bien de tener que justificarlo todo* —se dijo Dairine.

Ansiaba un poco de libertad para poder tomar sus propias decisiones, pero lo cierto era que, cada vez que había actuado atendiendo a su propio juicio, las cosas no habían acabado demasiado bien.



## Dairine

Recordó lo sucedido en abril, más de tres meses antes. La rutina del castillo Rojo la tenía adormecida. Ni siquiera los paseos a caballo por la orilla del Beaully Firth<sup>1</sup> con su tía lograban despejar la neblina que se había instalado en su mente como si fuera un fiel reflejo del paisaje. Los días habían empezado a ser más largos, con la primavera ya bastante avanzada, pero el cielo plomizo sobre las aguas del estuario no había cambiado de color desde Santa Brígida.

Un día, al despertar por la mañana, advirtió un gran ajeteo por los corredores del húmedo caserón. En el castillo Rojo nadie corría ni alzaba la voz. Era el paraíso del silencio y el aburrimiento. Así que Dairine sintió una punzada de emoción mezclada con curiosidad.

*¡Por fin ocurre algo!*

Salió de su alcoba. Extrañamente, Labhra no estaba en la antecámara, así que se vistió sola lo mejor que pudo y salió a ver qué sucedía. Mientras bajaba las escaleras, se cruzó con varias criadas que se movían apresuradamente, con cara de susto. Unos mozos iban tras ellas con los baúles que habían bajado del guardarropa del ático. Por fin encontró a su tía.

—¿Qué sucede, tía Morven?

—¡Es la viruela! —interrumpió a gritos Labhra, con cara de pánico.

—Tranquilízate ahora mismo, Labhra, o te mando a cuidar a los hijos de tu hermana —amenazó la tía Morven. La mirada que dirigió a la vieja criada hizo sospechar a Dairine que su amenaza era muy real—. Ven, criatura, vamos a preparar los baúles. Nos alojaremos unos días en casa de los señores de Kirkhill, que rinden pleitesía a tu señor padre.

—Pero eso está en la orilla opuesta del *firth*... —adujo Dairine para chingar a su tía. Sabía que no había nada que le molestara más que gastar saliva con obviedades.

—Todo el mundo sabe eso, criatura estúpida —replicó su tía enfadada—. Por eso tenemos que preparar las cosas y salir cuanto antes. Ya he mandado enganchar los caballos al carruaje.

—Entonces, ¿es cierto que hay viruela en el castillo? —Dairine continuó con su estrategia para ver si podía sonsacar más información a su tía.

Labhra abrió la boca para responder, pero la mirada de la tía Morven la convenció para volver a cerrarla sin pronunciar una sola palabra.

—En el castillo no, criatura, Dios nos libre. ¿Crees que si fuera así estaría aquí perdiendo el tiempo dando explicaciones a una niña estúpida como tú?

—¿Entonces? —insistió Dairine.

—La hermana de una de las criadas de la cocina ha caído enferma y parece que es viruela. La muchacha jura y perjura que hace más de un mes que no va a Newton a casa de su madre, pero con la viruela toda precaución es poca —explicó con cara de sentar cátedra.

Dairine pensaba que la tía Morven lo sabía todo, y lo que no, se lo inventaba. Por un momento, la joven enmudeció. La viruela era algo muy serio que mataba a la mayoría de los enfermos. Y los que sobrevivían quedaban tan desfigurados que nadie quería cuidarlos, y mucho menos casarse con ellos.

*Si nadie quiere casarse conmigo, ¿qué será de mi vida?*

Dairine comprendió por primera vez que su existencia estaba totalmente supeditada a un

buen matrimonio y que, sin un esposo, no tendría casa propia, ni sirvientes, ni dinero. Acabaría amargada como su tía, cuidando a una sobrina ingrata. No sería nadie.

—¡Te estoy hablando, criatura! —La desagradable voz de la tía Morven la devolvió a la realidad—. Espabila de una vez. ¡Y ni se te ocurra bajar a las cocinas! Nos detendremos en el priorato de Beaulieu para rezar una oración y tomar un bocado en la posada.

—¿Vamos a hacer noche allí, tía?

La adusta Morven la miró de arriba abajo, incrédula.

—¿Es que no sabes nada, criatura? El priorato de Beaulieu nos está vedado a las mujeres. Simplemente nos detendremos a comprar queso y miel de brezo para comerlo con una hogaza de pan, y continuaremos nuestro camino. Los señores de Kirkhill han sido muy amables y nos acogerán hasta que pase el peligro. Yo me ausentaré unos días, pero Labhra estará allí para vigilarte. Así que no hagas ninguna tontería y compórtate como debes, Dairine. Espero que recuerdes el apellido que llevas y hagas honor a él.

—Sí, tía.

Por dentro, la jovencita sentía una gran emoción que superaba con creces el temor a contraer la viruela. Era la primera vez en años que iba a salir del castillo Rojo. Le pareció que su tía le había leído el pensamiento.

—No te hagas ilusiones, criatura. Harás lo mismo que aquí: bordado y canto. Recuerda que vas muy retrasada con el ajuar, ¡y ya tienes diecisiete años! He mandado preparar el baúl con toda la ropa blanca que aún no has terminado para que la vayas hilvanando y empieces a bordarla.

A Dairine se le cayó el mundo encima. ¿Por qué su tía se empeñaba en que lo bordara todo ella sola con sus propias manos? ¿No podían contratar a una costurera para que se lo hiciera? Además, ¿realmente eran necesarias tantas sábanas? Estaba segura de que no había ninguna joven casadera en toda Escocia que hubiera bordado más almohadones y cojines que ella.

Había tantas cosas que no entendía... Tal vez su tía tuviese razón y no fuese más que una criatura estúpida.

En menos de una hora, las tres mujeres estaban acomodadas en el carruaje y los baúles cargados y atados en la parte trasera. Había menos de diez millas hasta el priorato de Beaulieu, la primera parada de su viaje. Durante todo el trayecto, la tía no había dejado de quejarse del mal estado de los caminos y empezó a temer que, si empeoraba el tiempo y se ponía a llover, acabarían atascadas en Dios sabe qué caminos y caladas hasta los huesos, ya que la fina capota del carruaje no las protegería de un chubasco primaveral. Así que, aunque Dairine se había ilusionado ante la perspectiva de conocer la iglesia del famoso priorato, por orden de su tía cargaron las provisiones y siguieron camino sin demora para llegar a Kirkhill cuanto antes y dejar allí a su sobrina con la vieja criada Labhra. La tía Morven no quiso detenerse, ya que ella debía continuar su viaje y llegar a una posada antes de que empezara a anochecer.

Los señores de Kirkhill no eran tan ricos como los Mackenzie, por supuesto, pero poseían una casa señorial mucho más agradable y moderna que el castillo Rojo, o eso pensó Dairine nada más llegar.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, Labhra. Vigílala de cerca, porque esta criatura es escurridiza como una serpiente. A ti te confío el honor de los Mackenzie.

—No se preocupe, señora. Dormiré con un ojo abierto si es preciso.

Las dos mujeres se despidieron como si la pobre Dairine no estuviera allí. La tía Morven ni siquiera llegó a bajarse del carruaje.

—Adiós, tía —musitó la joven—. Que tenga buen viaje.

—Adiós, criatura. No des que hablar y compórtate. Suficiente es que ahora les debemos un favor a estos campesinos venidos a más.

Con estas palabras, la tía Morven cerró la portezuela del carruaje e indicó al cochero que se pusiera en marcha.

Los señores de la casa habían salido a recibirlas y los criados se hicieron cargo de los baúles. Rápidamente condujeron a las dos mujeres a sus aposentos para que se refrescaran y descansaran. Para alegría de Dairine y escarnio de Labhra, alojaron a la criada en las habitaciones del ático junto con los demás miembros del servicio, mientras que a la joven le asignaron un espacioso aposento en la planta principal. En aquella casa, el lugar de todos los sirvientes, sin excepción, era el ático.

Dairine estaba loca de contento. ¡La habitación era preciosa! Había cálidos tapices colgados en los muros y un hermoso fuego caldeaba la estancia. Tenía su propio silloncito de lectura y un tocador con una jofaina y una palangana nuevecitas de porcelana fina. Metió un dedo en el agua de la jofaina. ¡Estaba caliente!

—Igualito que en el castillo Rojo... —se dijo Dairine, riéndose en voz alta cuando se quedó a solas en su habitación.

La tía Morven no permitía que se encendieran fuegos en primavera, aunque hubiera una galerna en el *firth* o cayeran cinco palmos de nieve. Tampoco había ni un solo tapiz que impidiera que el viento helado se colara por las rendijas de los muros del odiado castillo.

De un salto, Dairine se tumbó en el mullido lecho y sonrió. ¡Iban a ser unos días fantásticos!

Después de cenar y desear buenas noches a sus anfitriones, Dairine subió a su habitación tarareando un estribillo que se le acababa de ocurrir.

—¡Sin Labhra ni nada! ¡Sin Labhra en la casa! —canturreó mientras daba vueltas por su aposento.

La había despedido hasta el día siguiente delante de la señora de la casa y la vieja criada no se había atrevido a contradecirla ni a sugerir que debía dormir en su aposento para vigilarla.

Esa noche durmió como nunca. Se sentía libre, sin la torva mirada siempre vigilante de la criada. Era una sensación increíble que deseó sentir con más frecuencia. Despertó sintiéndose totalmente descansada cuando aún estaba amaneciendo. Se asomó al corredor, pero no se oía ni un alma. Decidió aprovechar esas migajas de libertad que le había concedido la viruela de una desgraciada muchacha a la que ni siquiera conocía y concibió un plan.

Se pondría sus ropas más bastas y bajaría a las cocinas haciéndose pasar por una criada del castillo Rojo. Allí nadie la conocía y no sabían cuántos sirvientes habían llegado. Con un poco de suerte, Labhra aún no habría bajado, puesto que toda la casa parecía dormir.

Decidió salir a los jardines por las grandes puertas de uno de los salones traseros, dar la vuelta y bajar a las cocinas para buscar algo de comer durante su pequeña excursión.

Al doblar el recodo de la enorme casa para dirigirse a las escaleras de las cocinas, casi chocó con dos figuras que apenas pudo distinguir a la mortecina luz del amanecer. Rápidamente, las dos figuras se separaron dando un paso en dirección opuesta el uno del otro, y Dairine comprendió que los había asustado.

—Yo no os he visto si vosotros no me habéis visto —dijo, intentando aprovechar la situación.

Una voz femenina respondió a su ofrecimiento.

—Yo no he visto a nadie. ¿Y tú, Matthew?

—¿Quién me habla? Aquí no hay nadie. —El muchacho hizo un gesto, como si oteara el horizonte.

Sonriendo, Dairine decidió ir un paso más lejos.

—No veré nunca a nadie si alguien me trae una cesta con unas viandas para el almuerzo —sugirió.

—Si Rose estuviera aquí, que no está —replicó el muchacho—, bajaría a las cocinas y prepararía un hatillo. Pero Rose no está aquí, y tampoco lo estará mañana a esta misma hora.

Los tres aguantaron la risa como pudieron, y en menos de diez minutos, Dairine se había puesto en camino siguiendo la senda que le indicaron los jóvenes criados, llevando consigo un delicioso almuerzo que Rose había robado de las cocinas. En un acto de galantería, Matthew le había cedido su capa y el muchacho regresó tiritando al pueblo hasta que empezara su turno de trabajo en los jardines de la casa.

Dairine quería aprovechar la ausencia de su tía y disfrutar a solas de una paz que creía merecer. La joven Rose había prometido inventar una excusa para mantener alejada a Labhra al menos hasta después del almuerzo.

Todavía era temprano y una neblina cubría los prados que rodeaban el sendero. Dairine se había puesto en marcha. Se sentía dichosa por primera vez en mucho tiempo. Según le habían indicado los criados, en una media hora llegaría al extremo más cercano de la garganta de Moniack, y allí podría almorzar junto a la cascada y remojar los pies. En total, su pequeña excursión no duraría más de tres horas, almuerzo incluido. ¡Pero eran tres preciosas horas de libertad!

Esa mañana de abril, las colinas onduladas que rodeaban el sendero eran una explosión de color primaveral, con el morado del brezo salpicado por pequeños botones de oro y matorrales de serbal abriéndose paso entre los jirones de la niebla matinal. Los prados estaban brillantes, recién lavados por el rocío de la mañana y todo resplandecía de vida. El olor de las primeras flores de saúco empezó a hacerse más intenso a medida que el sendero se volvía un poco más agreste. Un poco más lejos, empezaban a asomar los altos árboles que crecían vertiginosamente a lo largo de la garganta de Moniack y la aislaban del mundo exterior.

El paisaje cambió rápidamente y Dairine empezó a ver musgos y helechos en la ladera norte del camino a medida que este se inclinaba más. Su respiración se aceleró a causa de la pendiente, pero no por ello aflojó el paso. Los primeros abedules hicieron acto de presencia y bajo ellos prosperaban los avellanos, formando verdaderas murallas en flor. Anduvo unos diez minutos más por un camino que se iba estrechando y, de repente, casi cuando creyó que el sendero iba a desaparecer, se abrió ante su vista una cascada de agua que parecía humear al chocar contra las rocas del lecho del arroyo. ¡Era el sitio perfecto!

El verdor del musgo que brillaba bajo las salpicaduras de la cascada complementaba a la perfección el blanco de las flores de saúco y serbal que crecían en la parte más abierta de la cascada. Dairine se sintió como si estuviera en su propia catedral. La niebla había levantado y solo se escuchaba el cántico de la naturaleza, compuesto por el sonido del agua y el piar de los piquitertos. Los fresnos y abedules que cerraban el espacio le parecieron las columnas de su iglesia imaginaria, sosteniendo con sus verdes nervaduras una bóveda cambiante de un azul que se hacía más brillante a medida que avanzaba la mañana.

Dairine no recordaba cuándo había sido la última vez que se había sentido así de bien. Con cuidado, fue saltando de roca en roca, prestando mucha atención para no resbalar con el brillante musgo, y llegó a la orilla de la poza que se había formado al pie de la cascada. Se sentó en el

borde y se descalzó para hundir los pies en la gélida agua de aquel torrente. Abrió el pequeño paquete que le habían preparado y recuperó fuerzas con el almuerzo. En ese momento, a Dairine le pareció que la vida era mucho más sencilla y que eran las personas como su tía quienes lo complicaban todo con sus reglas y prohibiciones. Cerró los ojos y dejó que los rayos que atravesaban la verde cúpula de abedules le acariciaran las mejillas. Se sentía completamente en paz.

De repente, abrió los ojos sin saber muy bien por qué. Un ruido extraño perturbó la paz del lugar. Escudriñó los grandes helechos que crecían bajo los abedules y vio que algo se movía entre la maleza. Podía ser cualquier cosa, una ardilla, un gato montés... Pero la magia se había roto y Dairine empezó a imaginar a su tía o, peor aún, a su padre, emergiendo sobre la cascada y regañándola a gritos desde lo alto, como si se hubiera subido a un púlpito. Sintió pavor de que la encontraran allí. Sabía muy bien de qué era capaz su tía. Decidió recogerlo todo y ocultarse rápidamente hasta saber con seguridad qué había sido aquel ruido.

Reunió sus pertenencias a toda prisa y deshizo el camino sobre las rocas. No le preocupó que se le mojara el bajo del vestido y no se detuvo a ponerse los zapatos. Se apresuró entre lo que creyó que era un macizo de avellanos. Demasiado tarde descubrió que las zarzas crecían entre ellos y las espinas le rasgaron los vestidos hasta atravesarle la piel de las piernas.

—¡Aaaah! —El grito de dolor escapó de su garganta antes de que pudiera detenerlo.

—¿Quién anda ahí? —retumbó una voz grave por encima del ruido de la cascada—. ¡Sal, quien quiera que seas!

Dairine temblaba bajo sus vestidos enganchados a las zarzas y empezó a notar que le bajaban unos regueros de sangre por las piernas. Le pareció que su respiración retumbaba en los árboles, de lo fuerte que sonaba. Oyó como se aproximaban unas pisadas y, haciendo acopio del poco valor que le quedaba, se cubrió con la capa de color pardo que le había dejado el criado para intentar camuflarse entre los avellanos. Cada vez que intentaba moverse, aunque fuera un solo palmo, le parecía que hacía un ruido infernal que seguro que llegaba hasta el castillo Rojo.

Las pisadas recorrieron el borde de los matorrales una y otra vez, buscando, escudriñando. En una ocasión, le pareció que aquel hombre de voz grave estaba tan cerca que oiría el latido acelerado de su corazón. No se atrevía a moverse ni una pulgada. Las piernas le escocían y la parte inferior del vestido estaba hecha jirones. Pero lo peor era que no sabía quién merodeaba por allí. Por primera vez en su vida, sintió pánico de lo que podría sucederle y deseó que fuera alguien enviado a buscarla por la antipática Labhra.

Por fin, los pasos se alejaron. El hombre emitió unos gruñidos y pareció satisfecho, como si creyera que aquellos ruidos los había provocado una ardilla.

Moviéndose con sumo cuidado, Dairine salió de su escondrijo a tiempo de ver desaparecer en el bosque a un hombre corpulento que llevaba un *kilt* de diseño desconocido para ella y un carcaj con un arco a la espalda.

Los colores no eran Macrae. No entendía nada. ¿Quién era ese hombre y que hacía allí, en el condado de Ross? Dairine creía conocer los colores de todos los clanes aliados de su padre, pero era la primera vez que veía un *kilt* así, con colores parecidos al verde y azul de los Mackenzie, pero con diferente patrón de cuadros.

*Es como si alguien se hubiera equivocado a la hora de tejer el tartán* —pensó.

Además, los arqueros de su padre eran todos Macrae. Enemistades aparte, seguían siendo los mejores arqueros de Escocia, no solo de las Tierras Altas. Y estaba claro que ese hombre no pertenecía al clan Macrae.

Debía regresar inmediatamente a Kirkhill o Labhra se enteraría de su escapada. Caminó a toda velocidad, y a cada paso, sentía que las heridas de las piernas le dolían más y más. Estaba llorosa, con el corazón hundido. ¿Cómo era posible que un día tan glorioso fuera a acabar tan mal? Al aproximarse a la casa señorial, se ocultó tras unos arbustos hasta que comprobó que no había nadie a la vista. Calculó que habrían acabado de almorzar y todos se habrían retirado a sus aposentos a reposar o a bordar a la salita de la señora de la casa.

Entró rápidamente por las cocinas sin quitarse la capa parda y enseguida subió por la escalera de servicio al corredor de las habitaciones de la familia. Cuando por fin cerró la puerta de sus aposentos, Dairine se atrevió a respirar. ¡Nadie la había visto!

Quedaba algo de agua en la jofaina y la vertió en la palangana para empezar a lavarse. Tenía que arreglarse un poco o todas las amenazas de su tía acabarían haciéndose realidad. Se desnudó rápidamente y ocultó la ropa manchada de sangre y barro bajo la cama. Ya pensaría qué hacer con ella más adelante. Procedió a limpiarse las heridas de las piernas con el agua de la palangana. Era peor de lo que pensaba. Se lavó la sangre seca e intentó curarse las heridas lo mejor que pudo. Después, se puso ropa interior limpia y, justo cuando se estaba lavando la cara, Labhra irrumpió en su alcoba sin llamar a la puerta.

—¡Ya sabía yo que era todo mentira! —gritó la sirvienta con voz triunfal—. Ahora mismo pienso mandarle recado a tu tía, criatura estúpida.

Todas las emociones del día se arremolinaron en el pecho de Dairine y la joven estalló.

—¿Cómo osas entrar en mis aposentos sin llamar, Labhra? ¡No eres más que una simple criada! —chilló con rabia descontrolada—. Para ti, soy tu señora, trátame con el respeto que me debes. ¿O crees que a mi tía, que da tanta importancia a las formas, le van a gustar las confianzas que te tomas conmigo? Eres la criada vieja y ajada que le hace el trabajo sucio a mi tía, ¡nada más!

La mirada que le lanzó Labhra era de verdadero odio. Dairine nunca había visto nada igual y se quedó totalmente paralizada. Después de unos segundos, Labhra la agarró con fuerza del brazo y la arrastró hasta el tocador clavándole las uñas.

—Ven aquí ahora mismo —ordenó la vieja doncella. Dairine se dejó llevar, incapaz de reaccionar y oponer resistencia—. Si crees que te vas a salir con la tuya, estás muy equivocada, niña malcriada. —Con la otra mano, la agarró de la cabeza y le tiró de los desordenados rizos negros, para luego hundirle la cara en la palangana. Cuando Dairine ya creía que la iba a ahogar, la criada le levantó la cabeza por el mismo método y le restregó la cara con un paño. Durante el tiempo que le mantuvo la cara sumergida en la palangana, la vieja Labhra no había dejado de hablar.

—... porque a saber de quién eres hija en realidad. Todos esos señores que se las dan de importantes no son más que unos picaflores, y ellas, unas vulgares furcias.

—Pero... —Dairine no pudo pronunciar una palabra más, porque Labhra ya le había vuelto a sumergir la cara en el agua sin ningún miramiento.

—Y no te creas que porque no esté tu tía te vas a librar de esta. A saber dónde te has revolcado... ¡y con quién! —le frotó la cara con fuerza hasta dejársela como la grana y luego pasó a vestirla sin dejar de hablar—. Sois todas unas frescas y yo no pienso cargar con esta responsabilidad. Ahora mismo, en cuanto acabe de adecentarte un poco y no parezcas lo que eres, una vulgar mujercuela del arroyo, pienso hablar con la señora de la casa.

Dairine iba a quejarse de los insultos que salían a borbotones de la boca de Labhra, pero la criada ya la había sentado delante del tocador y le estaba haciendo un moño tan prieto que a la

pobre chica se le saltaron las lágrimas de los tirones.

Cuando terminó el moño, la levantó y le ordenó sentarse en el lecho para ayudarla a ponerse unas medias calzas. Entonces le vio las piernas y se abrió la caja de los truenos.

—¡Así que realmente te has estado revolcando por ahí, criatura estúpida! ¿Y que son esos trapos sucios? —preguntó Labhra airada al ver una esquina de las ropas manchadas que Dairine había escondido debajo de la cama—. ¿Y toda esa sangre?

—Yo... El mes... —intentó excusarse Dairine.

—¡No me mientas! ¡Soy vieja y conozco muy bien a las de tu calaña! —Labhra estaba fuera de sí y abandonó el aposento dando un portazo.

Al cabo de unos minutos que a Dairine le parecieron horas, la vieja doncella regresó.

—Ya he mandado recado a tu tía y he explicado la situación a la señora de Kirkhill, que ahora comprende perfectamente que no se te puede dejar sola. Por orden suya, estás confinada en tus aposentos hasta que regrese tu tía. Con tu historial, la he convencido para que te encierre con llave. Se siente responsable de lo ocurrido y de no haberme escuchado. —Labhra sonrió al imaginarse la preocupación de la mujer que la había mandado a dormir al ático con los demás criados—. No quiere más problemas con los Mackenzie —dijo, y añadió en tono triunfal—: Creo que esta vez la orgullosa de tu tía escuchará mi consejo y te meterá en el convento. ¡Desvergonzada!

Sin añadir una palabra más, se fue dando un portazo que resonó en todo el corredor y dejó a Dairine sola en sus aposentos, hecha un mar de lágrimas. Pocos segundos después, oyó que alguien le daba vuelta a la llave.

A los tres días de encierro con comidas austeras y frías servidas en una bandeja, llegó su tía. Dairine despertó de madrugada, cuando las dos mujeres abrieron los cortinajes de su habitación y la zarandearon.

—¡Además de desvergonzada, perezosa!

—Cállate ya, Labhra, que me vas a volver loca —ordenó la adusta Morven—. Y tú, criatura, levántate ahora mismo. Quiero saber de tu boca todo lo sucedido.

En cuanto se levantó, la tía Morven la agarró por el brazo y le hundió la cara en la palangana de agua. Parecía que las dos mujeres le habían cogido el gusto a intentar ahogarla.

—Bueno, ahora que ya estás bien despierta —empezó su tía—, dime con quién te escapaste el otro día.

—Con nadie —repuso Dairine, totalmente confusa—. Simplemente fui a dar un paseo.

—Entonces, ¿cómo explicas el estado en el que regresaste? ¡Y no me mientas! Tengo multitud de testigos.

—Lo que ocurrió fue que, al ver aquel hombre...

—¡Lo sabía! —interrumpió Labhra triunfal—. ¡Sabía que se había visto con un hombre!

—Basta ya, Labhra. Las preguntas las hago yo. A ver, criatura, ¿estuviste o no a solas con un hombre?

—No, tía, solo lo vi.

—O sea, que sí. ¡Desvergonzada, que eres una desvergonzada! Tu padre debe tomar una decisión rápidamente, porque esto no puede seguir así. Si no te casa pronto, lo mejor será que te meta en un convento. Si fuera por mí, te encerraría en una celda y tiraría la llave.

—¡Pero si solo fui a dar un paseo!

—Y encima no respeta a sus mayores... ¡Es increíble! Se notan los genes de tu madre.

—¡No se meta usted con mi madre! —Dairine ya no podía más. Las lágrimas le surcaban las

mejillas y un hipo descontrolado le impedía responder a su tía como le habría gustado—. Ni la nombre, tía. ¡Ojalá estuviera aquí! —grito desconsolada, y se arrojó sobre el lecho, incapaz de detener los sollozos.

—Labhra, recoge sus cosas —se limitó a decir la tía Morven, haciendo caso omiso del estado en el que se encontraba su sobrina—. Esta misma tarde saldremos hacia el castillo Rojo. Al parecer no era viruela, sino varicela. Al final, la madre recordó que la muchacha no la había pasado de niña. Estos campesinos a veces parecen tontos. Cierra con llave cuando termines aquí y no la dejes salir.

Sin dirigir una sola mirada a la pobre Dairine, Morven Mackenzie salió de la habitación erguida como una estaca de mayo, con la barbilla apuntando hacia el techo.

---

<sup>1</sup> *N. de la E.* En inglés, ría, estuario.



## Dairine

—Dairine, ¿te pasa algo?

Dairine salió bruscamente de su ensoñación y miró al joven que seguía atado sobre el camastro de heno. Por unos instantes, sus miradas se encontraron y sintió una punzada de remordimiento. Evander tampoco era culpable de la situación en la que se encontraban.

—Evander, lo siento mucho, de verdad, pero James tiene razón. Si mi padre se entera de que he estado a solas contigo, me meterá en un convento y no me dejará salir si no es casada. —Dairine sonrió tristemente—. Y a ti te matará. Lo siguiente sería una guerra civil en el condado, y todo por querer salvarte la vida. No quiero ser culpable de ninguna muerte, ni siquiera de la tuya.

—Te comprendo, Dairine, pero entiende que yo también estoy metido en un buen lío.

—No es lo mismo —replicó Dairine con terquedad.

Evander estuvo a punto de lanzarse de nuevo a una discusión, pero se contuvo y optó por intentar algo diferente.

—Dairine, me gustaría que me explicaras por qué crees que para ti es diferente. Ambos tenemos que asumir la responsabilidad que nos imponen nuestras familias, nos guste o no, y lidiar con las consecuencias. —Evander intentó que su voz reflejara el cariño que sentía por Dairine—. De verdad que quiero entenderte, pero necesito saber por qué me mantienes prisionero.

—No es lo mismo porque a ti no te meterán en un convento ni te casarán a la fuerza. Solo te matarán —remató Dairine con ojos traviosos, y ambos se echaron a reír—. No se sabe qué es peor, ¿verdad?

—Lo cierto es que no. Si tuviera que elegir, no sabría decidirme entre desposarme con una vieja solterona ajada y seca o morir de un flechazo certero en el corazón. —Evander siguió con la broma, aunque su voz se había tornado un poco más seria.

—Eso es —asintió Dairine—. Creo que prefiero una muerte rápida a que me torturen toda la vida. No deseo una existencia ocupada en bordados y rezos en un lugar tan feo como el castillo Rojo. Antes prefiero arriesgarme, aunque eso suponga la muerte. Pero quiero vivir y para eso necesito un plan.

La tensión que habían sentido antes desapareció y, a pesar de que la conversación había perdido toda la jovialidad, Dairine pensó que tal vez podría confiar en Evander.

—Hace unos meses, desobedecí gravemente las órdenes de mi tía —empezó a contarle—. Una mañana salí sola y sin permiso a dar un paseo. Me descubrieron, y mi padre y mi tía decidieron que merecía el peor de los castigos. Las alternativas que me ofrecieron fueron los esponsales o el convento —recordó con tristeza—. Después de mucho rogar a mi tía, esta escribió a mi padre para que dejara el castigo en sus manos.

Dairine se detuvo y miró a Evander a los ojos. Le preocupaba lo que fuera a pensar de ella por haber salido sin vigilancia, pero al mismo tiempo se sentía bien desahogándose con alguien. Por eso, decidió continuar:

—Entonces, mi padre, que me ve más como una mercancía a la que sacar provecho con una

boda ventajosa que como a una hija, lo dejó todo en manos de mi tía Morven y ni siquiera se tomó la molestia de ir a reprenderme al castillo Rojo —Dairine suspiró, pesadosa—. De hecho, anoche fue la primera vez que le vi en dos años y creo que solo me mandó llamar para anunciarme sus esponsales.

Evander la miró con otros ojos. Estaba claro que la vida de Dairine no había sido tan fácil como parecía, con un padre ausente y su tía Morven como carcelera.

—Al final —continuó Dairine, que cada vez sentía más segura junto a su amigo—, la tía me encerró en mis aposentos durante un mes y poco después me dejó salir a ratos, pero solo para acompañarla en sus paseos a caballo por la orilla del *firth*.

—Vaya, está claro que tu tía se aburre en ese castillo casi tanto como tú —rio Evander, tratando de animar a su amiga.

—¡Eso es! —exclamó Dairine con los ojos brillantes. Sentía que se había quitado un peso del corazón al poder confiar sus pensamientos a alguien—. Y luego, poco a poco, se fue olvidando de cerrar la puerta de mis aposentos. Al cabo de unas semanas, llegó la orden de mi padre de mudarnos a Eilean Donan. Creo que ya tiene planes para mí, pero nadie me dice nada ni me pregunta mi opinión. ¡Yo lo único que quiero es cabalgar, sentir el aire fresco de la mañana en la cara, oler el brezo y el saúco a la ribera del *loch*, bañarme cuando...!

Cortó abruptamente la frase al advertir el gesto de Evander. ¡La había visto, estaba segura! Si no, ¿por qué había reaccionado así? Tal vez no lo recordase todo. Pero cada vez que pensaba en su encuentro en la cala, Dairine se reprendía a sí misma, diciéndose que seguía siendo una niña tonta que tomaba demasiadas decisiones impulsivas. Toda esa libertad y esas aventuras que tanto anhelaba no hacían otra cosa que meterla en problemas, y la prueba era el lío en el que se encontraba en ese preciso momento.

—Dairine, ¿estás bien? —preguntó Evander, preocupado por su silencio.

—Sí, perfectamente —repuso Dairine, pero la magia del momento y la complicidad que habían compartido se había esfumado—. Lo siento, no te puedo liberar todavía. Tengo demasiado que perder y no voy a arriesgarme.

—No diré nada a nadie —aseguró Evander—. Debes confiar en mí.

Por un momento, Dairine creyó que se refería a la escena de la mañana anterior y se convenció de que la había visto desnuda. ¿Qué pensaría de ella? Aunque, pensándolo bien, ¿por qué le importaba tanto la opinión de alguien a quien no había visto en diez años? Decidió fingir que creía que hablaba de la enemistad de sus familias.

—Eso dices ahora, pero la historia de los Macrae indica otra cosa. Mira, Evander, en el fondo, reconozco que soy la criatura estúpida que dice mi tía y que apenas sé nada del mundo. Así que, por una vez, voy a escuchar la opinión de James y Sìne, que parecen saber mucho mejor que yo qué es lo que me conviene, y no me voy a dejar llevar por los impulsos. Además, ambos me han demostrado que quieren lo mejor para mí y también para ti. Es muy difícil encontrar personas en las que confiar y creo sinceramente que ellos me están ayudando desinteresadamente.

—¿Y yo no soy digno de tu confianza? —protestó Evander, que no sabía si se había enfadado porque Dairine no confiaba en él o porque se sentía un caballero honorable de los pies a la cabeza y ella había puesto en duda su honor.

—Lo siento, Evander, no te puedo soltar. No es solo una cuestión de confianza. Tanto a ti como a mí nos van a pedir unas explicaciones que no sé si podemos dar. Además, sé a ciencia cierta que nadie nos escuchará. De todas formas, Sìne regresará en cualquier momento. ¡Mira,

ahí está!

—¿Cómo se encuentra el herido? —preguntó alegremente la joven curandera al entrar en la cabaña.

—Mejor —respondió Evander, tratando de incorporarse. La mueca de dolor que apareció en su rostro le dijo a Sìne todo lo que necesitaba saber.

—Estate quieto y te curarás antes —le reprendió cariñosamente Sìne—. Tengo que limpiarte la herida y cambiarte el vendaje. ¿Me ayudas, Dairine?

—Por supuesto —obedeció dócilmente la muchacha.

—Sujétale la cabeza e incorpórale un poco para que pueda quitarle el vendaje sucio —indicó Sìne—. Eso es.

Con manos habilidosas, Sìne fue desenrollando las largas vendas de tela blanca que cubrían la herida hasta dejar al descubierto una gran cicatriz cosida con un grueso hilo oscuro.

—Ahora, vuelve a recostarlo con cuidado para que pueda limpiarle bien la herida —añadió.

Dairine estaba encantada de poder ayudar. Se sentía responsable de Evander, aunque ella no había tenido la culpa de nada de lo que le había sucedido. Casi sin darse cuenta, le acarició delicadamente el musculoso hombro derecho mientras lo volvía a acomodar sobre el heno. Le pareció que era un hombro perfecto, sólido y bien torneado, casi una obra de arte.

—Se nota que es arquero, ¿verdad? —comentó Sìne esbozando una pícara sonrisa al ver el gesto de Dairine—. Evander ha tenido mucha suerte. Si le hubieran disparado en el lado izquierdo, habría muerto al instante.

—¿Cómo tiene la herida? —preguntó Dairine, que había enrojecido e intentaba desviar la conversación hacia un tema que no fueran los fuertes músculos del joven.

—Va bastante bien. Ahora voy a limpiársela y le volveré a aplicar el ungüento de hierbas para que cicatrice correctamente. Si quieres, puedes seguir ayudándome —la animó—. Haz un poco de presión. Evander es fuerte y lo soportará.

—¡Eh! ¡Que estoy aquí! —se quejó Evander fingiendo indignación—. Dejad de hablar de mí como si no os oyera.

Dairine y Sìne se echaron a reír al mismo tiempo al ver el mohín en la cara de Evander. El joven se unió a las risas y, por unos minutos, pareció que todo volvía a ser como diez años antes.

Pero la ilusión se desvaneció rápidamente. Al oír un ruido en el exterior de la cabaña, los tres enmudecieron de golpe y levantaron la vista preocupados. Dairine se quedó totalmente paralizada, como si de pronto se hubiera olvidado de respirar. Pero Sìne, más resuelta, se acercó sigilosamente al ventanuco para echar un vistazo por las rendijas que dejaban los tablones mal clavados a los muros.

—Falsa alarma —anunció con una sonrisa mientras se giraba hacia el camastro—. Era una ardilla.

Los tres respiraron aliviados, aunque ya no pudieron recuperar el ambiente risueño de unos minutos antes.

—Evander, espero que ahora entiendas mejor el lío en el que estamos y no hagas ninguna tontería —le pidió Dairine con ojos de súplica—. Nada me gustaría más que llevarte a Eilean Donan para que pudieras descansar y recuperarte en un lecho de verdad, pero no puedo. Tendrás que seguir aquí un poco más, hasta que decidamos que es lo mejor.

—Pero mi padre me estará buscando... —protestó.

—¿Tú crees? —inquirió Sìne con voz escéptica, ya que conocía perfectamente la situación de la familia de Evander—. Tu madre tal vez, pero dudo que tu padre y tus hermanos hayan notado

tu ausencia.

—Por eso mismo —terció Dairine—, creo que lo mejor es que aún no le digas nada a nadie, Sìne. Te lo pido por favor. Dejemos que Evander descanse aquí una noche más. Podemos regresar juntas al pueblo y dejar la yegua en casa de James, como ayer. Así nadie sospechará. De todas formas, creo que no podremos tenerlo aquí mucho más tiempo. Deberíamos haber sido más cuidadosas —reconoció Dairine—. Cualquiera podría haber pasado por aquí y haber entrado en la cabaña al ver la yegua atada afuera.

Dairine estaba cada vez más preocupada por cómo iban a resolver la situación. Estaba segura de que Labhra sospechaba algo. La vieja doncella tenía unas ganas locas de vengarse de la mocosa por la regañina, a todas luces inmerecida, que había tenido que soportar en Kirkhill a causa de su escapada. No podía seguir tentando a su suerte, y menos ahora que su padre había decidido volver a casarse. Dairine sospechaba que, en cuanto su nueva esposa le diera el heredero que ansiaba, el viejo Finlay perdería el poco interés que tenía por su hija y la casaría con el hombre que se conformara con la dote más pequeña.

Dairine vio que Sìne avivaba mecánicamente el fuego, como si estuviera dándole vueltas a algo en la cabeza.

—Sìne, ¿qué piensas?

—Creo que tienes razón, Dairine. Dejemos que Evander descanse aquí una noche más y mañana, cuando haya recuperado algo más de fuerza, decidiremos qué hacer.

—¡Gracias! —exclamó Dairine con lágrimas a los ojos. Sintió un gran alivio al saber que disponía de una noche más para pensar en una solución. Deseaba evitar a toda costa despertar la ira de su padre y tampoco quería darle una excusa para que la alejara de allí para siempre—. ¡Muchas gracias, Sìne, por todo lo que estás haciendo por mí! —repitió agradecida.

—Bueno, bueno, que no es para tanto. Además, es mi trabajo. Soy curandera, ¿recuerdas? Creo que lo mejor es que me quede yo aquí esta noche, por si Evander necesita algo. Tú ve a llevarle la yegua a James y regresa a Eilean Donan como ayer, con la misma excusa de la visita a su esposa y al bebé. No creo que tengas ningún problema. Sí, creo que eso será lo más seguro —concluyó.

—¿Te vas a quedar aquí a solas con él? —preguntó Dairine.

En su inexperiencia, no supo darle el nombre correcto al malestar que sentía. No quería que Sìne se quedara solas con Evander toda la noche. Habría preferido hacerlo ella, aunque sabía que eso era una locura. Notó en su interior un sentimiento de posesión hacia el joven que no acertaba a explicar de forma racional. Ella lo había encontrado, era «su herido» y no quería separarse de él.

—¿No pensarán mal de ti? —insistió, mirando a Sìne—. Lo digo por lo de la honra que me dijo James. No me gustaría que te sucediera nada malo.

La curandera soltó una carcajada que dejó asombrada a la pobre Dairine.

—¡Pero si Evander no es más que un chiquillo! —exclamó—. No te preocupes, sé cuidarme sola.

Evander había abierto la boca para decir algo, pero Sìne continuó hablando sin darle tiempo a meter baza.

—A no ser que quieras quedarte tú, claro —Sìne escudriñó el rostro de Dairine y sonrió. A la pobre jovencita le pareció que la curandera podía leer en su cara como en un libro abierto—. Además de curandera, tengo algo de bruja, ¿sabes? —añadió, guiñándole un ojo a Dairine, que se estaba poniendo roja como la grana—. ¿Tú qué opinas, Evander? Preferirías que se quedara

Dairine a cuidarte, ¿a que sí?

Esta vez le tocó al joven convertirse en el blanco del humor travieso de Sène y también se ruborizó hasta las orejas. Dairine fingió preparar las cosas para marcharse y se puso de espaldas al herido para que no le viera el rostro.

—Bueno, basta ya de bromas y vete, que se va a hacer muy tarde —dijo Sène con un tono más autoritario—. Mañana puedes volver a salir con la misma excusa de ir a ver al bebé de James. No te preocupes, Dairine. Entre los tres, algo se nos ocurrirá.



## Evander

—Dime la verdad, Sìne —le rogó Evander en cuanto se quedaron a solas.

—Te prometo que te explicaré todo lo que sé —le aseguró Sìne—. Pero, por ahora, debes descansar y recuperar fuerzas.

—Descansaría mejor en casa de mi padre y tú lo sabes —adujo Evander—. ¿Por qué no me liberas? Eres una Macrae, como yo.

—Te repito que, de momento, todos creemos que esta es la mejor opción. Y no es que no nos fiemos de ti, pero...

—¿Pero qué? ¿Y quiénes son todos? ¡No me estás diciendo toda la verdad, Sìne! —gritó Evander con impotencia—. Mírame, soy yo, el mismo de siempre, ¡tu amigo!

Sìne contempló al pobre muchacho, herido y atado al camastro, que estaba haciendo acopio de todo su orgullo de Macrae para que no lo vieran llorar.

—Evander, de verdad que lo siento, pero creo que, de momento, debes armarte de paciencia y permanecer aquí. Sinceramente, me parece que es lo mejor. Voy a acercarme hasta Kintail para traerte algo de comer —añadió—. Regresaré lo antes posible, te lo prometo.

—Al menos, desátame —le pidió Evander.

—¿Me juras por tu honor que no intentarás escapar?

—No —repuso Evander sin dudar.

—Pues eso. —Sin añadir una sola palabra más, Sìne se marchó y cerró la puerta al salir.

De nuevo, lo dejaron solo, atado al camastro improvisado y sin más compañía que sus propios pensamientos. Evander no salía de su asombro. ¿De verdad era Dairine? ¿En eso se había convertido su amiga de la infancia? La recordaba como una chiquilla terca cuando creía que tenía razón, pero dócil y cariñosa con las personas a las que admiraba. Y siempre pensó que él estaba incluido en ese último grupo. En su imaginación, Dairine había seguido siendo su amiga los diez años que habían estado separados. Ni siquiera había pensado en cómo habría cambiado en todo ese tiempo. En sus planes para reconciliar a las dos familias, Dairine era una pieza clave que le ayudaría a resolver todo el asunto.

La situación no podía seguir así. El ambiente en el condado no había hecho sino enrarecerse más y más desde el día en el que tuvo lugar la histórica bronca entre Finlay, señor del clan Mackenzie, y Duncan, su fiel camisa de malla y jefe de los Macrae. Evander recordaba cómo en los días posteriores, los mayores les prohibieron jugar con los niños Mackenzie. La mayoría de Kintail era Macrae, pero Dornie estaba habitado principalmente por el clan Mackenzie. Además, su padre se había mantenido dignamente alejado de todo lo que olía a Mackenzie y había obligado a todos los Macrae a cortar cualquier tipo de relación con el clan de su enemigo.

Los niños de ambos clanes ya no subían juntos los rebaños para que pastaran en los páramos. Había historias de animales despeñados de los dos clanes debido a la negligencia del otro clan o incluso a causa de actos de mala fe de quienes, en otros tiempos, se habían ayudado y habían sido los mejores vecinos. Las Tierras Altas ya eran un lugar lo suficientemente duro sin necesidad de que esa estúpida enemistad complicara aún más las cosas.

Al cabo de unos años, Duncan Macrae empezó a lamentar sus palabras de insulto hacia el

que había sido su amigo desde la infancia. La situación había conseguido empobrecer a los dos clanes por igual y las relaciones se habían enrarecido hasta llegar a un punto en el que no parecía que ninguno de los dos jefes fuera a dar su brazo a torcer.

Evander tenía la seguridad de que lo único que conseguirían si seguían por ese camino sería debilitar aún más a ambos clanes y, por otra parte, siempre había alguien dispuesto a aprovechar estas circunstancias. Su padre ya había comprendido que había insultado a su amigo Finlay en su propia casa el mismo día que este celebraba un banquete para honrar a su clan, pero ya no sabía cómo disculparse y retractarse sin mancillar el honor y el orgullo de los Macrae.

«En realidad, solo cumplimos con nuestro deber hacia los Mackenzie», había reconocido Duncan. «Y yo los insulté en su propia cara».

Evander tenía el convencimiento de que la enfermedad de su padre se debía en gran parte a los sucesos de aquel día y deseaba con toda su alma que llegara a reconciliarse con Finlay Mackenzie antes de morir. En los últimos meses, apenas salía ya de la cama y mucho menos de la casa. Evander había perdido toda esperanza de que se restableciera, por lo que, poco a poco, había ido cargando sobre sus jóvenes hombros el peso de todas las responsabilidades de jefe de la familia y señor del clan Macrae. No había sido una tarea fácil, ya que muchos miembros del clan preferían a alguien con más experiencia como jefe. Hubo voces que sugirieron buscar un Macrae de una rama menor para que se hiciera cargo de los asuntos del clan, pero Evander estaba decidido a hacer valer su progenitura. Sabía perfectamente que si también perdía eso, su padre se rendiría definitivamente.

Así que, mientras sus amigos perseguían muchachas entre el brezo, él intentaba mediar en las disputas del clan y educar a sus hermanos más jóvenes. «Bueno, educarlos o sujetarlos, según se mire», se decía Evander.

Durante unos instantes, los pensamientos del joven Macrae se centraron en Errol e Ian, sus hermanos menores. Eran los más próximos a él en edad, pero todo lo que tenían de grandes les faltaba de madurez. Cuando aún eran niños, poco después de la batalla de Eilean Donan, habían contraído unas fiebres que los tuvieron debatiéndose entre la vida y la muerte durante una semana. La madre de Evander se había dedicado por completo al cuidado de los dos pequeños y había seguido mimándolos una vez superadas las fiebres. Ambos niños quedaron muy debilitados y hubieron de permanecer en cama durante varios meses. Aquella larga convalecencia les había impedido acudir a la fiesta celebrada en Eilean Donan en honor a su padre, y también los había convertido en los dos jóvenes egoístas y engreídos a los que Evander trataba de educar. Se creían importantes y caminaban por Kintail como si el pueblo les perteneciera. Lo mismo podría decirse de las muchachas a las que perseguían. Evander estaba seguro de que el asunto acabaría con un reguero de bastardos por todos los pueblos de la costa y solo se detendrían cuando algún padre airado y abochornado los obligara a casarse a punta de espada por dejar encinta a su hija tras deshonrarla con falsas promesas de amor eterno. Eran dignos hijos del Duncan más joven, bravucón y mujeriego, conocido en todas las aldeas de las Tierras Altas occidentales.

Por el contrario, Evander se había jurado a sí mismo ante Dios que no se casaría, que ni siquiera conocería a una mujer hasta que los Macrae no hubieran hecho las paces con los Mackenzie.

El pobre chico no había conseguido que ni Errol ni Ian asumieran responsabilidad alguna en la gestión de las extensas tierras y ganado de los Macrae. Cada vez que les sugería que lo ayudaran, ellos alegaban que tenían que prepararse para el combate. Practicaban con la espada

tanto a pie como a caballo. Para Evander, todo aquello era un sinsentido. La última batalla que había librado el clan había sido contra los Macdonald y, en ella, la destreza con el arco había sido decisiva para derrotarlos, no la espada. Además, el arco era fundamental para la caza de venados en las tierras de su padre y una fuente de alimentos esencial durante el invierno, cuando la mar embravecida dificultaba la pesca y el ganado no podía salir a pastar a los prados.

Para Evander, el arco era la seña de identidad de los Macrae. Con él habían ganado innumerables batallas para sus señores, los Mackenzie, y los mejores arcos se heredaban de generación en generación.

Recordó las historias de su abuela sobre el tejo que había antes en el patio pequeño de Eilean Donan.

—No por ser el patio pequeño es el menos importante, Evander —le había advertido su abuela—. En él creció una vez un imponente tejo. Se decía que bajo él se podían cobijar todos los cabezas de familia del clan Macrae. Porque ese tejo era nuestro árbol, nuestra unión con lo más sagrado de Eilean Donan.

Evander había escuchado las historias de su abuela sin entenderlas, pero su forma de contarlas siempre le hipnotizaba de tal modo que más de diez años después, las recordaba casi palabra por palabra.

—El hermano mayor de Finlay lo mandó talar durante los años en los que fue dueño y señor de Eilean Donan. Poco después de talarlo, su arco se quebró durante la batalla y alguien le clavó una flecha en el corazón. Dicen que fue la venganza del tejo, que generosamente le había regalado una rama para fabricar su arco y él se lo había agradecido talándolo.

—Entonces, ¿mi arco también se quebrará? —había preguntado el niño, muy preocupado, ya que el arco Macrae que había recibido como regalo por su décimo cumpleaños estaba hecho del mismo tejo.

—¡Ay, mi querido Evander...! No, pero deberás intentar que los locos Mackenzie planten otro tejo en Eilean Donan. Esa será la misión de tu vida.

La anciana le había besado y le había susurrado al oído:

—Cuando lo consigas, la flor más bella de Eilean Donan será tuya para siempre.

Evander sonrió y, muy a su pesar, volvió a la realidad. A diferencia de su abuela, que era tan sabia, parecía que sus hermanos pequeños casi nunca pensaban y, cuando lo hacían, solo empleaban la parte menos indicada de su anatomía.

*Ya no son unos niños* —se recordó.

Errol acababa de cumplir dieciocho e Ian tenía ya dieciséis años. A veces le parecía que sus hermanos no entendían lo que era el honor de los Macrae, cómo habían luchado heroicamente en decenas de batallas por su señor Mackenzie y por su rey. No eran conscientes de la sangre derramada en innumerables batallas para cumplir los juramentos pronunciados muchos años antes. No les interesaba saber cómo había que gestionar sus posesiones ni la importancia del reparto de grano y carne que hacía el clan por todo el condado en épocas de hambruna.

El regreso de Sìne le sacó de sus pensamientos. Se le había pasado un poco el enfado y miró a la curandera con ojos más risueños.

—¿Cómo estás, Evander? ¿Más tranquilo? —preguntó la joven—. Te he traído queso tierno y una hogaza de pan recién hecho. ¿Tienes hambre?

—Sí —reconoció Evander, que de pronto sintió que le rugían las tripas—. Podría comerme una oveja entera.

Sìne no pudo por menos que echarse a reír. Advirtió rápidamente el cambio de humor en

Evander y le regañó cariñosamente.

—Me parece que vas a tener que conformarte con sopas de pan y un poco de queso tierno. Voy a poner agua a hervir. No te preocupes, que también he traído carne en salazón para la sopa. Y unas hierbas aromáticas —añadió, riéndose al ver la cara del pobre Evander ante la perspectiva de un menú tan frugal—. Se nota que ya estás mejor y has recuperado el apetito.

Poco después, un sabroso olor llenó la cabaña.

—Esto ya está —decidió Sìne, retirando la olla del hogar—. ¿Puedes incorporarte un poco?

—Si me ayudas, creo que sí —repuso Evander.

Sìne le fue incorporando poco a poco la espalda, vigilando las muecas de dolor de Evander para que no se le abriera la herida.

Con un haz de heno, le preparó un tosco respaldo para que pudiera mantenerse mínimamente erguido. Después sirvió un cuenco de la humeante sopa y cortó unos pedazos de queso tierno para acompañarla. Extendió un paño sobre un taburete que acercó a Evander y colocó allí la comida. Con paciencia, Sìne fue dando de comer a un Evander agradecido que parecía estar muriéndose de hambre, a juzgar por el apetito que exhibía.

—Veo que ya te sientes mejor. Me alegro —dijo Sìne mientras le servía otro poco de sopa—. No debes preocuparte, Evander. Dairine es buena chica y no dirá nada. En cuanto a James, él nunca diría ni haría nada que pudiera poner en peligro a su familia, y mucho menos ahora que tiene un bebé recién nacido.

—Ya lo sé —admitió Evander—. Es simplemente que no sé qué hacer. Estar aquí tumbado sin moverme me está matando. Ya me conoces, Sìne. Yo soy un hombre de acción.

—Todo se solucionará, ya lo verás. Ahora, intenta descansar para sanar cuanto antes. Mañana regresaré temprano para ver cómo estás, pero esta noche lo mejor que puedes hacer es dormir.

Sìne recogió todas sus cosas y se marchó. La joven curandera dejó a Evander solo en la penumbra de la noche.

El pobre chico no paraba de darle vueltas a dos ideas en su cabeza. La primera era cómo salir de allí. Llegó la conclusión de que Sìne estaba en lo cierto: había que contar con la ayuda de Dairine para resolver la situación.

Pero es que ella era su segunda obsesión. Había cambiado mucho, eso estaba claro. Por lo que había podido observar, se había convertido en una jovencita espigada de largas piernas y estrecha cintura. Su rostro no había cambiado tanto. ¿O sí? Reprodujo en su mente los rizos negros que enmarcaban las mejillas arreboladas de la jovencita que lo había cuidado cuando estaba semiinconsciente en la cala. La imagen de una Dairine apenas cubierta por una fina prenda blanca que se le pegaba al cuerpo invadía su mente cada vez que intentaba urdir un plan o recordar los sucesos anteriores a esa visión. Era un recuerdo obsesivo y se sentía incapaz de tomar las riendas de sus propios pensamientos.

Pero le había salvado la vida. Si Dairine no hubiera estado allí, tal vez habría caído y el caballo lo habría arrastrado con el pie enganchado en el estribo hasta matarlo. O podía haber muerto desangrado lentamente entre los matorrales y nadie lo habría visto. Dairine había ido a pedir ayuda y lo había puesto a salvo en la cabaña. Y después había ido en busca de Sìne para que le extrajera la flecha y le cosiera la herida.

—La flecha! —El grito abandonó su garganta antes de que se acabara de formar el pensamiento.

Debía averiguar quién le había hecho eso. No recordaba nada de lo sucedido aquella mañana

y no lograba explicarse qué hacía en aquella cala o quién le había disparado.

*Me estaban buscando* —se le ocurrió de repente.

Sin embargo, lo preocupante no era eso, sino la maldita flecha. Le habían disparado en el costado derecho así que, o el arquero tenía una puntería nefasta o no pretendía matarle. Evander sabía perfectamente que, si él hubiera querido matar a alguien, le habría disparado directamente al corazón.

¿Por qué no le habían matado? Estaba claro que la intención no había sido acabar con su vida. Se preguntó el motivo una y otra vez. Tampoco entendía por qué precisamente en el *loch* Duich, en las tierras de los Mackenzie y casi a mitad de camino entre Eilean Donan y Kintail.

Cuanto más pensaba en ello, más extraño le parecía todo. Estaba claro que alguien tenía malas intenciones, pero ya no sabía si el ataque había estado dirigido contra los Macrae o contra los Mackenzie.

*Tengo que hacer algo, y rápido. Dairine es la clave de todo* —concluyó Evander.



## Evander

El ruido de los goznes de la puerta lo despertó. Había tenido un sueño muy extraño, tal vez producto de la fiebre y el brebaje que le había dado Sìne.

En esos primeros instantes de duermevela, se deleitó con el recuerdo de la figura desnuda que había protagonizado su sueño, emergiendo de las aguas como una diosa vestida únicamente con la bruma de la mañana. Vio unos senos perfectos y rosados que se sostenían turgentes en un busto estrecho y delicado. A ratos, la diosa parecía desaparecer entre las aguas, para emerger posteriormente con su piel húmeda y reluciente brillando bajo los rayos del sol de la mañana.

En un momento de su sueño, la diosa desnuda reapareció a su lado cubierta por un finísimo velo blanco que acentuaba la esbeltez de su figura. Él intentaba decir algo, pero parecía haber pedido la capacidad de comunicarse. «Tranquilo, yo te cuidaré», decía la diosa, y le acariciaba suavemente los cabellos mientras apoyaba su cabeza en un mullido lecho de helechos y brezo. Cuando se inclinaba sobre él, imaginaba oler la piel de esos senos que sentía tan cerca que casi le rozaban el rostro, apenas velados por la fina tela de la túnica. Era un olor salado, fresco, que se mezclaba con el brezo sobre el que yacía. Deseó rodear el cuerpo de la diosa con sus brazos, acariciar los hombros blancos que aparecían bajo sus ropajes y saborear los tentadores senos de rosados pezones, pero cuando lo intentó, las manos no le obedecieron.

*Estoy atado* —pensó, y abrió los ojos.

De repente, la figura de Dairine a contraluz en el umbral de la puerta se fundió con la protagonista de sus sueños.

Evander ya no sabía qué creer. Estaba muy confuso, aunque achacaba los pensamientos extraños que le rondaban la cabeza a la herida que tenía en el costado. De pronto, sintió movimientos a su espalda.

¡Sìne! —recordó casi a la vez que oía como la curandera saludaba a la recién llegada.

—Hola, Dairine, ¿no te esperaba tan pronto!

Ya totalmente despierto, Evander comprobó que había un hermoso fuego en el hogar de la cabaña y que los vendajes sucios del día anterior colgaban limpios y relucientes sobre el respaldo de uno de los bancos que Sìne había acercado al fuego con el fin de secarlos.

Sìne era así: diligente y efectiva, incapaz de estarse quieta cuando había cosas que hacer.

—¿Has pasado aquí toda la noche? —le preguntó Evander, ya totalmente despierto.

Intentó disimular la vergüenza que le producía el sueño tan perturbador que acababa de tener. En cierto modo, se sentía culpable por haberlo disfrutado y ahora no se veía con fuerzas para mirar a Dairine a la cara.

—¡Vaya, buenos días! Por un momento pensé que habías sido víctima de un encantamiento del sueño... —bromeó Sìne.

Desde la puerta, Dairine sonrió al oír como Sìne le tomaba el pelo. Todo parecía menos grave con la luz de la mañana y Evander se sorprendió contemplando la delicada figura de Dairine, que se había quitado la capa y la estaba doblando con todo con todo el mimo. Dos rizos rebeldes le caían por la frente, y la joven intentaba sin éxito colocárselos detrás de las orejas. Evander era incapaz de apartar los ojos, pero cada vez que la miraba, recordaba el sueño y enrojecía.

—He preparado comida para vosotros dos —anunció Dairine alegremente.

—Espero que no sea sopa de pan como ayer —repuso Evander, fingiendo desagrado.

—¡Eh, jovencito! —le regañó Sìne en broma—. No te metas con mi sopa. ¡Mira qué bien te ha sentado! Hoy pareces mucho más animado.

—Es cierto —admitió Evander con desgana—. Pero seguro que es por alguna hierba mágica que le echaste, no por el sabor de la sopa. Por muy poco que haya practicado, seguro que Dairine es mejor cocinera que tú.

—Bueno, en realidad os he mentado a lo grande. No la he preparado yo —reconoció sonriendo—. Le dije a la cocinera de Eilean Donan que era para la esposa de James. No hay nada que provoque más ternura en una vieja matrona que una madre primeriza que está amamantando a un recién nacido. ¡Así que traigo un estofado para chuparse los dedos! —remató Dairine triunfalmente.

Dejó sobre la mesa el hatillo que había transportado firmemente sujeto en las alforjas. Lo desanudó y apareció una olla que desprendía un olor riquísimo.

—Ahora lo ponemos unos minutitos al fuego, ¡y listo el banquete! —añadió.

—¡Vaya! ¡Qué bien huele! Gracias, Dairine.

Después de calentar el estofado, Dairine sirvió dos cuencos, uno para Sìne y otro para Evander. Sin pensárselo dos veces, se sentó junto a Evander para darle de comer.

—Un poco más, te lo ruego... —suplicó Evander haciendo un mohín—. Sigo teniendo hambre y además estoy herido. ¡Solo un poquito más, por favor!

—¡Pero si te has comido casi toda la olla tú solito! —protestó Sìne a carcajadas—. Con mi sopa no tenías tanta hambre...

—Es que todavía estoy creciendo —fingió disculparse Evander, riéndose también. Estaba disfrutando de lo lindo con Dairine sentada a su lado alimentándolo con tanto cariño.

—Ya, ¡qué más quisieras! —replicó Sìne—. ¿Os acordáis cuando me llamabais un día sí y otro también para que os curase las rodillas?

—¡Pues claro! —exclamó Dairine—. Pero es que los vikingos eran duros de pelar. ¿A que sí, Evander?

—Y las rocas, más —añadió el aludido entre risas—. Todavía tengo las cicatrices de la batalla contra los puercos ingleses, ¿te acuerdas?

—¡Claro que me acuerdo! Nos hiciste esperar a que bajaran todos los niños del páramo después de dejar las ovejas en los rediles para que hicieran de *goddams*<sup>1</sup> ingleses. ¡Esos bastardos...! ¡Fue la batalla más épica de todas!

—Madre se enfadó muchísimo porque le abollé todas las ollas y los pucheros —explicó Evander a Sìne.

—Y yo curé tantos rasguños y raspaduras que perdí la cuenta —añadió la curandera—. Incluso hubo algún brazo roto, si no recuerdo mal.

—No, en realidad fue una pierna. El hijo del herrero resbaló en mitad de la batalla —la corrigió Evander—. Les estábamos dando una paliza a los ingleses y tuvimos que detener el juego. Creo que esa batalla solo es comparable a la defensa de Eilean Donan a la que jugamos el día que...

De repente, los tres se quedaron en silencio ante el recuerdo del día en el que se acabó su infancia.

Terminaron el estofado sin decir una palabra. Ya no tenían ganas de bromear y mucho menos

de recordar lo sucedido diez años antes.

*Aun así tengo que intentarlo. Si no, a saber cuántos días más me tendrán aquí...* —se dijo Evander.

Sìne recogió los cuencos y salió al caño a lavarlos para dejarlo todo limpio y recogido. Las cabañas de pastores se usaban durante todo el verano y era una regla no escrita que había que dejarlo todo impoluto para el siguiente que la necesitara. Aprovechando su ausencia, Evander intentó convencer a Dairine.

—Dairine, escucha. —Trató de incorporarse para mirarla a los ojos—. No podemos mantener esta situación. Mi padre está enfermo y seguro que tiene un gran disgusto. No me gustaría acelerar su muerte.

Pero la conversación anterior sobre Eilean Donan había recordado a Dairine que su vida había cambiado radicalmente a causa de los acontecimientos provocados por el padre de Evander.

—Si no murió cuando insultó tan gravemente a mi padre, seguro que puede aguantar unos días más. No eres imprescindible, Evander —replicó desafiante Dairine.

—Tú no lo entiendes. Mi padre...

—¿Y el mío qué? ¿Qué pasa con el honor de mi familia? —Dairine iba subiendo el tono de voz—. Lo he arriesgado todo por salvarte, ¡y te atreves a hablarme del borracho mujeriego de tu padre!

Dairine ya estaba gritando, incapaz de contenerse, y repitió palabra por palabra todos los insultos dirigidos a los Macrae que había escuchado en el castillo Rojo durante los últimos diez años.

Los gritos llegaron al exterior de la cabaña y Sìne, temiéndose que hubiera ocurrido algo grave, entró a la carrera.

Ambos enmudecieron al verla en el umbral. Evander estaba acalorado y sintió la mirada acusadora de Sìne sobre él.

—¡Ya está bien! Dejad de comportaros como unos mocosos —los reprendió Sìne—. Tenemos que pensar algo, y rápido.

—Eso es precisamente lo que intento —replicó enfadado Evander—, pero Dairine no me escucha.

—No debes olvidar que ella tiene más que perder que tú, Evander. Una doncella<sup>2</sup> nunca debe quedarse a solas con un hombre que no sea su padre o su hermano. ¡Y menos con el hijo del enemigo de su padre! En otros tiempos, ambos podríais haber acabado muertos. De todas formas, estas discusiones no nos llevan a ninguna parte. Si no encontramos una solución rápidamente, tu padre se va a enterar de todo y el tuyo también, Dairine. Y yo, que ni siquiera tengo padre, seré tan culpable de lo sucedido como vosotros dos.

—¿Qué propones tú, Evander? —preguntó Dairine.

—Libérame —suplicó el joven—, y regresaré contigo a Eilean Donan para explicárselo todo a tu padre. Tenemos la punta de flecha, que no reconozco como Macrae. Esto quiere decir que hay algún forastero por las tierras de tu padre y no precisamente con buenas intenciones. Nuestro deber es avisarle.

—¡Te matará antes de que logres decir dos palabras! —le interrumpió Dairine—. Recuerda su promesa. Ya sabes que los Mackenzie tienen muy buena memoria.

—Pero Evander tiene razón —adujo Sìne, que no había vuelto a pensar en la flecha desde

que se la extrajo a Evander—. Debemos avisar a tu padre. Intenta recordar lo sucedido, Evander. ¡Es preciso poner el castillo en guardia! Creo que si supieras quién te atacó, tendríamos más probabilidades de hacer entrar en razón a Finlay Mackenzie, y además estaríamos ayudándole a defender sus tierras. ¡Piensa, Evander! Cualquier detalle puede ser importante.

El pobre chico se quedó callado. Cada vez que intentaba pensar en lo ocurrido esa mañana, lo único que veía era ese cuerpo perfecto emergiendo de las aguas.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, Sìne. —La voz de Dairine lo trajo de vuelta a la realidad—. Pero ¿cómo avisamos? Vosotros no podéis ni acercaros al castillo y a mí nadie me escucha. ¡Al fin y al cabo, no soy más que una chiquilla estúpida para todos! Espera un momento... —Dairine se quedó pensativa—. ¡Creo que tengo una idea! —El rostro de la joven se iluminó—. ¡Claro, Harris! ¿cómo no se me había ocurrido antes?

—¿Estás segura? —preguntó Evander indeciso—. ¿Tú crees que te escuchará antes de llamar a tu padre?

—Sí, claro que sí. Es el único que no me ha llamado «criatura estúpida» en toda mi vida y siempre se entera de lo que ocurre en estas tierras. Ha sido los ojos y las manos de mi padre en esta parte del condado desde la muerte de mi madre, que era prima lejana suya. Las pocas veces que lo he visto, siempre me ha tratado con cariño. De hecho, dice que le recuerdo mucho a mi madre. Además, es el encargado de viajar por todas las posesiones que componían la dote de mi madre y sabe lo que pasa en cada rincón de ellas. Yo creo que mi padre lo mantiene en su puesto porque nunca lo ha contradicho, ni siquiera cuando se muestra irascible e irrespetuoso con él. Harris siempre se las arregla para hacerle entrar en razón y mi padre se siente muy satisfecho porque cree que todas las soluciones se le ocurren a él. Además —añadió Dairine con orgullo—, creo que le caigo muy bien. Desde mi regreso a Eilean Donan, ha tenido la amabilidad de hablar conmigo y enseñarme los rincones y pasadizos más olvidados del castillo.

—¿A solas? —preguntó Sìne extrañada.

—No, siempre íbamos con su criada de confianza. Es una vieja sirvienta que fue su ama de cría y ha estado a su servicio desde siempre. ¡Harris nunca haría nada inapropiado! —concluyó Dairine un poco indignada—. Al fin y al cabo, es un pariente lejano, el hombre de confianza de mi padre, y estábamos en nuestra casa.

Evander y Sìne intercambiaron una mirada de preocupación.

—Si de verdad crees que Harris es la solución a nuestros problemas, adelante —accedió Evander sin poder ocultar sus dudas—. Pero ten cuidado, no me fío.

—Tú no lo conoces —protestó Dairine—. No mataría ni a una mosca. En realidad, no podría, porque la mosca se le escaparía —rio Dairine—. Es muy bajito y está más rechoncho que nunca. Le cuesta hasta subir las escaleras. ¡Si vieras cómo se acaloró el día que me enseñó los antiguos calabozos de Eilean Donan!

Evander notó que la preocupación que sentía por Dairine crecía por momentos. A veces le parecía que la joven era demasiado confiada o sabía demasiado poco de la vida, no estaba seguro. Creyó adivinar en la fachada de bonachón que ofrecía Harris unas intenciones que ni se le habían pasado por la imaginación a Dairine, pero no lograba encontrar otra forma de solucionar el embrollo en el que estaban metidos y dar la voz de alarma.

—Tal vez podamos aprovechar el cariño que siente ese tal Harris hacia ti para llegar hasta el gran señor Mackenzie —dijo por fin Evander en voz alta, incapaz de contener el sarcasmo que dejaba claro que sospechaba de las intenciones de Harris.

—¿Te estás burlando de mi padre? —le interpeló Dairine, sintiendo que la ira volvía a

acumularse en su interior—. Eres consciente de que voy a arriesgarlo todo por ti, ¿verdad? Ni siquiera sé todavía como plantearle todo este asunto a Harris. Creo que merezco algo de respeto, Evander.

—Perdona, Dairine. No era mi intención, te lo prometo. Es que la situación me exaspera y no entiendo por qué no confías en mí y me liberas. Todo sería mucho más sencillo si pudiera salir de aquí e investigar por mi cuenta. Tal vez haya algo en la cala que nos dé alguna pista o un rastro que se pueda seguir. Cualquier cosa —intentó convencerla Evander.

—Pero no puedo hacer eso, Evander. Hace diez años que no nos vemos y apenas te conozco. Si de verdad quieres que confíe en ti, te propongo un trato. —Dairine se volvió hacia Sine, que hacía un rato que había decidido callarse y no interrumpir la discusión—. Sine, tú serás mi testigo.

—¿Testigo de qué, Dairine? No te entiendo.

—Quiero asegurarme de que estoy haciendo lo correcto, Sine. Yo conocí a Evander cuando era niño, pero no sé en qué clase de hombre se ha convertido. Por eso, tú —dijo, dirigiéndose a Evander— me contarás todo lo que ha sucedido en Eilean Donan y en Kintail estos últimos diez años. Tendrás que convencerme de que eres un hombre de honor y cumples tu palabra. Además, quiero conocer la historia del arrepentimiento de tu padre y que me des motivos para depositar en ti mi confianza. —Dairine se detuvo para recuperar el aliento—. Y quiero que tú, Sine, seas mi testigo. Si me miente, aunque sea una sola vez, le entregaré a los hombres de mi padre sin pensármelo dos veces. Asumiré las consecuencias de mis actos y esta historia se acabará de una vez por todas. No creo que anden muy lejos de aquí.

Evander la miró sorprendido. Durante todo el tiempo transcurrido en la cabaña, había intentado recuperar su confianza y en ciertos momentos creyó sinceramente que lo había conseguido. Se sentía agotado de tanto tira y afloja con Dairine y cedió rápidamente a sus exigencias.

—Como quieras. Si tanto te interesa, te contaré la historia de mi vida. Sine ya la conoce y creo que sería más prudente que saliera para asegurarse de que no hay nadie por aquí, si no te importa —sugirió—. Si más adelante deseas confirmar alguna cosa que te haya contado, no tienes más que preguntárselo.

—Por supuesto, muy buena idea —asintió Sine, que entendía perfectamente la vergüenza del pobre muchacho al tener que relatar en voz alta las miserias familiares—. Me aseguraré de espantar a cualquier pastor de los alrededores que se acerque a la cabaña.

—¿Puedes alcanzarme un poco de agua, por favor? —pidió Evander una vez que estuvieron a solas—. Si tengo que contarte toda mi vida, necesito aclararme la garganta.

Dairine le sirvió agua de la jarra que había sobre la mesa y se sentó a su lado, dispuesta a escuchar.

—Adelante —le animó.

—Empecemos por el principio —dijo Evander—. Como sabrás, después de aquel día, mi padre no volvió a poner un pie en Eilean Donan. Los meses siguientes, todos los Macrae lo apoyaron sin fisuras, pero con el tiempo, comprendieron que mi padre había insultado a Finlay Mackenzie en su propia casa. No fue una decisión que el resto del clan proclamara a los cuatro vientos, pero cada vez le llamaban menos para mediar en las disputas del clan e incluso alguna vez desafiaron sus órdenes. Era como si mi padre siguiera siendo el cabeza de los Macrae, pero sin serlo en realidad. Además, ya no se ocupaba de los intereses de los Mackenzie en Kintail, por lo que sus días empezaron a estar más vacíos que nunca. —Evander se detuvo y tomó un sorbo

de agua—. Dos años después de aquello, estaba claro que el orgulloso Duncan Macrae ya no pintaba nada en el condado de Ross.

—Lo siento mucho... —musitó Dairine, que empezaba a comprender que esos años tampoco habían sido un camino de rosas para Evander.

—Entonces, un buen día —continuó Evander—, harto de que nadie lo tomara en serio, mi padre decidió quedarse en casa y ya nunca más volvió a salir. A los pocos meses cayó enfermo y, desde entonces, está postrado en su lecho.

—¿Qué le sucede? —preguntó Dairine, acercándose más a Evander con gesto de verdadero interés.

—Nadie lo sabe —repuso Evander. De nuevo percibió el olor a jabón y brezo que anunciaba la cercanía de Dairine—. Hicimos venir a los mejores curanderos, pero todo fue en vano. Algunos sugirieron que moriría de pena, que ningún brebaje podría salvarlo—. Evander tragó saliva y sintió las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos. Bajó la mirada. No quería que Dairine le viera llorar, pero ella le tomó la barbilla y le levantó la cabeza.

—Nada de esto es culpa tuya. Continúa, por favor.

Evander notó el tacto suave en su rostro y sintió que su cuerpo acogía la tierna caricia con una familiaridad que le asustó.

—No sé si recuerdas a Lillas, mi madre —prosiguió Evander, tratando de centrarse en su historia—. La pobre mujer se encontró cargada de hijos y con un esposo postrado en la cama. Mi orgulloso padre le prohibió pedir ayuda a un clan que, según él, le había dado la espalda, y mi madre intentaba prepararle los mejores alimentos para que se recuperase mientras cuidaba de mí y mis hermanos. Te prometo, Dairine —añadió, levantando la mirada hacia ella—, que hubo un tiempo en que pensé que madre moriría de agotamiento. Además, como habrás oído cientos de veces, mi padre tiene bastardos por toda la costa y ella ha tenido que soportar esa humillación durante años.

—Lo siento mucho, Evander... —repitió Dairine.

—Pues hasta eso le perdonó —suspiró Evander—. Yo intenté ayudarla en todo lo que pude, sobre todo con mis hermanos pequeños, pero Errol e Ian son incorregibles. Mi padre habría podido imponerles algo de disciplina, pero está demasiado absorto en sus propias miserias. —Había un matiz de rencor mal disimulado en su voz—. Y ahora no hacen otra cosa que perseguir faldas y meterse en peleas —suspiró—. Así que ya ves, no creo que nadie me haya echado en falta. Tal vez mi criado, pero pensará que he salido de cacería y me he entretenido siguiendo el rastro de un corzo. Creo que ahora entenderás que mi familia no está en condiciones de amenazar a nadie, y mucho menos a Finlay Mackenzie —remató Evander.

—No sé qué decirte. Dame unos minutos, por favor —Dairine se incorporó, pensativa, y fue a sentarse junto al fuego—. Necesito pensar.

Las llamas parecían lamer sus rizos negros y el brillo del hogar recortaba una silueta que a Evander se le antojó impecable. Sus hombros de forma perfecta sostenían con elegancia un largo cuello. Se imaginó la suavidad de su blanca piel entre sus manos y deseó poder levantarse para apartar ese rizo caprichoso que le impedía contemplar el perfil de sus labios. Dairine miró hacia el suelo y se agachó a recoger algo. Evander no alcanzaba a ver de qué se trataba hasta que la joven se volvió a incorporar. Parecía una piedra plana y redondeada, un canto desgastado como los que usaban de niños para hacerlos saltar en las aguas del *loch*.

Vio cómo la acariciaba y, por unos instantes, se imaginó que era él quien estaba entre sus manos y no la piedra. Recordó la delicadeza con la que lo había tratado mientras ayudaba a Sìne

a cambiarle el vendaje. Había sentido sus manitas sobre la piel desnuda de su hombro herido. Le había parecido la sensación más placentera que había experimentado jamás. A pesar del dolor, había deseado que Sìne no acabara tan rápido y que esas manos tan delicadas siguieran sosteniéndole la cabeza, que se deslizaran otra vez por sus hombros, que hundiera sus dedos en su cabello...

Por un momento, Evander se olvidó de las rencillas familiares que parecían controlar sus vidas y deseó volver a rodear con las manos esa finísima cintura que apenas había percibido bajo los ropajes, rozarle las mejillas y colocarle los rizos rebeldes detrás de las orejas. Ansió acariciar ese cuello perfecto, seguir bajando por su piel hasta donde asomaba la camisola blanca, colocarle bien el pañuelo que cubría la delicada piel de su escote o retirárselo directamente y deleitarse con la promesa de unos senos que, por lo que se adivinaba bajo el vestido, debían ser perfectos.

Evander se perdió en su ensoñación y, sin darse cuenta, se descubrió imaginando que deslizaba hacia abajo las mangas del vestido de Dairine, con dulzura, movido por su deseo de explorar aquella piel nacarada que lo atraía como nada que hubiera conocido antes, ansioso por confirmar que la piel protegida por el vestido era aún más delicada y hermosa que la de su precioso cuello.

*¡Eres idiota!* —se reprendió.

¿Cómo se atrevía a soñar con Dairine, aunque fuera despierto? ¡Era la hija de Finlay Mackenzie, por amor de Dios!

Recordó la promesa que se había hecho cinco años antes en la iglesia de Kintail: «No conoceré mujer hasta que los Mackenzie y los Macrae estén en paz». Durante los años siguientes, cuando todos sus amigos e incluso sus hermanos menores se dedicaron a perseguir muchachas por los prados, él se mantuvo firme. Consideraba su promesa sagrada y, para él, su honor y su palabra lo eran todo.

Alzó la vista, más decidido que nunca a cumplirla cuando el suave aroma a jabón y brezo que empezaba a serle familiar le invadió las fosas nasales, intoxicándole y nublando sus sentidos de una forma que no había conseguido ni el mejor *whisky* de su padre. Dairine se había vuelto a sentar sobre el heno y lo contemplaba con unos ojos que a él le parecieron llenos de ternura.

—¿Y bien? ¿Me desatarás y me dejarás ir, Dairine? —preguntó esperanzado—. ¿Confiarás en mí y me liberarás?

---

<sup>1</sup> *N. de la E.* En inglés, malditos.

<sup>2</sup> *N. de la E.* En este caso, el término «doncella» se refiere a mujer virgen.



## Dairine

Dairine miró a Evander. Había que empezar a tomar decisiones y una de ellas era liberar al pobre muchacho. Ya no tenía sentido tenerlo allí atado. La herida parecía cicatrizar bien y estaba en juego el futuro de ambos. No escaparía. Dairine recordó al chiquillo orgulloso que tomaba todas sus decisiones según el código de honor de los Macrae y lo vio reflejado en el apuesto joven en el que se había convertido.

Tenía esos ojos de un color azul acerado clavados en los suyos y se sentía de incapaz de escapar al escrutinio de su mirada.

—Te voy a desatar —dijo Dairine, y empezó a deshacer la cadeneta de nudos que lo mantenían preso e impedían que moviera el lado izquierdo del cuerpo.

Tuvo la sensación de estar deshaciendo una de las innumerables labores de puntilla tejidas bajo los estrictos ojos de su tía, que la obligaba a deshacerla y volverla a tejer cada vez que se equivocaba.

Fue desatando los nudos con paciencia, empezando por los que aprisionaban los tobillos de Evander y subiendo lentamente hacia el torso y el brazo. Para deshacer los últimos nudos, hubo de encaramarse al camastro de heno y tirar con fuerza, porque los movimientos de Evander durante esos días que había estado prisionero los habían apretado demasiado. Al intentar deshacer el último nudo, perdió el equilibrio y cayó sobre él.

—¡Perdona! —Dairine enmudeció al verse sobre ese cuerpo que había cuidado y admirado. Notó que el corazón de Evander se aceleraba bajo su cuerpo—. ¡Perdona! No quería... ¿y la herida?

—No importa, no me has hecho daño —la tranquilizó Evander, que también se había sonrojado.

Dairine deseó quedase tumbada sobre él, absorber el calor que emanaba de aquel pecho perfecto que parecía esculpido en mármol. Sin pensar lo que hacía, acarició el hombro bien torneado que se le antojaba perfecto y pasó los dedos por el pectoral herido cubierto por los vendajes. Pero al sentir su mano, Evander se la retiró e intentó incorporarse.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? ¿Te duele? —Dairine soltó las preguntas una tras de otra, sin darle tiempo a contestar—. ¿Te he hecho daño? Déjame ver.

—No, no te preocupes—repuso Evander, apartándose de ella—. Es solo que una dama no debe estar en una situación así con un desconocido. No es honorable, y además...

—¿Así que ahora eres un desconocido? —se enfadó Dairine—. ¿Estoy haciendo todo esto por un desconocido? —Muy enojada, se puso de pie de un salto y se alejó de él. Fingió ocuparse de los rescoldos que aún brillaban en el hogar mientras intentaba tranquilizarse.

*¿Qué me está pasando? ¿Por qué he hecho eso? ¡Seguro que piensa que soy una descarada!*

—Voy a llamar a Sìne —anunció, y salió de la cabaña.

Quería alejarse de Evander y ordenar sus pensamientos. Sìne estaba en un bosquecillo cercano donde habían dejado atados los caballos para que no estuvieran a la vista de cualquier persona que pasara por allí. Les había llevado algo de heno y había unos cubos vacíos que había usado por la mañana para darles de beber.

Dairine se acercó caminando despacio. Agradeció el aire fresco sobre su rostro, que parecía despejarla.

*Es el aire asfixiante de la cabaña. Por eso hago tonterías.*

Tomó los cubos y fue a por más agua mientras Sìne esparcía el heno para que comieran los caballos. Regresó con los dos cubos a rebotar de agua fresca y las ideas más claras.

—Sìne, tenemos que hablar.

—¿Ya has tomado una decisión? —preguntó la joven curandera—. Porque no podemos seguir aquí ni un solo día más.

—Sí, ven y os explicaré mi plan —repuso Dairine y ambas regresaron a la cabaña.

Evander había mejorado mucho y entre las dos le ayudaron a incorporarse.

—Veo que ya lo has desatado. Bien. Creo que ha llegado el momento de regresar.

—Entonces, ¿puedo irme a casa? —preguntó Evander.

—¡No, claro que no! —exclamó Dairine—. Hay que solucionar esto de una vez por todas. También es lo que quieres tú, ¿no? —le preguntó.

—Sí, claro, aunque no veo cómo voy a poder hablar con tu padre.

—Lo importante ahora es que no perdamos el tiempo y nos pongamos en camino —les interrumpió Sìne—. Si esperamos más, se nos echará la noche encima.

—Pero ¿cómo vamos a ir hasta Eilean Donan? —preguntó Evander, preocupado porque no veía nada claro el plan de Dairine.

—Mirad, lo mejor es que le devolvamos la yegua a James —intervino Sìne—. Es un animal viejo que está muy cansado y, además, el mozo ya ha hecho bastante por vosotros dos. No me gustaría que, por ayudarlos, acabara teniendo problemas con tu padre, Dairine.

—Estoy de acuerdo —convino Evander—. Dairine y yo podemos regresar en mi caballo. Es joven y fuerte, y aguantará fácilmente el peso de los dos —afirmó el orgulloso dueño del corcel—. Si a Dairine no le importa, claro.

—No sé... —Dairine se mostró dubitativa—. A lo mejor es poco honorable cabalgar por ahí con un desconocido —replicó dirigiéndole una mirada un tanto desafiante—. Por otro lado, alguien tendrá que tomar las riendas, creo yo. Porque parece que tú aún necesitas bastante ayuda.

—No quería ofenderte, Dairine. Perdóname —se disculpó Evander.

Dairine se preguntó si realmente lo sentía o si simplemente la necesitaba para salir de allí.

Sìne los miró sin saber qué decir. Estaba claro que había ocurrido algo durante el tiempo que se había ausentado de la cabaña, pero prefirió no preguntar.

—Déjame ver la herida. Ahora que tienes libertad de movimientos, podré hacerme una idea más precisa de cómo está cicatrizando —dijo, acercándose a Evander—. Esto ya tiene mejor aspecto, pero no debes hacer mucha fuerza con el brazo durante unos días. Lo mejor será que te subamos a la grupa y Dairine tome las riendas del caballo. Dornie no está lejos y, con un poco de suerte, nadie nos verá llegar hasta el embarcadero. Sé dónde hay un bote abandonado que nadie echará en falta. Además, llegaremos justo con la pleamar<sup>1</sup>...

—... para entrar al castillo por la Puerta del Mar, ¡claro! —exclamó Dairine, que sentía que el plan iba tomando forma en su mente—. Pero desde allí solo se llega a la puerta lateral del salón de banquetes —recordó decepcionada—. ¡Nos verían todos! En la torre no hay ningún lugar donde esconderse.

A la joven le pareció que ese plan no tenía ningún futuro. Miró a Evander y vio en su rostro el mismo desaliento que sentía ella.

—Además, hoy llega la familia de la futura esposa de mi padre y habrá gente por todas partes —añadió—. No lo conseguiremos.

—Escucha, Dairine. Y tú también, Evander. Ya sé que los dos erais muy pequeños cuando tuvisteis que abandonar Eilean Donan, pero seguro que recordáis algunas cosas, además de los pasteles que le robabais a mi madre de las cocinas. Ahora hay una cocinera nueva, pero nada ha cambiado en el castillo. Simplemente todo está más viejo porque Finlay se ha desentendido de él. Es el mismo Eilean Donan por el que corríais de niños.

Dairine prestó mucha atención. En realidad, creía recordarlo todo de Eilean Donan. Durante los largos y aburridísimos años de soledad pasados en el castillo Rojo, se había entretenido recordando el castillo de su infancia y los días de diversión y correrías que había vivido allí antes de la muerte de su madre. También le había gustado pensar en los dos años posteriores, cuando vagabundeaba por el castillo sin que nadie se ocupara demasiado de ella.

—Eilean Donan es más antiguo, mucho más antiguo de lo que la gente cree —empezó a explicar Sìne, a la vez que se entretenía dibujando algo con un palito en el suelo de tierra de la cabaña—. En realidad, Eilean Donan es el nombre del promontorio<sup>2</sup>, no del castillo. Ha estado habitado desde los tiempos de los Antiguos. Tu familia —dijo, mirando a Dairine— construyó su castillo sobre Eilean Donan, y la tuya —Ahora le tocó el turno a Evander— ha usado sus cuevas y pasadizos para el contrabando de *whisky* desde hace muchísimos años.

A Dairine le pareció que Evander empezaba a comprender de qué hablaba Sìne. Abrió la boca para preguntar, pero decidió callarse y dejar que continuara.

—El promontorio esconde multitud de secretos y algunos de ellos me fueron transmitidos durante los años que pasé aprendiendo junto a mi abuela —explicó Sìne, que seguía haciendo dibujitos con el palo sobre la tierra—. Hay muchas cosas que se han transmitido de generación en generación entre los curanderos. Por ejemplo, los símbolos de los antiguos habitantes de estas tierras que indican, entre otras cosas, caminos secretos a diferentes partes del interior de Eilean Donan. —Sìne se detuvo y sonrió al contemplar el asombro de Dairine.

—Algo de eso recuerdo haber oído... —murmuró Evander.

—Sí, tu familia usó algunas de esas cuevas durante muchos años para esconder el *whisky* de contrabando. No entendían el verdadero significado de los símbolos, pero les permitía llegar a las cuevas sin perderse. Debéis comprender que el subsuelo de Eilean Donan es un complicado laberinto de pasadizos y cuevas, y que además... —Sìne se calló de repente—. Bueno, no necesitáis saber nada más. El caso es que la precipitada salida del castillo privó a tu padre de una buena cantidad de *whisky* porque nadie más que él conoce la combinación de símbolos antiguos que conducen a esos escondrijos concretos.

Dairine estaba asombrada. Ignoraba por completo la cantidad de secretos que ocultaba su querido Eilean Donan y dudaba mucho que su padre los conociera.

—Prestad atención y fijaos bien —prosiguió Sìne—. Cuando lleguéis a la Puerta del Mar, justo antes de traspasarla, buscad una pequeñísima oquedad que está casi totalmente oculta por los arbustos que crecen en los acantilados y una pared de roca que parece continua, pero no lo es. Esa es la entrada al Eilean Donan subterráneo que desconocéis. Siempre ha estado ahí, solo hay que saber mirar para verla. —Sìne se detuvo y repasó con cuidado uno de los dibujos que había hecho con el palito—. En el interior todo está muy oscuro, pero cuento con que en esta época del año los últimos rayos del sol desaparecen muy tarde por el horizonte y creo que será más suficiente para iluminar los pasadizos a través de las grietas de los acantilados. Una vez dentro,

tendréis que buscar este símbolo —Sìne señaló el dibujo que acababa de hacer—. Es una luna creciente con una fecha quebrada. Os llevará por una serie de túneles hasta acabar directamente en una trampilla que hay bajo las cuadras, al fondo. Estaréis a salvo de miradas indiscretas. Desde allí tendréis que seguir adelante sin mi ayuda.

Dairine estaba asombrada.

—Eres increíble, Sìne... ¡lo sabes todo!

—Bueno, no tanto —rio la curandera—. A partir de ese momento, todo dependerá de vosotros. Tendréis que buscar un buen escondite y decidir qué hacer a continuación.

A Dairine le pareció que había demasiadas cosas que podían salir mal, pero no se le ocurría nada mejor. Los tres salieron de la cabaña de los pastores por última vez y cerraron la puerta.

El caballo de Evander era un magnífico ejemplar bastante joven y con un carácter endiablado.

—No creo que lo puedas sujetar, y mucho menos montar —le advirtió Evander—. Se llama Dubh porque es negro como su padre, un indómito kelpie del *loch* Duich que un día apareció en los prados altos de Kintail en forma de fogoso corcel negro y dejó preñada a una yegua. Mi padre dice que es mágico y que, nada más nacer, arrancó a galopar y tardaron dos días en atraparlo —explicó con orgullo—. Además, no deja que lo monte nadie más que yo...

—Pues yo creo que sí me dejará —afirmó Dairine mientras acariciaba la crin de color negro azabache del semental—. Me parece que le caigo bien. Es posible que le guste incluso más que tú —remató Dairine, sonriendo triunfal mientras el caballo le olisqueaba los rizos—. Al fin y al cabo, nuestros cabellos son del mismo color. ¡Seguro que piensa que somos hermanos!

Sìne no pudo contenerse más y soltó una carcajada.

—Basta ya de cortejos. ¡Pongámonos en marcha! —Dairine se volvió hacia Sìne sin comprender lo que había dicho—. Da igual —añadió la curandera al ver la cara de estupor de los dos jóvenes—. Ven, Dairine, vamos a ayudar a Evander.

El pobre chico, con su orgullo de caballero herido, dejó que las dos mujeres lo subieran a la grupa del caballo. Al ver su rostro, Dairine decidió que había sido suficiente y ya no seguiría tomándole el pelo. Con ayuda de Sìne, la joven subió ágilmente a lomos de Dubh y tomó las riendas del magnífico animal.

Los tres emprendieron el regreso a Eilean Donan en silencio, sumidos en sus pensamientos. Dairine notó la respiración de Evander en el cuello y los brazos del joven alrededor de su cintura. La proximidad de su cuerpo le provocaba una mezcla de malestar y placer que no lograba identificar. Evander se tenía que sujetar a ella, eso estaba claro, pero le pareció que lo que sentía en su cintura era más parecido a una caricia. Quería alejar el cuerpo de Evander del suyo, pero al mismo tiempo lo anhelaba pegado a ella, deseaba que aquellas manos se cerraran sobre su cintura, que no cupiera ni una hoja de álamo entre los dos.

—Detengámonos un momento. Esta yegua ya no aguantará mucho más. —La voz de Sìne la devolvió a la realidad. Rápidamente, Evander retiró las manos y se aferró a la montura para no caerse—. Creo que lo mejor es que sigáis sin mí hasta el embarcadero y yo devuelva la yegua a James —decidió Sìne a la vez que desmontaba—. Así no os retrasaré y llegaréis justo con la pleamar.

—Pero entonces, ¿qué haremos con Dubh? —preguntó Evander, que tenía verdadero cariño por su caballo—. ¿No podrías llevártelo también a Dornie? Estoy seguro de que a James no le importará cuidarlo hasta que vuelva.

—No sé si es buena idea. El embarcadero está cerca, pero tendríais que caminar hasta allí

solos, intentando que no os vea nadie. Además, todavía estás un poco débil —adujo Sìne.

—No importa, yo puedo ayudarle —repuso Dairine rápidamente—. Son solo unos diez minutos caminando y, como os he dicho antes, con la llegada de la familia de la futura esposa de mi padre, estarán todos demasiado ocupados para fijarse en nosotros.

—Bueno, si creéis que podéis llegar sin mí, de acuerdo. Recordad: es el botecito que está casi pegado al camino de la ermita. No lo echará nadie de menos porque su dueño murió hace unos meses. Antes de ir a la cabaña, dejé unos remos en el fondo del bote y dos capas oscuras para que os abriguéis y podáis pasar desapercibidos en el castillo.

—¡Eres la mejor, Sìne! —exclamó Dairine, abrazando a su amiga.

—No es para tanto —sonrió la joven curandera—. Ahora debéis poneros en marcha. Todavía hay bastante luz, pero las sombras ya empiezan a alargarse. ¡Buena suerte!

Después de despedirse, Dairine y Evander echaron a andar en la penumbra. En aquella época del año, el atardecer se prolongaba durante horas y las noches eran realmente cortas. Dairine se alegró de que fuera así, ya que les permitía ver por dónde iban sin ser reconocidos. Caminaron uno junto al otro, pero sin tocarse. Parecía que ambos se avergonzaban del contacto tan estrecho que habían sentido sobre la montura de Dubh, el imponente caballo de Evander.

Dairine seguía muy preocupada. Por más vueltas que le daba al asunto, no sabía dónde iba a esconder a Evander cuando llegaran a las cuadras. No se atrevía a dejarlo, herido como estaba, perdido en unos pasadizos que desconocía, aunque esperaba de todo el corazón que Sìne estuviera en lo cierto y el túnel secreto los condujera hasta las cuadras. Para su tía Morven, todo lo que ella había oído sobre los Antiguos no eran más que «cuentos de viejos y brujas, paganos que no temían la ira del Señor». Sintió un pequeño escalofrío al pensar que deberían subir por ese misterioso pasadizo, atravesando el interior del promontorio que daba forma a los acantilados de Eilean Donan.

Pronto le pareció que la fría brisa del *loch* renovaba su espíritu. Vinieron a su mente los tiempos felices que había vivido en Eilean Donan y, sobre todo, añoró su vida antes de que falleciera su madre. La recordó pesadamente embarazada de su infeliz hermanito el día de antes de tener que encamarse con los dolores del parto. Durante esa tarde, que se había quedado grabada en su memoria con toda nitidez, Dairine había disfrutado de las últimas horas verdaderamente felices de su niñez.

\*\*\*

*Más de diez años atrás, cuando Ishbel Mackenzie todavía vivía.*

Era finales de septiembre. Los días comenzaban a acortarse, pero el tiempo se mantenía seco y luminoso. Madre había permitido que siguieran con sus juegos infantiles más allá de la hora habitual. Dairine acababa de cumplir seis años y se sentía muy mayor con el inesperado privilegio.

Llevaban toda la tarde jugando por Eilean Donan. La pequeña Dairine se desenvolvía con toda naturalidad por los corredores y las dependencias del castillo. Ya habían jugado el escondite, a ver quién encontraba más gatos y a robar manzanas sin que los atraparan para dárselas a los caballos. Evander y Dairine se sentían algo cansados de correr, así que el chiquillo había propuesto buscar el tesoro oculto de los Mackenzie.

Evander lo sabía todo. ¡Era muy listo! Decía que había un tesoro que habían escondido los

primeros Mackenzie para impedir que lo robaran los vikingos que los estaban atacando. Durante la batalla, el encargado del tesoro había muerto y nadie supo nunca dónde lo había escondido.

A Dairine ni se le ocurrió dudar de la veracidad de la historia y buscó por todos los rincones del castillo en compañía de Evander. Cuando ya habían recorrido la planta baja de un extremo a otro, subieron las escaleras de dos en dos y entraron en la estancia que ocupaba madre por las tardes.

*¡Está tan gorda!* —pensó la niña.

Creía que su hermanito abriría una puerta en la tripita de madre y saldría ya caminando y hablando, de tan grande que era su barriga.

—¡Niños, niños! ¡Estaos quietos! —les reprendió la doncella de Ishbel—. Dairine, ¿no ves que tu madre necesita descanso?

Ishbel sonrió a su hijita. Era un torbellino rebosante de vida.

—Pronto llegará tu hermanito o hermanita —anunció su madre—. Quizás mañana ya esté aquí.

—Padre dice que vas a tener un heredero —soltó la niña sin pensar—, pero yo prefiero un hermanito.

A su lado, Evander se echó a reír. Jugar con Dairine era muy divertido. Además, siempre le permitía ser el jefe y casi nunca discutía sus órdenes. ¡Era la compañera de juegos ideal!

—Niños, bajad a jugar al patio —les rogó Ishbel—. Hoy estoy bastante cansada y las doncellas y yo tenemos mucho que hacer.

—¡Seguro que el tesoro está escondido en las cocinas! —gritó Dairine entusiasmada—. Nadie se atrevería a entrar en el cuartito privado de Freya. ¡Yo lo intenté una vez y me persiguió con un rodillo así de grande! —exclamó la niña, abriendo los brazos todo lo que pudo.

Ishbel y su doncella se echaron a reír.

—Claro, seguro que está allí —asintió Ishbel—, ¿verdad, Evander? Porque supongo que estáis buscando el secretísimo tesoro de los Mackenzie, ¿no es así?

A Dairine le pareció que su amiguito enrojecía, pero no le dio ninguna importancia.

—Vamos, ¡bajemos a las cocinas! —dijo, tirándole de la manga.

—Eso, bajad. Y si no encontráis nada en las cocinas, probad en las caballerizas —añadió Ishbel mientras guiñaba un ojo a Evander—. Espero que esta vez lo encontréis. Ven aquí, Dairine, cariño. Dame un beso y corre a jugar.

La niña se abalanzó sobre su madre, le dio un abrazo con todas las fuerzas que le permitían sus bracitos y salió disparada hacia las escaleras.

Mientras las bajaba, oyó el final de la conversación entre su madre y la doncella.

—Ese chiquillo, Evander, tiene la imaginación más viva que se haya visto nunca en un Macrae. ¡Cuánto le agradezco a Lillas que haya permitido que se quede aquí! Así Dairine estará más distraída cuando nazca el bebé.

La niña no entendió el razonamiento, pero le daba igual. Eran cosas de mayores. Lo importante era que estaba buscando un tesoro con su amigo Evander y ahora tenía la certeza de que lo encontrarían en las cocinas... ¿O era en las caballerizas?

—Vamos, Dairine, ¡que se va a hacer de noche y no tendremos luz para buscar el tesoro!

Atravesaron el patio a la carrera y se dirigieron a las cocinas. Al llegar, vieron a la temida Freya con el rodillo entre sus manos, preparando la masa del pan que hornearía la mañana siguiente.

—Sigamos por el corredor de servicio hasta llegar a las cuadras —dijo Evander en voz baja.

Aunque era mayor que Dairine, también sentía bastante respeto por la imponente cocinera—. Seguro que allí hay muchos escondrijos donde puede estar el tesoro.

Evander agarró a Dairine de la mano y tiró de ella por un pasillo lateral. Dairine lo siguió dócilmente, pero, de repente, se detuvo en seco.

—Mira, Evander, ¡esa puerta está abierta!

—¿Qué? —preguntó el niño, un poco molesto porque su subordinada tomara la iniciativa.

—¡Está abierta! Ven, vamos a investigar.

Dairine tiró de la mano de Evander y lo condujo a una pequeña bifurcación donde, tras bajar tres peldaños, se veía una puerta entreabierta que parecía realmente vieja. Apenas se distinguía nada porque la luz de las cocinas no llegaba a alumbrar ese espacio del corredor. Abrieron un poco más la misteriosa puerta. Un hilillo de luz se colaba por un hueco de un palmo que hacía las veces de ventilación del pequeño cuartucho.

—¿Qué habrá dentro? —preguntó Evander, decidido a recuperar el control de la situación—. Vamos, Dairine, no tengas miedo, que yo te defiendo.

Pero los dos se quedaron en el umbral, escudriñando el cuartito desde fuera, sin atreverse a entrar. En el interior había muchas telarañas, herrajes y viejas monturas. Parecía un antiguo guadarnés que nadie se había molestado en vaciar y que, al parecer, ahora se usaba de vez en cuando para almacenar leña para las cocinas, a juzgar por la que había apilada contra la pared más cercana a la puerta.

—¿Quién anda ahí? —atronó de repente una voz en el pasillo.

Dairine y Evander se miraron asustados y, como si lo hubieran decidido juntos, se metieron en el viejo guadarnés a toda velocidad y cerraron la puerta con cuidado. Los goznes chirriaron tanto que Dairine pensó que los habría oído hasta su padre, que había partido a la corte el día anterior.

—¡Chis! —susurró Evander—. Creo que es el viejo Murdo Macrae. Vamos a darle un buen susto.

Los niños se quedaron en silencio, escuchando los pasos que se aproximaban a la puerta. La pequeña Dairine estaba emocionadísima. Las tardes de juegos con Evander siempre guardaban alguna sorpresa.

—Uno, dos... —contó el travieso Evander en susurros—. ¡Ahora!

Abrieron la puerta de golpe y pegaron tal grito que el viejo Murdo, que ya tenía un pie en la tumba, creyó de verdad que había llegado su hora y que la parca se le había aparecido entre las sombras del corredor para reclamar su alma. Los dos niños se rieron sin parar al ver su cara de susto.

—¡Malditos críos! —estalló el viejo Macrae—. Os creéis que podéis campar a vuestras anchas e ir dando sustos de muerte... ¡Los niños de ahora no respetan nada! —se quejó amargamente—. ¡Pues ya veréis! Os voy a encerrar en este cuartucho que tanto os gusta y os dejaré ahí para que paséis la noche. ¡Y sin cenar! —remató fuera de sí el viejo Murdo.

Evander y Dairine se echaron a temblar ante la perspectiva de quedarse encerrados en el asfixiante cuartito lleno de trastos viejos.

—No le hagáis caso —oyeron decir a su espalda.

Era Freya, la cocinera, que todavía llevaba el rodillo en la mano. Se había acercado a ver que era toda esa algarabía que se oía tan cerca de sus dominios.

—Esa puerta lleva más de diez años estropeada —añadió— y, además, nadie sabe dónde está la llave original, así que se abre perfectamente desde dentro y desde fuera.

—¡Mujer entrometida! —maldijo Murdo Macrae—. No me extraña que los niños sean así de descarados...

—Deja ya de refunfuñar, Murdo. Son solo niños.

Dairine y Evander se miraron unos segundos y decidieron echar a correr antes de que alguno de los adultos decidiera poner sus correrías en conocimiento de sus padres. Cruzaron el patio a la carrera, pero aún alcanzaron a oír las risotadas de Freya, la cocinera.

*A lo mejor ahora también es mi amiga* —pensó la pequeña Dairine.

---

<sup>1</sup> *N. de la E.* Subida de la marea.

<sup>2</sup> *N. de la E.* Según el DLE, «altura considerable de tierra que avanza dentro del mar».



## Evander

Siguieron caminando en silencio hacia el embarcadero. Evander la miraba a escondidas, tratando de adivinar qué pensaba. La Dairine que había regresado del castillo Rojo le estaba volviendo loco. Por un lado, le molestaba que ya no fuera la dócil niñita que recordaba, pero, por otro...

*¡Dios mío, es tan bella!*

La tenue luz del largo atardecer del verano en las Tierras Altas se reflejaba en esos rebeldes rizos negros. Tenía un perfil perfecto, con una nariz recta que guardaba unos labios terriblemente carnosos. Los deseaba con más pasión que nunca. El recuerdo de su grácil cuerpo contra su pecho mientras iban a lomos del caballo se le había quedado grabado para siempre en la memoria. Creía que sería capaz de reconocer a ciegas esa cintura, que olería un rizo de su cabello y sabría que era ella.

*Ya basta, Evander. Hiciste una promesa.*

Desvió la mirada al frente justo cuando Dairine se volvió hacia él y le tomó la mano.

—¿Te acuerdas del viejo Murdo Macrae?

La pregunta le pilló totalmente desprevenido. Hacía años que no había vuelto a pensar en el pelirrojo cascarrabias de Murdo.

—Murió. ¿Por qué te interesa ahora? —se extrañó.

—Vaya, siento que haya muerto —dijo Dairine.

—¿Sentirlo? Era un viejo borracho al que le molestaba todo. Ya que te interesa tanto, te contaré cómo murió: hace unos años, empezó a despotricar contra un joven de temperamento caliente. ¡Lo acusó de ladrón de ovejas! Incluso llegó a mentar<sup>1</sup> a la madre de ese muchacho en términos poco favorables. —Evander decidió relatarle toda la historia para distraerse y dejar de pensar en ella—. Un día, se encontraron en la taberna y el viejo Murdo no fue capaz de mantener la boca cerrada. Como de costumbre, había bebido bastante más de la cuenta y se creía con derecho a decir lo que quisiera. Era fin de semana y la taberna estaba llena. El joven no se tomó muy bien que repitiera esas insinuaciones sobre su madre delante de todo el pueblo y le lanzó un rechazazo al rostro, con tan mala suerte que, al caer, el pobre Murdo se desnucó con el canto de la mesa de roble de la taberna. Para ser sincero, nadie lamentó demasiado su muerte. Pero ¿por qué te interesa lo que haya sido de Murdo Macrae precisamente ahora?

Había veces que Dairine le dejaba totalmente perplejo, y esa era una de ellas.

—No es que me interese Murdo. Bueno, un poco —rectificó Dairine—, y siento que haya muerto, por muy borracho y cascarrabias que fuera. Pero no estaba pensando en él, sino en la tarde que jugamos a la búsqueda del tesoro de los Mackenzie, ¿recuerdas?

—¿Cuándo fue eso? —Evander seguía confuso.

—La tarde de antes de que naciera mi hermanito. ¡Tienes que acordarte! —Dairine parecía un poco desesperada—. Yo era más pequeña que tú y la recuerdo.

—¡Ah! ¡Ahora entiendo lo de Murdo! Te refieres a cuando nos escondimos en el antiguo guadarnés, ese cuartucho que hay yendo por el corredor de las cocinas, antes de girar hacia las caballerizas y atravesar el patio pequeño...

—¡Ese mismo! —exclamó Dairine aliviada—. Yo no consigo recordar donde está exactamente, pero si tú te acuerdas, puedes esconderte allí hasta que hable con Harris. Está cerca de las cocinas, porque Freya, la madre de Sìne, era la cocinera en esa época y recuerdo que apareció con el rodillo cuando le dimos el susto de muerte al viejo Murdo. —En sus recuerdos infantiles, Freya tenía los brazos gruesos y fuertes como las columnas de la iglesia del pueblo, y blandía un rodillo gigantesco con aire amenazante—. Habrá poca distancia desde las caballerizas y no creo que nadie se acerque por allí. Si el camino que nos ha indicado Sìne nos deja en una trampilla bajo las cuadras, solo tendremos que atravesar el patio pequeño. ¡Nadie nos verá! —exclamó con una sonrisa, como si hubiera resuelto un rompecabezas muy difícil—. ¡Es un escondite estupendo! Seguro que nadie ha vuelto a acordarse de ese cuartito.

Evander la miró con cierta admiración. ¿Cómo no se le había ocurrido a él?

—Creo que sabría llegar incluso en la más negra de las noches —aseguró—. Solo recemos para que la cerradura siga estropeada.

Ya casi estaban en el pequeño embarcadero de Dornie. Allí solo se amarraban los botes que se usaban para pescar en los *loch*. Los verdaderos barcos de pesca eran bastante más grandes y estaban al otro lado del pueblo, enfilando hacia el mar abierto.

De repente, Evander sintió que el camino desaparecía bajo sus pies.

—¡Cuidado, un escalón! —casi gritó Dairine—. Sujétate a mí —añadió, agarrándole por el brazo bueno.

Un poco abochornado por su torpeza, Evander dejó que le cogiera de la mano y siguieron hasta el final del embarcadero. Aún se sentía débil por la herida, pero deseaba ser él quien cuidara de Dairine, y no al revés. Resignado, permitió que ella tomara la iniciativa y le condujera hasta el bote que Sìne había preparado, no sin prometerse que, muy pronto, cuando ya estuviera totalmente recuperado y todo se hubiera arreglado entre sus familias, sería él quien la cuidaría y le procuraría todas las comodidades.

—Con cuidado —le advirtió Dairine—. Sube tu primero y déjame el asiento de los remos.

—¿También piensas remar tú? —le espetó Evander, que estaba empezando a enojarse. No le gustaba nada sentirse tan indefenso, pero obedeció y subió con cuidado al bote.

—Pues claro que pienso remar. No debes mover el brazo, ¿recuerdas? —Vio que Dairine se estaba poniendo nerviosa. La situación era muy delicada, pero Evander seguía teniendo su orgullo de Macrae—. Recuerda lo que te ha dicho Sìne...

Como buen caballero, Evander se había levantado para dejarla pasar y el movimiento del chico había hecho zozobrar el pequeño bote. Dairine se vio lanzada hacia Evander. En el último momento, trató de apartarse para no golpearle en el pecho herido.

—¡Cuidado, Evander! —alcanzó a decir antes de esquivarlo con un torpe movimiento.

Lo siguiente que supo Dairine fue que el agua del *loch* estaba tan fría como recordaba.

Más abochornado que nunca, Evander se inclinó para tenderle la mano y ayudarla a regresar al bote. Tras muchos esfuerzos y con un poco de ayuda de Evander, Dairine logró volver a subirse. Todavía conmocionada por la caída, se quedó de pie, chorreando y paralizada en medio de la pequeña embarcación.

—¿Estás bien? —Se sentía tremendamente culpable por lo ocurrido—. Ven, no te quedes fría.

La miró por un momento. Calada hasta los huesos, la pobre Dairine tiritaba de frío. Escurría como podía los vestidos mojados, pegados a su cuerpo. Era la diosa del *loch*. Otra vez. Los senos de Dairine aparecían perfectamente dibujados bajo la ropa mojada. Nada interrumpía su visión

de un escote donde era fácil adivinar la perfección de esos pechos en los que dos pezones erectos por el frío parecían pugnar por liberarse. Olía al agua salobre del *loch*, pero también a brezo y jabón. La tenía cerca, muy cerca. Solo tenía que estirar la mano.

—Ven, siéntate. Deja que te envuelva con la capa —la invitó mientras echaba la prenda sobre sus hombros y la atraía hacia él por la cintura—. El agua está muy fría y podrías enfermarse.

Ella vio jadear, probablemente por el susto. Sin embargo, no rechazó su ofrecimiento y se sentó a su lado. Sintió el temblor del cuerpo de Dairine junto al suyo. Le frotó la espalda con ternura para que entrara en calor. Por un momento, pensó en continuar bajando, rodear su cintura y... o tal vez...

Se imaginó desatando los lazos del corpiño, deslizando el vestido por sus preciosos hombros, revelando y acariciando ese cuerpo de diosa que ya creía conocer, perdiéndose en el hueco de su cuello y bajando con los labios hacia los dos montículos de sus senos. Se imaginó besándole los pezones, que seguro serían de un rosa pálido, del mismo color que adornaba sus mejillas cuando se ruborizaba. Bajaría por su vientre, acariciando con las manos esa diminuta cintura mientras rozaba con la boca un ombligo que presumía pequeño y profundo...

A su lado, Dairine seguía jadeando y tiritando. Le apartó los rizos empapados del rostro y suavemente se los colocó detrás de las orejas. La tenía muy cerca. Sintió el calor de su respiración sobre su rostro. Sin darse cuenta, se encontró delineando el contorno de sus labios con los dedos, separándolos delicadamente para entrever las pequeñas perlas que conformaban su sonrisa y entrando con el pulgar en aquella húmeda y misteriosa cueva.

La dureza de la entrepierna surgió de repente y Evander se apartó con brusquedad. Se levantó de un salto y se sentó frente a Dairine, cubriéndose los pantalones con la otra capa que les había dejado Sine. La miró con atención durante unos segundos. No, ella no lo había notado.

Se moría de deseo. Quería poseerla entera, tocarla, conocer cada centímetro de su piel y reclamarlo como suyo. Ansiaba estar dentro de ella, sentirla rodeando su miembro mientras le besaba esos pezones tan descarados que casi asomaban por el vestido empapado. Habría dado cualquier cosa por acercarse a ella, por arrancarle esas ropas mojadas y darle calor con su propio cuerpo. Se imaginó depositándola dulcemente en el fondo de la embarcación. Desnudos los dos, le cubriría el vientre de besos y le limpiaría el agua salobre del *loch* con la lengua. Seguiría bajando y descubriría el montículo que adivinaba cubierto de rizos negros que se abriría ante su boca ansiosa por explorarlo. Quería oír sus gemidos de placer, que se rindiera ante él y le deseara tanto como él la deseaba a ella. Imaginó ser un solo cuerpo con ella, penetrarla con su miembro como quien por fin regresa al hogar después de un largo viaje. Quería hacer y sentir todas las cosas que le habían contado los otros chicos en las noches de cacerías, cuando presumían alrededor de la fogata de sus conquistas y se reían de él porque todavía no conocía mujer. Deseaba su cuerpo, su alma... La deseaba entera.

Pero no podía ser. Evander ocultó como pudo bajo la capa un miembro erecto que no se conformaba con quedarse dentro de los calzones.

*¡Debo cumplir mi juramento! He dado mi palabra ante Dios.*

Aferrándose a ese pensamiento como un náufrago a una balsa, intentó relajarse. No podía aliviarse con la mano, como había tenido que hacer en innumerables ocasiones desde la adolescencia, pero debía contenerse.

Ella era diferente a todas las demás. Nunca había sentido nada igual. En esos momentos, se arrepintió con toda el alma de la promesa que había hecho. Dairine era todo lo que buscaba en una mujer. Deseaba ese cuerpo de diosa que hacía arder un fuego desconocido en su interior,

pero también amaba su bondad y admiraba su valor.

De repente, Dairine se quitó la capa y la apartó a un lado del banco. Enganchó los remos en la horquilla de hierro y respiró profundamente.

—Sujétate —dijo, y empezó a remar con todas sus fuerzas bajo su atenta mirada.

Evander la contempló henchido de orgullo. Para él, Dairine ya era suya, o lo sería si conseguía arreglar las cosas. Admiró la fortaleza de la joven que remaba bajo la luz crepuscular del largo atardecer de verano, sin importarle las ropas mojadas y sin quejarse por el esfuerzo. Vio cómo se le tensaban los músculos de los brazos cada vez que hundía los remos, oyó su respiración entrecortada por el frío y el esfuerzo, advirtió el ligero sarpullido que había aparecido encima de sus senos y no pudo evitar recordar el perfil de su boca que había memorizado con los dedos.

Era su diosa y debía conseguirla. La protegería con su vida si era necesario. Se la llevaría lejos, muy lejos, en ese mismo bote y empezaría una nueva vida junto a ella. Pero antes debía cumplir su promesa y lograr que reinara la paz entre sus familias.

---

<sup>1</sup> *N. de la E.* Según el DLE, «nombrar, mencionar a alguien o algo».



## Dairine

Menos mal que ya divisaba la Puerta del Mar. Estaba agotada de remar.

«¿Quieres que reme yo un poco?», se había ofrecido Evander, pero Dairine había rechazado el ofrecimiento. El joven todavía estaba débil por la herida. Dairine había comprendido hasta qué punto cuando advirtió su torpeza para hacer algo tan simple como subirse al bote.

Tras la zambullida en el *loch*, Dairine se había sentido un poco abochornada. Era cierto que Evander había intentado ayudarla a entrar en calor, pero lo había sentido tan cerca... La dulzura con la que la había cubierto con la capa, cómo la había atraído hacia él para frotarle la espalda, con sus labios tan tentadoramente cerca... Y la forma en que la miraba. Parecía querer desnudarla con los ojos, pero a la vez cubrirla y abrirla. Era como si deseara protegerla, pero también... Dairine no sabía muy bien qué. Tiritando de frío, había sentido un deseo irrefrenable de calentarse con Evander, de acurrucarse a su lado. Una oleada de calor la había sacudido al notar las manos de Evander sobre su espalda. En ese momento, había deseado con un fervor inusitado que siguiera, que, al abrigo de la capa, le rodeara la cintura y la estrechara aún más. Le había parecido que su cuerpo reconocía esas manos, que las saludaba y las deseaba. Había sentido ese cosquilleo bajo el vello púbico que identificó de inmediato y había apretado las piernas tratando de calmarlo, o tal vez de alimentarlo; no lograba decidirse.

*¿Por qué me pasa todo esto?*

Remó los últimos metros con más ahínco, tratando de olvidar las sensaciones que le producía la proximidad de Evander. Pero ahí estaba. Cada vez que levantaba la mirada de los remos, lo tenía sentado frente a ella, contemplándola con una dulzura desconocida para Dairine.

*No aparta la vista de mí.*

Era extraño sentirse observada de esa forma.

—Ya casi hemos llegado —dijo, rompiendo el silencio que los envolvía.

—¿Estás bien? ¿Tienes frío? —Evander parecía haber despertado de un sueño.

—Sí, no te preocupes. Ya casi se me ha secado la ropa —mintió para tranquilizarle.

Lo cierto era que, entre el esfuerzo que le había supuesto llevar ella sola al bote hasta allí y esa extraña llama que Evander había encendido en su interior, Dairine se sentía acalorada.

—Mira ahí, al lado de la Puerta del Mar. ¿Lo ves? —añadió.

—Sí, hay una pequeña oquedad junto a los matorrales —asintió Evander—. Ahora la veo. ¡Parece mentira que siempre haya estado ahí!

—¿No será demasiado angosta para ti? —preguntó Dairine, preocupada mientras amarraba el bote.

Por lo que había visto durante las curas de la herida, Evander tenía buenos hombros, tal vez demasiado anchos para la entrada secreta. Recordó el tacto de la piel de ese hombro perfecto, cómo se delineaban sus músculos bajo ella y cómo subía y bajaba el pecho con cada respiración. Volvió a sentir aquello: de nuevo apareció ese ardor entre las piernas que no sabía cómo calmar.

Evander quería ayudarla en todo lo posible y se había acercado para amarrar el bote. Dairine sintió su presencia en la nuca. Instintivamente, se giró y sus rostros se quedaron a menos de un palmo de distancia. Por unos segundos, le pareció que los ojos de Evander estaban absortos en su

boca. Un deseo irrefrenable y desconocido se estaba apoderando de su voluntad.

—Vamos, tenemos que darnos prisa. Aquí nos puede ver cualquiera —dijo Dairine, separándose de él.

Evander asintió y, haciendo un esfuerzo, saltó a las rocas que formaban una plataforma semioculta delante de la entrada secreta.

—Por aquí. —Dairine le tomó la mano para guiarlo a la entrada que había descubierto—. Mira, ahí está. La luna creciente y la flecha quebrada. ¡Es por aquí!

La joven estaba emocionada. Era como estar de nuevo inmersos en sus juegos infantiles.

*Pero ahora es de verdad.*

La alegría desapareció al pensar en el peligro que corrían. Deseó con toda el alma que Sine les hubiera indicado el camino correcto y que no hubiera nadie por las caballerizas cuando levantaran la trampilla. Las dudas empezaron a asaltarla.

—Es cierto, es por aquí. Toma tu capa —dijo Evander, y con un gesto caballeroso volvió a colocársela sobre los hombros.

—Pero si está seca...—Dairine se sorprendió y entonces lo comprendió: Evander las había cambiado y se había quedado con la capa empapada.

Dairine le miró con ojos agradecidos.

—Ven, mira —la llamó Evander, que había traspasado la oscuridad de los acantilados y ahora se encontraba en una cueva muy débilmente iluminada por la luz del atardecer—. Aquí hay un túnel. ¡Otra vez la luna creciente y la flecha quebrada! ¡Vamos!

Evander también se estaba emocionando. Sin pensarlo, tomó la mano de Dairine y emprendió el camino por un angosto túnel que se iluminaba a tramos cuando la luz lograba penetrar entre las rocas de los acantilados.

Dairine se sintió transportada a sus años más felices y se dejó llevar por su compañero de juegos al que tanto había idolatrado. Evander le tiraba de la mano como cuando eran niños y ella lo seguía con una confianza ciega.

—Mira, ¡aquí hay otro dibujo! Ese es diferente. Por ahí no es. —dijo Evander, incansable—. Por aquí, por aquí. Ven, ¡es por este túnel!

Dairine estaba agotada. Más que caminar, flotaba como en sueños. Todo el esfuerzo de los días anteriores estaba pasándole factura y se sentía muy cansada. Apenas había tenido tiempo de recuperar las fuerzas después de remar hasta allí, así que dejó que Evander tomara las riendas y la guiara por los túneles. Solo quería descansar. Por el contrario, Evander parecía haber despertado de su letargo y la dirigía hacia arriba sin descanso.

—¡Mira! Todos los dibujos están cerca de la luz que se cuela del exterior. ¡Los Antiguos eran muy sabios! —afirmó Evander, que no dejaba de maravillarse—. Cuidado aquí, Dairine, hay unas rocas sueltas. Ven, dame la mano.

Dairine obedecía dócilmente a un Evander renovado que parecía una persona diferente. De repente, se detuvo.

—¡Silencio! —susurró Evander—. Mira hacia arriba.

Dairine levantó los ojos y vio una luz que necesariamente tenía que provenir de antorchas. Estaban llegando a la superficie del castillo y empezaban a oírse voces. Una abertura lateral en el muro comunicaba con las ventilaciones que aportaban aire fresco a las cocinas desde el interior del promontorio de roca.

—¿Nos pueden ver? —inquirió preocupada.

Evander conocía el castillo mejor que ella, sobre todo la parte del patio pequeño al que abrían

los lavaderos, las despensas y las dependencias del servicio. Había sido su territorio de niño y recordaba más de aquella época que Dairine.

—No, no te preocupes —le susurró Evander al oído—. Lo que nos llega es solo el reflejo de las antorchas. Es una ventilación lateral que sube hasta las cocinas, por eso oímos voces —explicó Evander—. Pero ahora debemos ir con cuidado y prestar mucha atención. La trampilla está en el suelo de las caballerizas.

Siguieron avanzando, aunque mucho más despacio, porque los ruidos de pisadas y voces llegaban hasta ellos.

—Por aquí —Evander le indicó la dirección con un susurro.

Ahora caminaban muy juntos, de la mano, y un ligero murmullo les bastaba para entenderse.

—Mira, ahí. —Dairine señaló hacia arriba.

Había un rectángulo con un marco de hierro que destacaba sobre el techo de madera. Una cincha de cuero colgaba en el centro de uno de los laterales cortos de la estructura de hierro. Evander tiró de ella y una lluvia de heno cayó sobre sus cabezas.

—¡Estamos en la cuadra del fondo! —exclamó Evander—. Ya sé lo que es. ¡Qué ingenioso!

Dairine no cabía en sí de asombro al pensar en todo lo vivido aquella noche. Nunca había oído hablar de aquellos pasadizos ni de la trampilla. Se sentía como la criatura estúpida que luchaba por dejar atrás, pero había visto cosas increíbles y había experimentado sensaciones inimaginables en su cuerpo. Había descubierto lugares en Eilean Donan que ignoraba que existían. Estaba dispuesta a ser valiente y seguir adelante, así que se volvió hacia Evander y le dijo:

—Súbeme.

Evander obedeció, asombrado por su resolución y, agarrándola por la cintura, la impulsó todo lo que le permitió su hombro herido. Rápidamente, Dairine descubrió unos travesaños en la trampilla y se aferró a ellos.

—Es una especie de escalera, Evander —susurró—. Es muy fácil de escalar, ya verás.

Cuando ambos estuvieron en la cuadra del fondo, un espacio angosto e incómodo en el que hacía mucho que no se guardaba ningún caballo, contemplaron el ingenioso truco con el que la trampilla llevaba oculta decenas, tal vez cientos de años.

—¡Es como un mueble viejo! —exclamó Dairine—. Claro, es una cuadra en la que casi nunca se entra, que además está casi totalmente ocupada por un viejo mueble muy pesado e incómodo en el que se supone que se guardan herrajes que apenas se usan. ¡Oculto a plena vista! —Dairine se admiró de lo sencillo que podía ser pasar por algo tan grande como aquella trampilla.

—Ahora ya sabemos por qué nunca encontramos el tesoro de los Mackenzie... —declaró de pronto Evander—. ¡Porque somos los peores buscadores del mundo!

Dairine se iba a echar a reír, pero Evander le hizo una seña para que se mantuvieran el silencio a la vez que le tapaba la boca. A lo lejos oyeron voces.

—Hay mucho ajeteo en las cocinas. Deben estar preparando la cena —susurró.

Evander miró por el ventanuco de la cuadra para comprobar su suposición.

—¡Cuidado, te van a ver! —le advirtió Dairine, temblando de pies a cabeza.

—No te preocupes —la tranquilizó Evander—. Están todos en el patio de armas. Tenemos vía libre hasta el corredor de servicio, pero después habrá que ir con más cuidado. Sigues empapada, Dairine.

El joven Macrae había advertido el ligero temblor que el aire fresco del patio de servicio

había provocado en Dairine, que seguía calada hasta los huesos bajo la capa cubierta de briznas de heno.

—No pasa nada. Apresurémonos.

Nadie vio las dos figuras encapuchadas que cruzaron el patio pequeño y se colaron en el corredor de servicio. Nadie hacía guardia en los edificios de los criados. A Dairine le pareció que, para ser tan tacaño y dado a los arranques de cólera, Finlay Mackenzie era increíblemente confiado con sus sirvientes. Cualquiera podía llevarse un carro de heno o incluso algún caballo y el señor del castillo nunca se enteraría.

Recorrieron sigilosamente el pasillo y llegaron sin mayor complicación a la pequeña oquedad lateral con los tres peldaños que bajaban al antiguo guadarnés. Todos los habitantes del castillo parecían estar absortos en sus propias preocupaciones y tareas. Abrieron la puerta sin problemas, ya que seguía sin cerradura, y entraron en el minúsculo cuartucho en el que habían jugado siendo niños.

Dairine no lo recordaba tan pequeño, y eso que la leña apilada había desaparecido. En su lugar, alguien había dejado un viejo baúl inservible y las arañas habían construido todo un imperio con sus telarañas. Dairine se sintió muy cerca de Evander, pero es que no había más sitio en aquel cuartucho. Si no quería añadir telarañas a las briznas de heno de la capa, no le quedaba más remedio que acercarse a él.

*Debo estar horrible* —pensó, y levantó la vista hacia Evander—. *¿Qué pensará de mí?*

De pronto, oyeron unas voces que se aproximaban hacia ellos.

—¡Es Labhra! —dijo Dairine.

De repente, sintió que unas manos la agarraban por las caderas y tiraban de ella hacia el interior del cartucho. El pánico se apoderó de ella. Iba a gritar cuando, de repente, Evander le volvió a tapar la boca con la mano y la atrajo hacia así mientras cerraba sigilosamente la puerta.

—¡Chis! —le dijo al oído—. Tranquila, estás conmigo.

Pero Dairine era incapaz de controlar su agitación. Recordó los primeros años de su estancia en el castillo Rojo, cuando aún era una niña de siete u ocho años abandonada por todos en aquel caserón sin otra compañía que Labhra y una tía antipática que a veces se ausentaba durante días. En aquella época, el castigo favorito de Labhra cuando se quedaba al cuidado de la pobre niña era encerrarla en un cuarto ropero repleto de vestidos viejos y tartanes apolillados. La encerraba allí con una jarra de agua y dos rebanadas de pan duro, y hacía creer a la pobre niña que todo el mundo se había olvidado de ella. A veces la liberaba al cabo de pocos minutos, pero otras la mantenía encerrada durante horas, dependiendo del humor con el que se hubiera levantado la odiada doncella. Para Dairine, lo peor era no saber cuánto iba a durar el castigo. En su mente infantil, perdía la noción de tiempo rápidamente y sentía una desesperación aterradora. Tampoco sabía si su padre, al que apenas veía, ya se había olvidado de ella y estaba completamente sola en el mundo, a merced de la vieja doncella.

La pequeña Dairine había intentado explicarle varias veces a su tía lo que le hacía Labhra cuando ella se ausentaba, pero siempre había obtenido la misma respuesta: «Algo habrás hecho».

Dairine odiaba esos cuartos sin ventilación llenos de trastos inútiles comidos por la carcoma o los ratones. En su cabeza, tenían un olor muy particular que desencadenaba en ella una cascada de angustiosos recuerdos de su infancia. Por mucho que intentara tranquilizarse, no podía evitar temblar como una hoja.

Evander le levantó la cabeza para que le mirase a los ojos. Con una mano seguía tapándole la boca, mientras que con la otra le acariciaba el rostro. Después le tomó la mano a la propia

Dairine y se la puso sobre el pecho.

—Respira profundamente —le susurró al oído—. Respira como yo.

Dairine sintió la respiración de Evander y trató de acompañar la suya. El joven no le soltó la mano, sino que se la estrechó con más fuerza contra su pecho.

—Siente mi respiración. Así.

Al poco tiempo, retiró la otra mano de la boca de Dairine y le acarició la mejilla. Dairine respiraba al unísono con Evander. Percibía el latido tranquilizador de su corazón y sentía la seguridad de su presencia a su lado. Pero con la puerta cerrada apenas podía ver y los pensamientos de angustia amenazaron con regresar.

—Tranquila, estoy contigo —le susurró Evander al oído al notar que se volvía a agitar. Dairine sintió que la estrechaba contra él y su corazón por fin se tranquilizó—. No permitiré que te suceda nada malo, te lo prometo.

Sin poder evitarlo, Dairine se abrazó a él en busca de refugio y hundió su rostro en el pecho que se había ofrecido a protegerla. Era la primera vez en mucho tiempo que sentía que no estaba completamente sola en el mundo. Por primera vez en muchos años, había alguien que se preocupaba sinceramente por ella.

—Ya se lo he dicho, señora. Esa criatura malcriada trama algo. ¡Aparece y desaparece a su antojo! No sé cómo se lo consienten. Si fuera hija mía, la tendría atada a la pata de la cama con una cadena bien gruesa.

Dairine se sobresaltó al oír la voz de la odiada Labhra, pero Evander la estrechó con más fuerza y la tranquilizó.

—Ya no nos pueden ver —murmuró—. Estás a salvo conmigo.

Afuera, la discusión seguía en voz alta, casi a gritos.

—Pues remueve cielo y tierra, Labhra, pero la quiero presentable y sentada a la mesa en hora y media. Ya sabes cómo se pone el señor cuando no se cumplen sus órdenes. ¡Y han venido casi todos los Mackenzie del norte! No creo que mi primo perdone así como así la ausencia de su única hija. Espero por su bien que no le ponga en evidencia, porque sé de lo que es capaz. ¡Así que encuentra a ese demonio de criatura!

—Pero señora, la he buscado por todo el castillo. Me han dicho que ha vuelto a ir al pueblo a visitar a la esposa de ese mozo, James, pero yo no me lo trago. Y si se ha vuelto a escapar, ¿qué quiere que haga yo? ¿La pinto?

—¡Maldita criatura desvergonzada! —refunfuñó malhumorada la tía Morven a voz en grito—. Siempre tiene que hacer alguna tontería en el momento más inoportuno. Lo mejor que podría hacer mi primo es casarla cuanto antes y sin tantos miramientos. ¡Si no se da prisa, esa estúpida se preñará del primero que se cruce en su camino! ¡Ya verás, Labhra, como tengo razón! Revolcaré por el barro el honor de los Mackenzie antes de que Finlay logre encontrarle un esposo de categoría y luego ya no la querrá nadie.

A Dairine comenzaron a resbalarle lágrimas silenciosas por las mejillas al oír todas esas cosas sobre ella. ¿Qué pensaría Evander de todo aquello? ¿Realmente era tan malvada y fresca como gritaba su tía a los cuatro vientos? ¿Y por qué había de quedarse preñada? Su respiración volvió a acelerarse y, de nuevo, sintió ese abrazo tranquilizador mientras Evander le susurraba dulcemente al oído palabras de consuelo. Otra vez le tomó la mano y se la puso sobre su pecho para que pudiera acompañar su respiración. Afuera, en el corredor, la tía Morven y Labhra seguían insultándola, pero ya no le importaba. Evander la tenía abrazada y su presencia era lo único que deseaba en este mundo.

—El ingenuo de Finlay se cree que puede llevar a una muchacha tan terca y asilvestrada como ella a la corte —dijo la tía Morven—. ¡Y encima pretende encontrarle un buen partido!

—¡Ja! —rio secamente la doncella—. Nada me gustaría más que ver cómo fracasa en la corte y que su señor primo entienda de una vez por todas que el único lugar para esa criatura descarada es el convento. ¡Y de estricta clausura!

La conversación entre las dos mujeres pareció alejarse hacia las cocinas, pero Dairine no conseguía dejar de temblar. Por fin se atrevió a abrir los ojos. Seguía teniendo su mano sobre el pecho de Evander, que no se había separado de ella.

—Dairine, ya se han ido —trató de consolarla Evander—. Ya no hay peligro.

Sintió que Evander la tenía firmemente sujeta por la cintura, como si temiera que fuera a escapar o que alguien quisiera alejarla de él para siempre. La mortecina luz del largo atardecer del verano iluminaba tenuemente su cabello de color arena a través del minúsculo hueco de ventilación. Avergonzada por haber perdido los nervios, Dairine bajó la vista y trató de separarse de Evander. Si alguna vez había tenido buena opinión de ella, estaba claro que habría cambiado de parecer tras una actuación tan vergonzosa. ¡Había estado a punto de hacer que los descubrieran!

—Gracias —dijo con un hilo de voz. Trató de recomponerse para llevar a cabo la segunda parte del plan—. Ahora debo irme. —Armándose de valor, se dirigió a la puerta—. Tengo que cambiarme y vestirme para la cena antes de que Labhra me encuentre así —le explicó, haciendo un gesto hacia sus ropas.

—Pues yo creo que estás preciosa, con tus briznitas de heno y tus telarañas adornando la capa —bromeó Evander.

Dicho esto, le quitó unas ramitas que se le habían quedado enganchadas en los cabellos mientras sonreía con la boca y con los ojos.

—¿De verdad? Entonces, ¿qué piensas de mi vestido empapado? —inquirió aliviada y dispuesta a seguir la broma de Evander—. Mira, mira cómo estoy —Acto seguido, se abrió la capa y, a pesar de la poca luz, Evander adivinó claramente esa silueta que empezaba a adorar—. ¿Crees que estoy guapa?

Dairine continuó con la broma, pero advirtió que la sonrisa había desaparecido de los ojos de Evander. Estaban muy cerca y oyó que su respiración se volvía entrecortada. Le pareció que su mirada la taladraba.

*¡Me vio desnuda!* —recordó de repente Dairine y se cerró rápidamente la capa.

—Debo marcharme ya —anunció—. Encontraré a Harris y solucionaremos esto, te lo prometo.



## Dairine

Dairine dejó a Evander en el antiguo guadarnés y salió sigilosamente al patio. Tenía que encontrar a Harris y hablar con él esa misma noche, pero ¿dónde buscarlo? Ese hombre siempre estaba comiendo, buscando comida o preguntando por la cena. ¡Era la glotonería personificada!

Dairine recordó cómo lo había visto salir de la cocina con alguna de las jovencitas que ayudaban a Orlagh, la nueva cocinera, riendo por lo bajito y con un paquetito en los brazos mientras la joven sirvienta se colocaba bien el delantal. A Orlagh no le caía tan bien como al resto de las criadas. Dairine se imaginó que no era agradable tenerle todo el día rondando por las cocinas, interrumpiendo su trabajo y distrayendo a las sirvientas, pero Orlagh no era la única del castillo que ponía mala cara cuando alguien nombraba a Harris.

—¡Harris, Harris! ¡Ya te daré yo Harris cuando el bollo esté en el horno! —solía decirles a las jovencitas que se encargaban de barrer y fregar—. ¿Os creéis que se va a acordar de vosotras después? ¡Pero qué inocentes sois, por Dios!

Dairine no entendía muy bien por qué la cocinera no tragaba a Harris, como tampoco entendía por qué aquel buen hombre se mostraba tan servil con su padre. A ella le parecía que era mucho más inteligente que Finlay Mackenzie.

*A poco.*

El pensamiento le provocó una sonrisa que no quiso contener. La imagen que tenía de su padre no era la de un hombre inteligente, sino la de alguien que tenía un poder absoluto sobre ella. Basaba su opinión en años de negligencia y abandono en manos de su tía. Intentó recordar cómo eran las cosas antes de la muerte de su madre. En aquellos días, Finlay también viajaba mucho y a veces las dejaba solas durante semanas, pero cuando regresaba siempre le traía una horquilla o un espejito. Todo había empezado a cambiar después de morir su madre.

Al principio, cegado por el dolor, Finlay se había desentendido de la niña. A Dairine esa época le había parecido muy divertida y había campado a sus anchas por Eilean Donan sin que nadie la controlase. Añoraba muchísimo a su madre y su padre se ausentaba cada vez con más frecuencia, pero los criados del castillo se habían apiadado de la pequeña huérfana y habían intentado suplir la falta de cariño en la vida de la niña consintiéndole todos los caprichos. Pero esa vida se había acabado el día que su padre había decidido desentenderse totalmente de ella y encomendársela a su tía.

Pero ahora debía darse prisa. Se estaba quedando helada bajo un vestido que aún chorreaba y tenía un aspecto horroroso con la capa sucia llena de pajas y telarañas.

*Como no espabile, mi padre me va a descubrir...*

En ese castillo, tarde o temprano todo se sabía. Parecía que no había mucha gente capaz de guardar un secreto. Dio gracias a Dios por haber encontrado a James el primer día. Los hechos confirmaban que probablemente era el único capaz de mantener la boca cerrada en Eilean Donan.

*Es que ni siquiera le gusta hablar* —se dijo Dairine y se descubrió con otra sonrisa en los labios.

Estaba empezando a encariñarse con los habitantes de Eilean Donan y lo último que quería era darle un solo motivo a su padre para que la alejara de allí.

Subió sigilosamente las escaleras que conducían a sus aposentos. Se cruzó con la pequeña sirvienta encargada de encender los fuegos de las alcobas, pero la pobre ni siquiera se atrevió a levantar la vista. Con paso apresurado, se dirigió a la puerta de sus aposentos y la abrió, lanzando un profundo suspiro de alivio.

—¿Se puede saber de dónde vienes, criatura descarada?

La voz arisca de Labhra la recibió al otro lado de la puerta. Ahí estaba, plantada en medio de la antecámara, esperándola como si pillarla cometiendo un error fuera lo único que daba sentido a su vida.

—¡Respóndeme, fresca!

Dairine se quedó paralizada. Había supuesto que la vieja doncella y su tía la buscarían sin descanso, que incluso enviarían a alguien al pueblo, pero ni por un momento se le había ocurrido que Labhra la fuera a esperar allí, en sus aposentos.

—¡Vaya ropas que traes, desvergonzada! ¡Pero mírate! —Labhra hizo un gesto de desprecio hacia Dairine—. Y ahora no intentes contarme la milonga esa del bebé y la recién parida. ¡Ya sabía yo que era un embuste! Mira que se lo dije a tu tía, pero nada. ¿Cómo iba a tener razón la vieja Labhra?

—Es que he tenido...

—Tú a mí no me engañas. ¡Fresca, más que fresca! —la interrumpió la doncella—. ¡Estás empapada! ¿Y esto qué es? ¿Heno? ¡Te has revolcado en un pajar! ¿Con quién? ¡Ven aquí ahora mismo! Ya verás cuando se lo cuente a tu tía. A lo mejor ya no te quieren en ni en el convento. ¡Y olvídate de casorios de alto copete, desvergonzada! Has deshonrado a los Mackenzie y lo vas a pagar muy caro. ¡Como me llamo Labhra que lo vas a pagar, ramera!

La vieja criada parecía estar disfrutando como nunca en su vida, insultando a placer a una joven que, a todas luces, era culpable de algo. Ya se enteraría más delante de qué.

Temblando de rabia, Dairine se acercó a la odiada doncella.

—Si quieres provocar la ira de mi padre, adelante. Creo que esta noche tiene invitados y, si no me equivoco, esta criatura estúpida —dijo, señalándose en el pecho— está a tu cuidado. Me gustaría ver cómo justificas ante tu señor Finlay Mackenzie que me haya convertido en una ramera. Mi tía y tú habéis vivido a su costa con la única misión de educarme —Desafiante, miró a la vieja criada a los ojos. Ya no era la criatura estúpida que se quedaba paralizada de miedo cada vez que la regañaba a su tía—. Ahora, cumple con tu obligación y ayúdame a cambiarme para la cena. Quiero estar presentable. No, mejor dicho: quiero estar deslumbrante, así que esfuérzate todo lo que puedas.

A regañadientes y murmurando para sí todas las palabras soeces que conocía, Labhra fue desatando el corpiño de Dairine y el vestido por fin cayó a sus pies. A tirones, la doncella le quitó también la ropa interior empapada y, sin dejar de refunfuñar, sacó una camisola y medias calzas limpias de la cómoda de la ropa blanca. Las extendió sobre el lecho mientras iba a por un paño grueso para secarle los cabellos. Dairine se empezó a vestir con delicadeza. Cuando Labhra regresó con el paño, Dairine ya estaba sentada frente al tocador con una bata holgada sobre la ropa interior. Sin mediar palabra, la doncella empezó a secarle los rizos, procurando tirar cuanto podía de ellos para que la pobre muchacha se viera obligada a quejarse.

Pero Dairine no dejó escapar ni un solo gemido.

—Quiero el vestido de terciopelo azul, Labhra.

—Pero muchacha, ese es... —empezó a decir la doncella.

—No estoy dispuesta a seguir consintiéndote que me trates de este modo tan poco

respetuoso. Soy tu señora y así deberás llamarme. De lo contrario, hablaré con mi padre sobre cómo ha empleado su dinero contigo. Ya sabes cómo es cuando le tocas el bolsillo y cómo se pone si cree que le están estafando.

—Sí, mi señora —repuso Labhra, reculando. Por dentro echaba chispas y ardía en deseos de vengarse por la humillación, pero decidió esperar el momento oportuno—. ¿La señora quiere el vestido azul de las ocasiones especiales?

—Ese mismo. Y también el velo con ribete dorado para cubrir mi cabello. Y me lo sujetas con las horquillas de flores de nácar que fueron regalo de mi padre —ordenó.

Durante años, su tía había intentado que usara todas las baratijas que le compraba su padre en un intento de compensar su ausencia de la vida de su hija.

—Bueno, ya está —resopló Labhra—. La furcia vestida de terciopelo —murmuró con voz apenas audible.

—¿Qué dices, doncella? —Dairine no sabía si la había oído bien—. Repite eso, Labhra —le ordenó con esa valentía que había descubierto los últimos días. Hasta ella misma se sorprendió de la autoridad que emanaba de su voz.

—Nada, señora. Estaba pensando en voz alta. Está usted deslumbrante —repuso Labhra con voz servil.

Conociéndola, Dairine tenía la completa seguridad de que se vengaría de la humillación, pero en ese momento no le importó. Era verdad. ¡Estaba deslumbrante!

*Ojalá Evander pudiera verme así, y no empapada y cubierta de heno y telarañas...*

—Debería darse prisa y bajar al gran salón, mi señora —oyó decir a Labhra. La desagradable voz de la sirvienta la trajo de vuelta a la realidad—. Yo debo acudir a los aposentos de su señora tía Morven, mi señora, para tratar ciertos asuntos que no la incumben a usted, mi señora.

La burla y el sarcasmo de la velada amenaza de Labhra no le pasaron desapercibidas. Debía estar atenta a la bruja de su tía e impedir que hablara con su padre antes de poner a Harris de su parte.

Entró en el salón de banquetes cuando ya casi todos estaban sentados. Los gritos y las risas enmudecieron rápidamente y todos los ojos se volvieron hacia ella.

—¡Ah, por fin apareces! —gruñó su padre. Pero al ver lo hermosa que estaba y las expresiones de admiración en los rostros de los comensales, su orgullo de padre tomó la iniciativa—. Queridos primos y aliados Mackenzie del norte, ¡os presento a mi hija Dairine! Como veis, mi sangre produce mujeres dignas de admiración. Espero que, para sellar nuestra alianza con el doble de fuerza y que nada ni nadie pueda romperla, uno de los presentes considere que mi hija es digna de dar continuidad a su linaje. La dote será pequeña, pero justa. Pero pequeña. Ya me entendéis... ¡Aquí todos somos Mackenzie!

El salón estalló en carcajadas y rápidamente Dairine sintió que unas manos la empujaban hacia adelante y otras tiraban de su brazo hacia atrás. Varios invitados empezaron a hacer un hueco a su lado para que se sentase con ellos. El atribulado criado no acertaba a colocar su silla en un sitio cuando otro invitado tiraba de la pobre joven hacia un lugar diferente de la mesa. Dairine se sentía como una muñeca de trapo con la que todos querían jugar. Por una vez, habría agradecido que su padre hubiera tenido algo de consideración y la hubiera sentado en la cabecera, junto a él. En cambio, el fiel Harris se las había apañado para sentarse muy cerca de la mesa de honor. Le vio charlar animadamente con el maestro de armas de su padre e incluso dirigir algún halago a Finlay Mackenzie, felicitándolo por su elección de esposa. Dairine le sonrió con tristeza mientras la alejaban a empujones de la mesa de honor. Iba a ser imposible

hablar con él a solas.

El viejo Finlay Mackenzie rara vez pensaba en alguien que no fuera él mismo. Ni siquiera había reservado un puesto en la mesa de honor para su prima Morven. Al mirar hacia el fondo del salón, Dairine sonrió. La tía y su fiel Labhra acababan de entrar cuchicheando entre sí. Por más que se esforzó en encontrarle un lugar mejor, Labhra tuvo que acomodar a su señora en el extremo final de la mesa, con los parientes pobres de la invitada de honor, justo por donde tenían que pasar los criados con las viandas y donde esperaban pacientemente los perros a que les cayeran las sobras.

—¡Mis disculpas! —se excusó sin demasiado afán un sirviente al chocar con la indignada Morven mientras llevaba seis u ocho jarras de cerveza que salpicaron el vestido de la adusta Mackenzie.

El criado supuso que se trataba de una de las invitadas de menor alcurnia y no le pareció necesario disculparse con más ahínco.

Dairine sonrió al ver cómo la tía Morven intentaba quejarse y llamar la atención de su primo alzando la voz, pero era tal la algarabía que nadie le prestó atención. Mientras estaba distraída contemplando la humillación de su tía, alguien había cometido la osadía de alabar las bondades del *whisky* de los Macrae y se había abierto la caja de los truenos.

—Así que te gusto, ¿eh, picaruela? —Inesperadamente, uno de los Mackenzie del norte había tirado de ella y la había sentado en su regazo—. Tienes una sonrisa preciosa, ¡y buenas caderas! —añadió, deslizando sus manos por los muslos de Dairine.

La joven se puso en pie de un salto, roja como la grana y, sin decir palabra, se sentó dos puestos más allá, en el primer lugar que encontró libre. Todos los Mackenzie del norte miraban a la joven con codicia. Le pareció que su padre la estaba vendiendo como quien lleva un animal a la feria de ganado. Pero en realidad, hacía un buen rato que Finlay se había olvidado de su hija. Estaba demasiado ocupado poniendo a caldo a todo el clan Macrae y no le prestaba ninguna atención.

—Hola, pequeña, me llamo Arran —se presentó el hombre de mediana edad que tenía a su derecha.

—Y yo soy Finn —dijo rápidamente el de su izquierda—. Como habrás visto, soy bastante más joven —Sonrió y dejó al descubierto una encía desdentada.

Todavía ruborizada, Dairine no sabía dónde meterse. Sonrió educadamente a sus dos compañeros de mesa.

—¿Entonces qué te parezco? ¿Bien, verdad? —continuó el de más edad—. Pues quiero que sepas que no me importa que tu dote no sea muy cuantiosa. Tengo más de cincuenta ovejas y no te faltará de nada. Además de buenas caderas, tienes todos los dientes, que me he fijado.

—¡Pero yo soy más joven! —insistió el desdentado, dándose por aludido—, y mis pastos son los mejores al norte de Lochinver, en eso no hay ninguna discusión.

Dairine dudaba que hubiera pastos tan al norte de Escocia. Tembló solo de imaginar los largos y fríos que debían ser los inviernos en Lochinver.

—Veo que te atrae la idea —sonrió el joven con sus cuatro dientes—. Debo decirte que también me he fijado en tus pechos, que son admirables. Aunque solo tenga ovejas por vecinos, sé cuándo tengo una mujer de pura raza ante mí y cómo alabarla —dijo para rematar el cumplido.

Orgulloso de su actuación, el joven volvió a sonreír.

La pobre Dairine se había quedado muda. Dejó que los dos hombres siguieran enumerando

sus riquezas y cantando sus alabanzas mientras ella removía un pedazo de faisán con el tenedor.

—Pero tendrás que engordar un poco —alcanzó a oír—. Para mi gusto, te falta algo de carne alrededor de los huesos. No es bueno que una mujer en edad de criar esté tan delgada. Mi tía, que sabe mucho de esto, regala a todas las jóvenes casaderas del pueblo dos ruedas de un queso especial que hace con calostro<sup>1</sup>. Ya verás cómo rellenas la figura enseguida. ¡Y qué rico está! ¿A que sí, prima Rose?

Parecía que el suplicio no iba a terminar nunca. En esa cena solo se hablaba de dotes, bodas y partos, como si pretendieran duplicar la población de Escocia aquella misma noche. Dairine no hacía más que pensar en Evander, solo en aquel cuartucho, aguardando sus noticias. Por fin vio que la tía Morven y su fiel criada se levantaban de la mesa y se dirigían a preparar la salita donde darían conversación a las mujeres mientras los hombres acababan de emborracharse, si es que eran capaces de ingerir más alcohol. Era el momento perfecto para salir de allí.

—Disculpad, debo hablar con mi padre —se excusó ante los dos Mackenzie del norte que peleaban por su favor en ese momento.

La miraron asombrados al descubrir que era capaz de hablar y Dairine aprovechó para dejarlos plantados con la boca abierta. Se dirigió a la cabecera de la larga mesa para excusarse con su padre.

El altivo Finlay Mackenzie ya estaba medio borracho y soltaba una risotada tras otra a cada comentario del padre de su futura esposa, que apenas había probado bocado y permanecía sentada en silencio entre los dos ruidosos hombretones.

—¡Pues claro que te dará un heredero! Y tres o cuatro varones más, con alguna hembra intercalada, claro está. Es inevitable. Todas las mujeres de mi familia tienen buenas caderas para parir —farfulló el padre de la silenciosa joven—. ¿A que sí, mujer? —preguntó a la matrona que tenía a su derecha. Sin esperar respuesta, continuó—. De hecho, todavía está criando al último. ¡Mira qué pechos más llenos tiene!

—¡Ya te gustaría a ti catarlos, viejo bribón! —repuso la matrona mientras retiraba de un golpe la manaza que se había abalanzado hacia su escote.

Los dos hombres se echaron a reír a carcajadas justo cuando Dairine iba a excusarse. Al comprobar que nadie advertiría su ausencia y ver que la cerveza seguía desapareciendo de las jarras a la velocidad del rayo, Dairine decidió que era mejor escabullirse sin decirle nada a nadie. Cruzó el patio a la carrera y, de camino al cuartito donde esperaba Evander, robó media hogaza de pan y un poco de fruta de las cocinas.

—¡Evander, despierta! —Dairine le zarandeó—. ¡No tenemos mucho tiempo!

Le pareció imperdonable que el joven se hubiera dormido, teniendo en cuenta las circunstancias en las que se encontraban. Pero entonces recordó que estaba herido y se ablandó.

—Evander, por favor, despierta —repitió con más cariño.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde estoy? —preguntó el joven, totalmente desorientado.

—No tendrás fiebre, ¿verdad...?

Preocupada, Dairine le tocó la frente para comprobarlo. Sintió que Evander se estremecía bajo su mano y la miraba fijamente. Había recordado al fin dónde se encontraba.

—¿Eres tú, Dairine? Apenas te reconozco en la penumbra, pero he oído tu... —Se detuvo y rápidamente le preguntó—: ¿Has conseguido hablar con Harris?

—No, es imposible. Mi padre celebra un gran banquete con la familia de su futura esposa y hay demasiada gente por todas partes. Vengo a avisarte porque aún no sé si podré volver a

escabullirme. La vieja Labhra me vigila como un perro de presa y los parientes de la pobre infeliz que van a casar con mi padre no me quitan el ojo de encima. Mi padre está empeñado en que me relacione con ellos.

—¿Por qué no te quitan ojo? ¿Qué está pasando? ¿Y por qué te tienes que relacionar con ellos si no quieres?

A Dairine le pareció que Evander se mostraba preocupado, o tal vez enfadado, pero no había tiempo para nada de eso.

—Escucha, Evander. Si no vuelvo, debes encontrar la forma de llegar a mis aposentos. Recuerdas dónde están, ¿verdad?

—Sí, claro. Pero ¿Labhra no duerme en la antecámara? —preguntó Evander extrañado.

—Precisamente por eso mi alcoba es el lugar más seguro del castillo. Puedo bloquear la puerta para impedir que entren y a nadie le extrañará. Ya lo he hecho antes, dos o tres veces que necesitaba unas horas de tranquilidad para mí misma. Si Labhra sabe que estoy dentro de la alcoba, no me molestará en toda la noche. No va a montar una escena con Eilean Donan lleno de invitados.

—Todo eso está muy bien, Dairine, Pero, si no recuerdo mal, tus aposentos están en la primera planta.

—Yo te ayudaré. Como sabes, mi ventana se abre al este, hacia una zona poco escarpada de los acantilados que queda oculta de las demás dependencias del castillo. Con todos los visitantes que tenemos, han vaciado las caballerizas y han dejado las viejas carretas que usamos para los víveres en este sendero. Con un poco de suerte, lo conseguiremos.

—No entiendo cómo pretendes ayudarme. ¿Dairine?

Pero la joven ya había subido los tres peldaños que separaban el cuartito del corredor de servicio.

—Suerte, Evander. Recuerda: bajo mi ventana, no bajo el balcón. ¡Hay que ser discretos! ¡Y cierra la puerta!

Dairine desapareció de la vista de Evander y le dejó con la palabra en la boca.

---

<sup>1</sup> *N. de la E.* Se trata de la primera leche producida tras el embarazo o en la etapa final, en este caso, por la hembra de una especie animal.



## Evander

Se había vuelto a quedar dormido. Esta vez, al despertar, Evander se encontró sumido en una oscuridad total. Por fin era noche cerrada y no entraba nada de luz por el minúsculo ventanuco de ventilación.

Dairine no había regresado. Se temió lo peor. Seguro que Finlay lo había descubierto todo o Dairine había confesado y vendrían a apresarlos en cualquier momento.

*Dairine nunca me delataría.*

Decidió esperar un poco más y, si no regresaba, saldría de su escondrijo e iría a su ventana, como le había prometido.

Por el hueco de ventilación le llegaron las voces de los invitados que se iban retirando. Algunos ya se habían ido y otros se quedarían a descansar en Eilean Donan antes de emprender el camino de regreso al norte. La novia y sus padres ya habían partido hacia la posada de Dornie. Ni por un instante habrían permitido que se dudara de la honra de su hija durmiendo bajo el mismo techo que el novio.

De repente, las voces subieron de tono. Evander oyó gritos que presagiaban el comienzo de una pelea. Imaginó que estaban todos borrachos como cubas y le pareció el mejor momento para abandonar su escondrijo. Debía salir por las cocinas porque en las caballerizas parecía haber mucho trasiego de gente.

*Están todos tan borrachos que seguro que ni siquiera me reconocerían...*

Decidió no arriesgarse y, después de abrir la puerta, giró hacia las cocinas. Los sirvientes se habían retirado ya a descansar, puesto que a la mañana siguiente tendría mucho trabajo limpiando los restos del banquete. Siguiendo las instrucciones de Dairine y aprovechando la oscuridad de la noche, tan solo iluminada por las antorchas del patio de armas, rodeó la torre del homenaje desde las cocinas para evitar cruzarse con los invitados más rezagados. Por encima de su cabeza oyó a los guardias que hablaban entre sí, maldiciendo su suerte porque les había tocado la ronda en una noche como aquella en la que todos se habían emborrachado gratis a expensas de Finlay Mackenzie.

—¿Tú crees que celebrarán aquí la boda? —preguntó uno de ellos.

—¿Quién sabe? Lo tradicional sería en casa de la novia, pero el orgullo de Finlay no tiene límites y quiere convertirla en la señora de todo el condado de Ross, así que se asegurará de que se hable de su boda durante años. Yo creo que Eilean Donan es el lugar idóneo para una boda así. Aunque a lo mejor prefiere celebrarla en el castillo Leod. He oído que, para ser un ejemplo de tacañería, Mackenzie se ha dejado un buen pellizco arreglando y acondicionando el castillo para su nueva esposa. Además, el castillo Leod está más cerca de la corte.

—¡Menuda fiesta será esa! —exclamó el primer soldado—. Con un poco de suerte, ese día no nos tocará guardia y podremos celebrarlo por todo lo alto.

Evander sonrió al oírlos, pero la conversación le recordó que había ojos vigilando sobre su cabeza y se pegó todo lo que pudo al lienzo de la muralla hasta llegar al lado este de la torre del homenaje. Tal y como le había dicho Dairine, todo el sendero exterior de esa parte de la muralla estaba atestado de enseres y carretas que se habían dejado allí para hacer sitio a los huéspedes y

sus carruajes. Habían aprovechado que en el lado este del exterior del castillo el sendero bajaba en suave pendiente durante bastantes pasos antes de caer abruptamente al mar en forma de acantilado.

Sin demasiado trabajo y guiándose únicamente por su memoria y la escasa luz de la luna, Evander llegó hasta las ventanas de los aposentos de Dairine, que destacaban junto a un balconcito. Comprobó que los postigos de la antecámara estaban cerrados, pero Dairine había dejado la ventana de su alcoba abierta.

—¡Dairine! —Evander la llamó con voz queda<sup>1</sup>—. ¡Dairine, soy yo, Evander!

No se atrevió a levantar la voz por temor a que lo oyeran los guardias que vigilaban desde lo alto de la muralla. Evander supuso que serían los únicos vigilantes que estaban sobrios en todo el castillo, pero tampoco quiso tentar a la suerte.

—¡Dairine, estoy aquí!

Evander la llamó de nuevo, pero tampoco recibió respuesta. No sabía qué pretendía con todo aquello de hacerle ir hasta allá. Decidió probar otro método. En el borde del sendero encontró lo que buscaba: unas cuantas piedras de poco tamaño para no hacer mucho ruido, pero de forma regular para poder apuntar con precisión. Armado con su munición, se alejó de la torre para acertar a la ventana abierta de la alcoba de Dairine. Era un arquero excelente con una puntería casi perfecta, así que no dudó ni un instante. Lanzó la primera piedra y vio cómo esta desaparecía en el interior de la alcoba. Le pareció oír un ruido sordo, pero no estaba seguro.

¿Se habría dormido? No, era imposible. Dairine sabía que Evander corría un gran peligro y nunca lo dejaría en la estacada. Lo intentó otra vez con una segunda piedra y, de nuevo, acertó sin problema, pero Dairine seguía sin aparecer.

Cuando iba a lanzar una tercera piedra, vio que algo blanco asomaba por la ventana.

—Dairine, ¿eres tú? —preguntó en voz baja, pero le pareció que su voz rebotaba en los muros de la torre y el eco se propagaba por todo el castillo.

Se quedó completamente quieto, temiendo que los guardias aparecieran de un momento a otro y lo tomaran preso. No sucedió nada de eso y por fin apareció Dairine en la ventana, haciendo aspavientos con la mano para que no gritara.

Aliviado, Evander asintió con la cabeza. ¡No se había olvidado de él! Dairine le señaló la carreta que había a pocos pasos de su ventana. Luego hizo un gesto con el brazo mientras descolgaba algo parecido a una cuerda hecha con sábanas anudadas por la ventana.

Por fin Evander comprendió el plan de la joven Mackenzie. Con mucho cuidado de no hacer demasiado ruido, retiró las piedras que frenaban la carreta y, aprovechando la ligera pendiente del sendero, la empujó lentamente hasta dejarla justo bajo la ventana de Dairine. La volvió a sujetar con las mismas rocas y se encaramó a ella. Desde allí, la idea de Dairine le pareció menos descabellada. A pesar de la herida de flecha, se sintió capaz de trepar por la sogla improvisada.

Por un momento, Evander sonrió. No había vuelto a pensar en la herida desde que llegaron a Eilean Donan. Todas las emociones de ese día que parecía no acabar nunca le habían hecho olvidar que no hacía tanto le habían disparado y había estado a punto de morir. Al pensar en ello, notó de nuevo el dolor que, en realidad, nunca había desaparecido. Era como una molestia lejana y sorda a la que creía haberse acostumbrado. Pensó en las excepcionales habilidades de Sine como curandera y tuvo la certeza de que nunca podría agradecerle lo suficiente todo lo que había hecho por él.

Volvió a mirar hacia arriba. Sí, lo conseguiría; estaba seguro. Con mucho cuidado, se subió

al varal de la carreta y se agarró por encima del primer nudo para que no se le resbalaran las manos. Apoyó los dos pies en el muro y se impulsó. Después avanzó las manos hasta el siguiente nudo y siguió trepando, apoyando los pies en los nudos inferiores e impulsándose con las piernas para no forzar el hombro. Notó que el dolor sordo aumentaba, pero rápidamente salvó toda la distancia que le separaba de la ventana, ya que la carreta había acertado considerablemente su escalada.

Con un impulso más, logró traspasar la ventana de la alcoba y se plantó sonriente frente a Dairine, satisfecho por la hazaña que acababa de lograr.

La visión de una llorosa Dairine derrumbada al lado de la cama le borró la sonrisa de inmediato.

—¿Qué ocurre? —preguntó Evander, sin saber qué decir—. ¿Ha sucedido algo? —Le levantó la barbilla y, aunque solo había una palmatoria<sup>2</sup> que apenas iluminaba la estancia, Evander vio los ojos rojos de Dairine que estaban empezando a hincharse.

—Has estado llorando —afirmó, y le pareció que la tristeza de la joven se le contagiaba—. Si estás en un lío por mi culpa, me entregaré ahora mismo.

—Chis, baja la voz —susurró Dairine nerviosa—. Ayúdame a recoger todas las sábanas.

Evander se dirigió a la ventana para tirar de las sábanas mientras Dairine intentaba deshacer los laboriosos nudos que había hecho para asegurar la improvisada escala al dosel de la cama. El peso de Evander los había apretado y no conseguía deshacerlos.

—Todo este esfuerzo, ¿para qué? —Dairine estalló en una serie infinita de sollozos descontrolados—. Nunca lo conseguiremos.

Al ver el estado en el que se encontraba, Evander recogió a toda prisa la escala de sábanas y corrió a consolarla. Se sentó en el suelo junto a ella y la rodeó con los brazos, estrechándola fuertemente. Deseó con toda el alma poder librar a Dairine de su dolor y cargar él con toda la responsabilidad, pero comprendía demasiado bien que no era posible, ya que estaba en juego el honor de los dos y la paz en el condado.

—No te preocupes. Siempre me tendrás a mí, te lo prometo —la consoló Evander—. Nunca te daré la espalda ni te abandonaré.

—¿De verdad? —Dairine alzó los ojos.

Evander no quería dejar de abrazarla, pero sabía que no podían seguir así.

—No te preocupes por deshacer los nudos. Dame un puñal o un abrecartas y verás de lo que es capaz un Macrae con una hoja afilada en la mano —dijo sonriendo.

Con esperanzas renovadas, Dairine fue al tocador y regresó con una espadita que tenía labradas unas intrincadas figuras en el mango. Era otro regalo de su padre ausente.

—Es perfecta —declaró Evander al verla, y se puso manos a la obra.

Con paciencia, fue cortando y rasgando la sábana anudada al poste del dosel hasta que se desprendió totalmente de la cama.

—De momento, creo que podemos esconderlo todo debajo de la cama —añadió—. O tal vez sea mejor en el baúl de la ropa blanca; como prefieras.

—El baúl lo tengo atrancando la puerta para que no entre nadie sin llamar —le explicó Dairine—. Las cosas no han salido como esperaba y tengo miedo de lo que pueda ocurrir.

Con la punta de la sábana que acababa de cortar, Evander le secó las lágrimas que volvían a rodar por sus mejillas.

—Ven, siéntate aquí y cuéntamelo todo —dijo, y la condujo al borde del lecho.

Se sentaron juntos, intentando darse ánimos el uno al otro. Durante unos minutos, permanecieron en silencio. Evander no dijo nada. Esperó pacientemente a que Dairine se tranquilizara y le relatara todo lo sucedido mientras él había estado escondido en el antiguo guadarnés. Pasado un tiempo, Dairine dejó de sollozar y Evander notó que ya no temblaba.

—Después de dejarte la comida —empezó a explicarle Dairine—, regresé al salón con la esperanza de poder hablar a solas con Harris. Pero nada más entrar, vi a la tía Morven alejarse de la mesa de mi padre. Me miró de arriba abajo y sonrió con una maldad que nunca le había visto, y eso que he convivido con esa bruja casi diez años. En ese momento me temí lo peor.

Dairine se detuvo para recuperar el aliento. Evander le apartó cariñosamente los rizos y la miró embobado. La luz titilante de la vela parecía bailar una danza ancestral con el negro azabache de su cabello. Evander contempló un ondulante ritmo de brillantes reflejos. Poco a poco, los ojos almendrados de Dairine se habían ido aclarando y la hinchazón casi había desaparecido por completo. Evander se acercó aún más a ella. Ansiaba aspirar ese aroma que conocía tan bien.

—Continúa, Dairine —la animó, y le tomó la mano.

—Entonces vi la cara de mi padre —dijo mientras jugueteaba con la mano de Evander—. La cólera se había acumulado en su interior y, de repente, estalló. ¿No oíste sus gritos? —preguntó mirándole a los ojos. Evander negó con la cabeza—. No sé qué le dijo mi tía exactamente o qué se imagina que he hecho. El caso es que me agarró del brazo hasta dejarme marcados los dedos, me abofeteó delante de todos los invitados como si fuera una niña pequeña y me mandó prender por los dos primeros guardias que encontró que estaban menos borrachos que él. Farfulló algo ininteligible porque, en su defensa, he de decir que probablemente mañana, cuando se le pase la borrachera, se arrepentirá de la escena que ha montado delante de la familia de su futura esposa. Pero ¿sabes lo mejor de todo? —le preguntó sonriendo de oreja a oreja.

Evander se extrañó del repentino cambio de humor.

—No, no lo sé.

—Pues lo mejor —continuó Dairine— es que mi padre no quiere volver a ver a Labhra en su vida. Esa vieja malvada tiene orden de abandonar el castillo a primera hora de la mañana. Por lo que logré entender a mi padre, si ha habido alguna deshonra en mi comportamiento, la culpa es de esas dos brujas, Labhra y la tía Morven, por no haberme enseñado mejor y por no ser capaces de vigilarme. Pero la tía, al ver el cariz que estaba tomando el asunto, ha descargado toda la responsabilidad en Labhra, que es mi doncella personal y estaba encargada de cuidarme. ¡Así que no tendré que ver su odiosa cara nunca más!

La sonrisa de Dairine se ensanchó, pero al continuar con su relato, su rostro se volvió a ensombrecer. Evander la había rodeado la cintura y la estrechaba contra su cuerpo para infundirle ánimos.

—Continúa, yo estoy aquí, contigo.

Dairine le miró agradecida y prosiguió.

—Mi padre ha decidido encerrarme y no dejarme salir de aquí hasta que se aclare todo lo sucedido. Ya no se fía ni de mi tía, así que ha apostado un guardia en la antecámara. Por eso he atrancado la puerta con el baúl —explicó Dairine—. Según la tía Morven, mañana temprano vendrán a despertarme porque quiere hacerme «preguntas delicadas». No entiendo muy bien a qué se refiere con eso, aunque sé que lo que más teme mi padre es que me haya deshonrado.

—¡Pero tú no te has deshonrado! —exclamó Evander ofendido, como si le hubieran acusado a él personalmente de algo tan terrible.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Dairine, mirándole desafiante—. Apenas me conoces y ni yo misma sé si me he deshonrado.

—¿Cómo no lo vas a saber? —preguntó Evander extrañado—. No es algo que uno olvide...

—Pues no lo sé —repuso Dairine airada—. No lo sé porque nadie me ha explicado qué es la deshonra y por qué ocurre —Evander la miró asombrado. No se le había ocurrido que la inocencia que desplegaba Dairine y que tanto le atraía llegara hasta ese extremo—. ¿No dices nada? ¡Tú también me consideras una niña estúpida!

—No, Dairine. Te prometo que no es eso —intentó disculparse Evander.

—Entonces, ¿me lo explicarás?

Dairine le miró con ojos suplicantes, con una voz tan llena de inocencia que Evander estuvo a punto de abalanzarse sobre la boca que producía ese sonido tan delicioso y besársela hasta desfallecer. Quería explicarle la dulzura del amor, besarle apasionadamente aquellos rizos, apartárselos y recorrerle la nuca y el cuello con la lengua. Deseaba seguir besándola y acariciándola, desnudarla con delicadeza, recostarla sobre ese mismo lecho y descubrirle los secretos de un placer que él apenas había conocido. Mejor aún: descubrirían los secretos del amor juntos.

*Debes cumplir tu promesa.*

—No puedo.

Evander se separó de ella todo lo que pudo sin que pareciera descortés. Dairine le miró herida.

—¿Ves como tú también me consideras una niña tonta? No te culpes, lo entiendo.

—Es que no puedo hablar de ese tema contigo, Dairine. Lo siento.

Evander no sabía cómo decírselo. Su miembro había cobrado vida propia e intentaba disimular el deseo que se hacía patente en su entrepierna.

—Estoy muy cansada, Evander. De verdad, solo deseo acostarme —dijo Dairine con tristeza.

Su voz se apagó en algo parecido a un lamento de decepción. A Evander le pareció que toda la resolución de Dairine se había esfumado y solo quedaba una chiquilla asustada.

—¿Podrías darte la vuelta, por favor? —preguntó ella—. Deseo quitarme estas ropas y tumbarme a descansar.

—Por supuesto, Dairine. Lo que necesites.

Evander se sentó en el lecho de espaldas al tocador, mientras Dairine comenzaba a desvestirse para prepararse para la noche.

El frufrú de las ropas de Dairine cayendo sobre suelo de madera rompió el silencio de la noche. Sin ser consciente de ello, Evander se había girado y estaba contemplando la desnudez perfecta del cuerpo de su diosa vuelto hacia el tocador, con sus pequeños hombros alzados para desenredarse el cabello a la trémula luz de la palmatoria. El color de su delicada piel cambiaba de tonalidad con cada movimiento, desde el blanco madreperla más puro al rosa de las flores del brezo que crecía en las laderas de Kintail. Ocultos por ese maravilloso cuerpo se adivinaban dos pequeños senos prietos, perfectos, rematados con sendos pezones rosados cuya silueta alcanzó a ver cuando Dairine se agachó a recoger un lazo caído por descuido. La joven liberó la cascada de azabache sobre su espalda perfecta y Evander se imaginó rodeando esa cintura que había empezado a considerar de su propiedad y que tan bien conocía. Deseó apartarle los rizos, colocárselos sobre su hombro perfecto y cubrir de besos ese delicado cuello que se mostraba ante él, tentador como una fruta prohibida.

*¡Basta ya! Recuerda tu promesa, por Dios.*

Evander se volvió con un terrible sentimiento de culpabilidad por haber traicionado la confianza que Dairine había depositado en él, pero también con una gran frustración porque sentía que su deseo insatisfecho crecía con cada segundo que pasaba cerca de ella.

De espaldas, oyó a Dairine verter un poco de agua en la palangana para lavarse la cara de todas las lágrimas derramadas ese día. Sin poder evitarlo, se la imaginó pasando un paño con un poco de jabón sobre esos senos que deseaba cada vez más, sobre ese cuello que le tentaba con su delicada blancura. Casi alcanzó a percibir en la distancia el delicado olor de su piel recién lavada que lo mantenía embriagado desde que se habían reencontrado. Haciendo un esfuerzo enorme, logró no volver a girarse y respetar los deseos de Dairine. Oyó cómo deslizaba el camisón sobre su cuerpo y doblaba sobre la silla las ropas que acababa de quitarse.

—Ya puedes volverte —dijo Dairine.

Evander se giró y se quedó mudo de asombro. A la tenue luz de la vela, el cuerpo de Dairine parecía flotar, etéreo, apenas cubierto por un finísimo camisón que, más que ocultar, revelaba sus curvas perfectas.

A Evander le pareció que Dairine le miraba con las mejillas sonrosadas. Creyó ver en su rostro el reflejo de su propio deseo. ¿Se lo estaba imaginando? Contuvo la respiración mientras avanzaba hacia él. Parecía ajena al efecto que provocaba y que obligaba a Evander a hacer uso de toda la fuerza de voluntad que le quedaba para resistir la tentación. De nuevo, el olor del jabón sobre la piel de Dairine le invadió los sentidos y le nubló el pensamiento. Se levantó decidido a rodearla con sus brazos y retirar el fino velo que le separaba de esa piel que deseaba sentir con todo su cuerpo.

*¿Qué estoy haciendo?*

—Yo dormiré aquí —dijo Evander, bajando de un salto a los pies de la cama—. Estaré muy cómodo y tú podrás descansar tranquila.

—De acuerdo —asintió Dairine—. Deja que te ayude.

La muchacha colocó la pequeña palmatoria en la mesita y se acercó a Evander. El roce del camisón volvió a encender el deseo en el joven Macrae, que cada vez tenía más dificultades para contenerse.

—No importa, Dairine, ya me apaño bien yo solo. Con que me dejes una manta y uno de esos cojines, tengo suficiente. Además, creo que me quedaré despierto un rato, por si acaso. Conseguí dormir un poco en el viejo guadarnés, así que no estoy tan cansado como tú.

—Gracias. Yo estoy agotada, no sé si tendré fuerzas para llegar hasta el lecho.

—Duerme tranquila, Dairine. Yo vigilaré.

---

<sup>1</sup> N. de la E. Con quietud, en un tono apenas audible.

<sup>2</sup> N. de la E. Según el DLE, «especie de candelero bajo, con mango y pie, generalmente de forma de platillo».



## Dairine

No podía conciliar el sueño. Su cabeza regresaba una y otra vez a Evander, tumbado a los pies de su lecho. ¿Cuánto tiempo habría pasado ya desde que se acostó? Dentro de poco amanecería y debía conseguir como fuera que su padre la escuchara, o la vida de Evander valdría muy poco. Le pareció mentira que hubieran pasado solo unos días desde su reencuentro. Toda la admiración y cariño que había sentido por él de niña se habían convertido en un sentimiento muy diferente al que no acertaba a poner nombre.

Dio otra vuelta en el lecho. Por mucho que lo intentaba, casi tuvo la certeza de que aquella noche la pasaría en vela. Decidió levantarse y acercarse a la ventana para tranquilizarse con el frescor de la brisa marina. A lo lejos, el rumor de las olas batiendo contra los acantilados parecía calmar su espíritu. La luz de la luna se abría paso entre jirones de bruma e iluminaba el sendero repleto de enseres y carretas viejas por donde había subido Evander a su alcoba.

*¡Otra vez!*

De nuevo, el joven Macrae ocupaba todos sus pensamientos. ¿Por qué no podía dejar de pensar en él? ¿Se estaría enamorando? Tal vez, pero eso no explicaba las sensaciones que la embargaban y que habían comenzado antes del reencuentro fortuito con Evander.

Se alejó ligeramente de la ventana y miró al joven Macrae, que estaba dormido como un lirón.

—¡Estoy despierto! —farfulló el pobre muchacho al sentirse zarandeado—. No te preocupes, ¡yo vigilo! —Dairine contuvo la risa al ver la vergüenza que aparecía en su rostro—. Tranquila, Dairine, ¡aquí estoy!

—¡Más bajo, que vas a despertar a todo el castillo! Anda, ven —le invitó Dairine, dando unos golpecitos sobre el lecho, encima del cual había vuelto a sentarse—. Será mejor que descanses sobre algo más mullido, o la herida no acabará de cicatrizar nunca.

—Pero Dairine, no debería...

—¿Por qué no? —inquirió Dairine, que no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad de preguntarle sus dudas a Evander.

—¡Pues porque no deberías estar a solas con un hombre! ¡Por eso!

—Pues no lo entiendo. Además, ya estuve a solas con un hombre en la garganta de Moniack, cuando nos trasladamos a casa de los señores Kirkhill por la alarma de viruela y me escapé. Si me he deshonrado, yo no he notado ninguna diferencia, la verdad.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién es ese hombre con el que estuviste a solas? ¡Cuéntamelo todo!

Dairine notó un cambio en la voz de Evander, como si alguien le hubiera arrebatado lo más preciado para él, pero al mismo tiempo estuviera enfadado con Dairine por algún motivo. El muchacho se había subido al lecho y le zarandeaba los hombros. Exigía una explicación.

—Tranquilízate, Evander, que se te va a abrir la herida. Ven, recuéstate en estos almohadones. Así. —Dairine le colocó la cabeza contra la pared de cojines y almohadones que le había preparado—. Prometo que te lo contaré todo, pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Evander, que se estaba dejando cuidar como si Dairine lo tuviera

hechizado.

—Lo único que te pido es que respondas con sinceridad a todas mis preguntas. ¿Me lo prometes? —le preguntó, mirándole a los ojos mientras le arropaba con unas mantas.

El viento que batía los muros del castillo era fresco, incluso en verano.

—Te lo prometo, Dairine. Por mi honor de caballero y de Macrae.

—Bien. Recuerda que has prometido responder con sinceridad a todas mis preguntas —le advirtió Dairine, y acto seguido se tumbó a su lado para relatarle todo lo sucedido durante su escapada a la garganta de Moniack.

La joven le tomó la mano y empezó a jugar con ella, entrelazando los dedos y acariciándole la palma y el dorso sin dejar de hablar.

—¿Recuerdas que te dije que había hecho algo prohibido y que mi tía me había castigado encerrándome en mis aposentos del castillo Rojo?

—Sí. ¿Fue entonces? ¿Te castigó porque te viste a solas con un hombre? Dairine, ¿de verdad estuviste con un hombre sin ninguna vigilancia?

—No fue algo intencionado —Al ver el gesto de desaprobación de Evander, continuó—. Deja que te lo explique. Y después, recuerda que has jurado por tu honor de Macrae que responderás a todas mis preguntas.

—Lo recuerdo muy bien —repuso Evander con el ceño fruncido, a la vez que retiraba la mano—, pero antes, explícate.

Con gesto herido, Dairine le contó su aventura en la garganta de Moniack, cómo había necesitado tiempo para sí misma, para pensar y para alejarse de la asfixiante vigilancia de su tía y la odiosa Labhra. Mientras hablaba, Dairine intentó transmitirle todas sus sensaciones de aquel día: el olor a brezo y saúco, el sonido de la cascada y la luz titilante colándose entre las copas de los árboles. Sin darse cuenta, se había pegado a Evander y había empezado a acariciarle también el brazo.

Entonces le describió al hombre que la había asustado y cómo le había parecido que el patrón del *kilt* estaba mal tejido, porque los colores eran muy parecidos a los del clan Mackenzie, pero no reconocía los cuadros, y ella se sabía de memoria todos los tartanes de la zona.

—¿Qué más viste? —preguntó Evander, que de repente ya no parecía enfadado y sí muy interesado por conocer más cosas de aquel hombre—. ¿Dices que estabas en tierras Mackenzie? ¿En el condado de Ross?

—Llevaba un arco parecido al tuyo y estaba solo, de eso estoy completamente segura. Yo me escondí rápidamente entre la maleza y creo que no me vio.

—¿Estás segura de todo eso? —A Dairine le pareció que casi podía ver la mente de Evander funcionando a plena potencia—. Porque si es así, podría estar relacionado con la persona que me hirió a mí, y empiezo a sospechar quién puede ser. ¿Qué haría tan al interior del condado?

—¿Sabes quién es? —preguntó Dairine asombrada.

—Lo sospecho —repuso Evander—. Pero de momento, prefiero no decir nada. Si tengo razón, tú también podrías estar en peligro... —Dairine le miraba temblorosa, porque no entendía lo que insinuaba—. ¡No, Dairine, no te preocupes! ¡Seguro que no es nada importante! ¿Qué es eso que me querías preguntar? —inquirió Evander, ansioso por cambiar de tema.

Dairine le tomó las dos manos, se acercó a él todo lo que pudo y apoyó la cabeza en ese pecho tan fuerte que tanto le gustaba.

—Estás temblando —dijo Evander, y la cubrió con su manta—. Así está mejor.

Abrazada a él, bajo las mantas, Dairine se sentía cada vez más atraída a su cuerpo.

—Entonces, ¿no estás enfadado por lo de ese hombre? —le preguntó.

—Claro que no —repuso Evander con cariño, y le colocó los rebeldes rizos tras la oreja—. No hiciste nada reprochable.

—Ahora, ¿puedo hacer yo las preguntas? Recuerda que has jurado responder con sinceridad...

—Por supuesto. Siempre cumplo lo prometido —repuso Evander con orgullo.

La miró con cariño y la mantuvo muy cerca de él. El calor que emanaba de sus cuerpos se fundía bajo las mantas y Dairine volvió a sentir esa sensación que la impulsaba a...

—¿Qué es esto que siento ahora mismo? —La pregunta pilló a Evander totalmente desprevenido.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Dairine notó cómo se separaba de ella lentamente con un movimiento sutil, apenas perceptible.

—A algo que siento desde hace ya un tiempo. A veces, cuando estoy sola, en mis aposentos, por la noche... —Retiró la manta para sentarse frente a Evander y explicarse mejor—. A veces, cuando estoy contigo, como ahora —Dairine bajó la voz—. No lo puedo evitar, es como si me ardiera el vientre y el calor me bajara por las piernas.

—¡No hables así! —Evander también se había sentado en la cama—. No es propio de una dama como tú.

—¿Por qué no? ¡Eso es precisamente lo que quiero saber! —La respiración de Dairine se empezó a agitar y el finísimo camisón subía y bajaba al ritmo de sus palabras.

A Evander le pareció que eran los pezones erectos de Dairine los que sujetaban la delicada tela sobre su cuerpo y los tirantes eran un simple complemento. Dairine se dio cuenta de que apartaba la vista.

—Quiero que me lo expliques, Evander. Eres mi amigo y además me lo has prometido. Ya no soy una niña y no tengo a nadie más a quien preguntárselo.

—Pero es que esta conversación no deberías mantenerla conmigo...

—¿Tú has sentido algo parecido? —le interrumpió Dairine.

—¡Pues claro! Pero...

—¿Cuando estás con otras mujeres? —Dairine le miró con atención al hacerle la pregunta. Evander afirmó con la cabeza y la joven prosiguió—: ¿Y cuando estás conmigo?

De nuevo, descubrió los ojos de Evander fijos en su cuerpo. Intentó acercarse a él.

—Dairine, no...

—¿Por qué no me quieres cerca? —preguntó Dairine con voz herida.

—Porque no me fío de mí mismo, Dairine. Te lo explicaré, te lo prometo, pero no te acerques más a mí, te lo pido por lo que más quieras.

—De acuerdo, me quedaré aquí, en el otro extremo del lecho y no me acercaré a ti si tú no me lo pides.

La joven se sentó en la esquina opuesta a donde que estaba Evander. La brisa que entraba por la ventana le agitó el camisón y ahora Evander distinguía claramente su cuerpo, perfilado en el claroscuro formado por la débil luz de la luna.

—Eso que sientes se llama deseo —empezó a decir Evander en voz muy baja—. Es una sensación que en un futuro verás satisfecha gracias a tu esposo. Estoy seguro de que él conseguirá que se te pase y, cuando satisfagáis juntos ese deseo, engendraréis a vuestros hijos.

Dairine no podía apartar los ojos de Evander. Le pareció guapísimo, con la camisa casi

totalmente desanudada que dejaba entrever esos pectorales esculpidos con cincel que la atraían irrefrenablemente. Deseó abalanzarse sobre él, pero se contuvo porque había dicho que no lo tocaría y quería cumplir su palabra. Se sintió arder por dentro y no sabía cómo apagar ese fuego.

—Pero este calor que siento ahora mismo en mi vientre, ¿cómo lo calmo? ¡No puedo esperar a engendrar hijos con mi esposo! —Dairine vio que Evander sonreía ante su vehemencia—. ¿Tú no lo sientes, Evander?

—¡Claro que lo siento, Dairine! Pero también tendré que satisfacerlo con mi esposa cuando llegue el momento.

Durante unos minutos, ninguno de los dos pronunció una sola palabra.

—Te voy a explicar lo que hago yo para calmarme a la espera de encontrar esposo —dijo de repente Dairine y cruzó a gatas la distancia que los separaba para volver a su lado. Al hacerlo, el camisón se le resbaló hacia adelante al avanzar sobre las rodillas y notó los ojos de Evander fijos en sus senos, que bailaban con cada movimiento como fruta madura. Solo con su mirada, Dairine sintió que se le encendía todo el cuerpo—. Lo que yo hago cuando siento eso —continuó mientras se sentaba al lado de Evander, ajena al efecto que también ella tenía en él— es acariciarme el vientre —explicó mientras se metía bajo la manta y se tumbaba a su lado. Luego giró la cabeza sobre la almohada y se encontró con sus ojos clavados en ella—. Deslizo la mano por mi cuerpo, bajo por los pechos y sigo la línea del vientre —Sintió el cuerpo de Evander totalmente pegado al suyo—. Después, separo un poco las piernas y me palpo ahí, justo bajo el vello. Busco un lugar suave y redondeado que, cuando lo acaricio, aumenta la sensación de calor en mi vientre. A veces siento una humedad entre las piernas que me ayuda a acariciarme... — Dairine se detuvo a mirar a Evander, cuya respiración se había vuelto entrecortada—. Así lo hago yo. A veces, consigo una sensación de liberación que es realmente placentera. ¿A ti también te ocurre? —le preguntó, acariciándole el pecho. Sintió el sobresalto de Evander bajo su tacto y, de repente, algo rígido se apretó contra su muslo.

—Dairine, yo... —Evander parecía desesperado—. ¿De verdad quieres que te lo explique? —preguntó, mirándola a los ojos suplicante. La vio asentir con la cabeza y se rindió—. Yo... Yo también me acaricio. Cierro los ojos y me imagino tumbado junto a alguien tan hermoso como tú.

—Y te acaricias bajo el vello... —dijo Dairine con un hilo de voz.

—Sí, bajo el vello, donde está mi virilidad. Me acaricio el miembro, rodeándolo con la mano, arriba y abajo, mientras imagino tu cuerpo...

—¿Mi cuerpo? —Dairine le miró extasiada—. ¡Yo imagino el tuyo! —dijo emocionada—. Lo imagino sobre el mío y me parece sentir tu pecho y tus brazos alrededor de mí. —De repente, la joven se calló, avergonzada.

—Sigue hablando, te lo ruego —le pidió Evander.

El joven Macrae le tomó la mano y le lamió con delicadeza los dedos, paseando la lengua húmeda por cada uno de ellos. Luego le bajó la mano hasta el vientre. Durante su explicación, Dairine se había subido el camisón hasta la cintura.

—Cuando me acaricio, yo imagino que me besas entera —La voz de Dairine se agitaba cada vez más—. Y siento tus besos sobre mi piel —Dairine ya hablaba en un susurro entrecortado apenas perceptible, moviendo las piernas, inquieta, mientras seguía explorando su cuerpo con la mano y sentía la presencia de Evander pegado a ella—. Siento que tus besos imaginados me queman y encienden un fuego en mi interior que...

—No te detengas, te lo ruego. Yo me imagino encima de ti, envolviéndote con mi cuerpo

mientras me acaricio cada vez más rápido. Imagino la humedad de tu entrepierna, que acogería ansiosa mi virilidad y sigo... —Evander había alzado demasiado la voz.

—¡Mi señora! ¿Ocurre algo, mi señora? —gritó el guardia de la antecámara a la vez que golpeaba la puerta con los nudillos—. ¡Mi señora Dairine!

Evander se levantó, dispuesto a defender a Dairine de cualquier peligro.

—¡Chis! Tranquilo —Dairine le puso un dedo sobre los labios—. Yo me ocupo.

Envalentonada, Dairine se dirigió a la puerta de la antecámara.

—¿Quién pregunta?

—Soy el guardia que ha mandado apostar su señor padre, mi señora. He oído un ruido. ¿Va todo bien?

Dairine creyó reconocer la voz. Era un guardia muy joven, casi un chiquillo. Sonrió.

—Sí, Neil, estoy bien —Sabía que la única razón por la que el joven custodiaba la puerta de sus aposentos era porque no estaba ebrio como todos los demás—. He tenido una pesadilla espantosa, Neil —dijo con estudiada dulzura. Evander comprendió lo que estaba haciendo y la miró asombrado—. Todos estos acontecimientos y acusaciones me han alterado muchísimo. Lo entiendes, ¿verdad, Neil?

—Sí, mi señora, lo comprendo...

—No hay motivo para alarmar a nadie, Neil —continuó Dairine—. La pesadilla ya pasó y voy a seguir durmiendo. Quédate tranquilo, Neil. Te avisaré con premura si algo importante me sucediera.

—Sí, mi señora Dairine.

—Buenas noches, Neil.

—Buenas noches, mi señora Dairine.

Satisfecha, Dairine dio media vuelta para regresar al lecho, pero nada más girar, chocó con Evander, de pie ante ella. Tenía la camisa completamente abierta y Dairine vio como le subía y le bajaba el pecho con la respiración agitada. Se quedó hipnotizada, incapaz de apartarse de allí. Le miró a los ojos y vio en ellos una desesperación desconocida. Por unos instantes, sintió temor.

—Dairine... —le susurró al oído con voz ronca. Había dejado los brazos colgando a ambos lados de su cuerpo, como no si no se fiara de sí mismo—. Dairine, no puedo.

Casi sin pensar, Dairine dio un paso en dirección al lecho, pero sintió una mano que le aprisionaba la muñeca y la detenía. Sorprendida, levantó la vista y allí estaba él, con los labios entreabiertos de deseo por encima de su rostro, tan cerca que casi los se los podía tocar con la boca.

—Evander, yo...

Pero no tuvo oportunidad de decir nada más.

Evander se abalanzó sobre su boca como un ave de presa. Le sujetó el rostro con las dos manos como si temiera que Dairine se le fuera a escapar. Sintió su lengua incisiva explorando su boca y su cuerpo comenzó a reaccionar sin pedirle permiso. Evander le mordisqueaba la lengua, los labios, luego el cuello... La abrazó, la estrechó entre sus brazos y ella se dejó llevar, incapaz de detener aquel joven que parecía haberla embrujado.

De pronto, notó que la izaba entre sus poderosos brazos y, pocos segundos después, la depositaba suavemente sobre el lecho para seguir comiéndola a besos.



## Evander

No podía más. Cuando se giró y la vio allí de pie, ante él, con los labios entreabiertos y las mejillas sonrojadas por el miedo que había pasado, ya no pudo contenerse más. Había deseado tanto esa boca que no pudo resistir tenerla allí, tan cerca y tentadora.

*¡Al infierno con la promesa!*

Estaba demasiado excitado. Había tenido a la mujer que deseaba a su lado. Había sentido su calor mientras le explicaba ingenuamente cómo se daba placer moviendo el cuerpo y encendiendo su virilidad cada vez más endurecida. La había mirado mientras se acariciaba, había contemplado cómo sus delicados senos vibraban cuando se aceleraba su respiración bajo la tela de un camisón que, más que cubrir, le había descubierto el cuerpo perfecto que había quedado grabado en su memoria la mañana del incidente en el *loch*.

Le había colocado los rizados y ella se había acercado más a él. Había sentido su calor a través de la finísima tela. Había seguido el ritmo del movimiento de sus caderas al darse placer y su miembro se había endurecido aún más.

Por fin era dueño y señor de aquella boca que tanto había deseado. La saboreó como si fuera la fruta más exótica y delicada que hubiera probado jamás. La besó incansable, sujetándole la cabeza por temor a que se le escurriera entre las manos. Siguió besándola y mordisqueándole los labios, luego el cuello, esos minúsculos y delicados lóbulos de las orejitas, donde le colocaba los rizados...

Y entonces la tomó entre sus brazos y la llevó al lecho.

—Te deseo tanto, Dairine... —Bajo su cuerpo, Dairine le pareció pequeña, delicada—. Déjame besarte, conocerte, acariciarte entera.

Volvió a besarla con pasión. Sintió que ella correspondía al beso y la abrazó. Hundió su lengua en la boca amada y la movió con la intención de memorizar cada rincón. Sin soltarle la cabeza, Evander se dedicó de lleno a ese cuello tan blanco y delicado que había admirado en la distancia.

—Evander... —acertó a decir Dairine.

—Chis... No digas nada. Déjame conocerte. Permite que apague ese ardor que sientes.

Ya sin pedir permiso, desató la lazada del camisón y lo deslizó por los delicados hombros de la joven, con lo que dejó a la vista esos senos perfectos y prietos que habían sido los protagonistas de sus sueños durante los últimos días.

—Dairine, eres preciosa —añadió.

Evander comenzó a jugar con uno de los pezones mientras besaba el otro, acariciándolo dulcemente con la lengua. Sintió como se estremecía el cuerpo de Dairine en respuesta a sus caricias y le lamió el otro pezón, alternando su lengua con ligeros mordisqueos en la suave piel de sus senos.

Dairine le acarició el cabello y le apretó la cabeza contra sus pechos para impedir que se alejara de ella. Evander sintió que las piernas de Dairine se abrían sin resistencia, como si anticiparan la presencia de su cuerpo. Era una clara respuesta al placer que sentía. Le acarició la cintura mientras delineaba con la lengua los dos senos que lo habían vuelto loco. Siguió

delineando la silueta de ese cuerpo que ahora sentía por fin suyo y deslizó la mano hacia abajo. Con un movimiento descendente, fue arrastrando el camisón a su paso.

—Evander, no puedo... —Dairine se calló de repente, al sentir la mano de Evander que la acariciaba por encima del camisón, justo sobre su sexo.

—Déjame que satisfaga eso que sientes.

Y con un solo movimiento, le acabó de bajar el camisón.

La contempló extasiado, completamente desnuda bajo su cuerpo, entregada a él, confiada, con su piel nacarada brillante bajo la luz azulada de la luna.

*Es perfecta.*

—Evander, yo... —Pero él le posó un dedo sobre la boca y la silenció. Con el otro, bajó hasta su sexo y se empapó de su humedad. Su miembro ya había alcanzado toda su extensión y lo sentía aprisionado en sus calzones.

Todo el cuerpo de Dairine se estremeció al sentir su tacto. Abrió la boca para decir algo, pero Evander la ocupó con su lengua. Recorrió su interior con la misma minuciosidad con la que exploraba su sexo con la mano. La respiración de Dairine se tornaba cada vez más agitada. Evander despegó los labios de la boca que amaba y se acercó a su oído.

—Ahora no digas nada. Simplemente disfruta —susurró Evander, y le separó un poco más las piernas con delicadeza.

Sin dejar de acariciarle el sexo con la mano, fue bajando lentamente la cabeza, besando todo su cuerpo, memorizando el camino hacia su vientre con la lengua mientras con las manos exploraba la cara interna de sus muslos y se acercaba peligrosamente a su abertura. Regresó a los senos y los volvió a besar y lamer como si fueran el dulce más apetitoso, pero esta vez no se detuvo y su lengua volvió a bajar, recorriendo la línea completa del vientre, adentrándose más allá de su vello. Al llegar a su sexo, le alzó ligeramente las piernas y la saboreó con delicadeza.

Luego, la besó con fuerza a la vez que sus dedos se hacían dueños y señores de su abertura. Palpó cada uno de sus pliegues y acarició la suave torre redondeada que guardaba la entrada de su amada. Dairine arqueó la espalda y le facilitó el acceso. Evander sintió que todo su cuerpo reaccionaba al tacto y a la promesa ardiente del vientre de Dairine. Recorrió una vez más todos sus pliegues e introdujo la lengua en su abertura.

Al sentir el calor que emanaba de su interior, creyó volverse loco. Dairine se ofrecía ante él sin cortapisas. Ella también le deseaba. Contempló su vientre, con las piernas separadas para él. Sin dejar de mirarla, empezó a jugar con su sexo, primero con los dedos y después, con un deseo irrefrenable, recorrió con la lengua todos los rincones y pliegues de su abertura. Sentía hambre de ella, de su cuerpo. Deseaba devorarla, besarle el sexo, lamérselo, metérselo en la boca y explorarlo con la lengua sin olvidarse ningún rincón.

Le agarró los muslos con más fuerza para penetrar un poco más con la lengua. La oyó jadear y notó que arqueaba la espalda. Dairine se abrió para él como una fruta madura. Entonces Evander subió con las manos hacia esos pechos redondos que tanto adoraba mientras su lengua acariciaba rincones desconocidos en el interior de su sexo. Sintió su propio deseo reflejado en los jadeos de Dairine y ansió poseerla completamente.

Notó cómo su respiración se aceleraba mientras se acercaba al éxtasis. Le tapó la boca con una mano y siguió explorando y acariciando, cada vez con más fuerza y velocidad. En sus calzones, su virilidad palpitaba y temblaba, expectante.

Pero para Evander, el placer se estaba convirtiendo en dolor. No podía seguir reprimiendo su miembro de esa forma. Le estaba pidiendo, le rogaba con todos los nervios de su ser, que la

hiciera suya, que le permitiera conocerla, que dejara que liberase su semilla en su interior, el lugar al que pertenecía. Volvió la cabeza y vio a Dairine extasiada, con una mirada de placer y asombro que lo atravesaron como una daga.

—Sigue, Evander, por favor —le pedía—. Sigue, te lo ruego.

Pero de repente...

*¿Qué demonios estoy haciendo?*

Cuando estaba a punto de hacer la suya, de quitarse los calzones y sucumbir a los deseos que lo atormentaban de un modo tan doloroso, su mente regresó a la cruda realidad. Nunca pensó que pudiera desear así a alguien.

*Soy un caballero al servicio de Finlay Mackenzie.*

¿De verdad estaba pensando en desflorar a su hija? ¿Se había vuelto loco? La miró una vez más y se derritió en esos ojos rebosantes de amor, ese cuerpo tan delicado que Dairine le ofrecía generosamente, sin pedirle nada a cambio.

*¡Recuerda tu juramento!*

—No, Dairine. ¡Si supieras cuánto te deseo, cuánto te amo...! Pero por eso mismo, no puedo seguir. —Dairine iba a protestar, pero Evander la silenció poniéndole un dedo en los labios—. Descansa, querida Dairine. Mañana es un día muy importante.

Evander se sintió responsable de lo que acababa de suceder.

*Hiciste una promesa. Debes cumplirla, no hay excusas.*

—No puedo poseerte hasta que nuestras familias estén en paz.

—¿Por qué? —preguntó Dairine extrañada y enfadada—. Me tienes aquí: Evander. Soy yo quien se ofrece —Al ver que no contestaba, Dairine insistió—. Evander, estoy aquí, ¿recuerdas?

—Duérmete, Dairine.

Con el corazón encogido, Evander bajó al suelo y se hizo un ovillo con las mantas al pie de la cama de su amada. Escuchó con atención su respiración. Pasado un rato, por fin oyó cómo se relajaba. Se había dormido. Se sentía terriblemente culpable. En pocas horas llegaría el alba y tendría que conseguir lo imposible para estar con ese ser que adoraba.

\*\*\*

—Despierta, Dairine. —Evander intentaba que abriera los ojos—. Dairine, vamos. Vístete, ¡rápido!

La vio levantarse somnolienta y sentarse en el borde del lecho. ¡Era tan bonita! De repente, regresaron a su cabeza las emociones y sentimientos de la noche anterior.

—Dairine, escúchame un momento, por favor... —añadió.

La rabia y el fuego que vio en sus ojos de color miel eran nuevos para Evander. Despeinada, con ese camisón que apenas la cubría, Dairine le miraba decepcionada, sin decir una sola palabra de reproche, pero diciéndolo todo.

Una vez más, su miembro decidió cobrar vida en la entrepierna, tal vez tan enfadado como Dairine por lo sucedido la noche anterior.

—Escucha, Dairine. No podía hacerte eso —le dijo, acercándose a ella y pasándole la mano por el hombro.

Incluso aquel leve contacto era demasiado para él.

—¡Ahora no me toques! —Dairine se revolvió con fiereza—. Anoche me rechazaste y ahora me siento estúpida, humillada, furiosa... —Se calló durante unos instantes—. Me siento

avergonzada.

—Escúchame Dairine, te lo ruego —Evander se sentó a su lado y le levantó la barbilla para que le mirase a la cara—. No podía ser de otra forma, Dairine. Yo te adoro, ardo de deseo por dentro, me consumo por tenerte, pero sabes que no puedo. Antes debo conseguir que nuestras familias se reconcilien. Y aun así, no creo que tu padre me lo permitiera. Me odia. No podría deshonrarte. Lo deseo con cada fibra de mi ser, pero no puedo hacerte eso.

—¡Pero yo quería, lo deseaba! ¡Lo íbamos a hacer los dos juntos!

Evander la miró amorosamente y la abrazó.

—No es lo mismo que para mí, Dairine. No puedo hacerte eso —le susurró al oído. Sintió el temblor de su delicado cuerpo contra su pecho, oyó sus leves sollozos y notó la humedad de sus lágrimas en su camisa. Acarició esa adorable cabecita de rizos negros y se los besó con dulzura—. No puedo, Dairine. Te quiero demasiado.

Ella levantó los ojos y vio en su mirada azul que le estaba confesando un gran secreto, que de verdad la amaba y haría cualquier cosa por ella, incluso refrenar sus deseos más apasionados, solo para cuidarla. Le abrazó con más fuerza y dejó que las lágrimas fluyeran libremente.

—Se hace tarde, Dairine. Debemos prepararnos y seguir con el plan —dijo, mientras se separaba de sus brazos.

Dairine le dio un beso en la mejilla, como si fuera una despedida, pero Evander no pudo evitar rozar esos labios carnosos y rojos como bayas de septiembre que tanto deseaba unir a los suyos.

*Tal vez esta sea la última vez...*

Dairine se acercó a la palangana y vertió agua fresca en ella. Evander volvió a deleitarse con su maravilloso cuerpo, iluminado por los primeros rayos de la mañana. Admiró su piel nacarada mientras se lavaba y se empezaba a vestir lentamente, capa por capa, con un sobrio vestido oscuro sobre el que destacaba la puntilla de la camisola que asomaba por el escote.

—Ayúdame —le dijo, y le indicó que le apretase la lazada de la espalda.

Evander fue apretando los lazos sin poder apartar la vista de aquellos maravillosos senos que veía por encima del hombro, que asomaban por el escote y se unían en un busto perfecto. Sosteniéndola por la espalda, aspiró el aroma a jabón y brezo de su cuello y, cuando terminó de atarle el vestido, giró a Dairine por la cintura. Ya cara a cara, le besó los senos delicadamente por encima del vestido. El deseo de tenerla era insaciable. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no volver a desnudarla y tomarla allí mismo, en ese instante.

—Vamos —le dijo a Dairine—. Es el momento.

La joven se colocó un pañuelo de gasa sobre el escote y, entre los dos, movieron el arcón con el que habían atrancado la puerta. Justo en ese momento, oyeron unos nudillos que pedían permiso para entrar.

—¡Bajo la cama, rápido! —le susurró, y Evander obedeció a toda velocidad—. ¿Quién anda ahí? —preguntó Dairine a continuación, dirigiéndose al guardia en voz exageradamente alta.

—Me han encargado traerle algo de comer, mi señora. Si me abriera la puerta...

—No me fío. ¿Quién eres? ¡No pienso comer hasta hablar con alguien conocido! ¡Deseo ver a mi padre! —gritó.

Tal y como había imaginado, el azorado guardia no sabía qué hacer.

—Pero es que su señor padre aún está... Aún está sumergido en el ambiente de la fiesta —trató de explicar el guardia sin insultar a su señor.

—¡Pues que venga Harris entonces! Él nunca bebe. ¡Seguro que está ya despierto! Tráeme a

Harris, te digo, o no probaré bocado y tendrás que explicárselo todo a mi padre —le amenazó.

El pobre guardia, que acababa de levantarse e incorporarse a la vigilancia de su joven señora, no sabía lo que había ocurrido la noche anterior. Salió disparado como alma que lleva el diablo en busca de Harris. Pensó, no sin razón, que así le pasaría el problema a alguien más importante y él se podría quitar del medio sin haber hecho nada irremediablemente mal.

Cuando le oyó alejarse, Dairine se volvió hacia Evander con una sonrisa de satisfacción.

—¡Ha funcionado! —exclamó.

—Ahora esperemos que Harris sea el tipo de hombre que crees que es, Dairine —La voz de Evander reflejaba el mar de dudas en el que estaba sumido. ¡Había tantas cosas que podían salir mal!

—¡Chis! ¡Oigo pasos! ¡Rápido, Evander, escóndete! —le avisó Dairine.

Sin perder un segundo, Evander regresó bajo la cama y, justo en ese momento, se volvieron a oír unos nudillos en la puerta.

—Dairine, niña, soy yo, Harris.

—¿Eres tú de verdad? ¿Has venido solo? —preguntó Dairine, ansiosa—. ¿Me prometes que no has traído a mi padre? —volvió a preguntar, sin esperar una respuesta clara del hombre que estaba al otro lado de la puerta.

—Soy tu amigo, niña —repuso Harris—. Estoy aquí para ayudarte.

Evander oyó cómo Dairine se acercaba a la puerta y retiraba la esquina del baúl que aún impedía que se abriera desde fuera.

—¡Dairine, niña querida! —Harris entró con una bandeja de comida. Había un poco de pollo del día anterior, queso y unas rebanadas de pan—. Come, come. Has de reponer fuerzas y confiar en mí, el viejo Harris. Solo deseo lo mejor para ti...

Desde debajo de la cama, Evander vio como el viejo amigo de Finlay le pasaba la mano por los hombros a su amada. La punzada de celos que sintió en el estómago casi le hizo salir y echar aquel hombre a puñetazos de la alcoba de Dairine.

*Solo es un viejo. Ella te quiere a ti, necio.*

Harris y Dairine se sentaron uno al lado del otro, y Evander oyó cómo Dairine le explicaba la situación.

—... Y le llevamos a la cabaña de los pastores para cuidarle la herida de flecha, y ahora ya está mejor...

—¡Te quedaste a solas con él! —exclamó Harris—. Si te ha deshonrado, yo mismo me ocuparé de él y después me casaré de contigo, Dairine. Yo restauraré tu honor, pequeña. Me estarás eternamente agradecida —dijo, sonriente.

—¡No es eso, Harris! Necesito que me ayudes a convencer a mi padre. ¿Cómo voy a querer casarme contigo? —le miró extrañada, sin entender su proposición.

—Entonces, ¿para qué me has hecho llamar? ¿No deseas que restaure tu honra dándote mi nombre?

—Evander te lo explicará mejor —se excusó la pobre Dairine, que no entendía qué se le había pasado por la cabeza al viejo Harris—. Evander, sal.

—¿Cómo te atreves? ¡Lo tienes en tu alcoba! Esto es una burla y un ultraje en el que no participaré. Morven tenía razón. ¡Te has perdido sin remedio! Y yo que pensaba cargar contigo por el bien de Eilean Donan y la familia Mackenzie...

En esos momentos, Evander ya no aguantó más y salió de su escondrijo.

—¡Guardias, a mí! —gritó Harris al verlo. Acudieron prestos los cuatro guardias que había

de servicio en el corredor—. No permitáis que entre ni salga nadie de estos aposentos hasta que yo regrese. ¡Es una orden! —Rojo de ira y vergüenza, Harris dirigió una última mirada a Evander y se despidió de Dairine—. ¡Y yo que creía que merecías ser mi señora para gobernar juntos Eilean Donan! ¡Ah, cómo me has engañado, pequeña descarada! —Harris cerró de golpe la puerta de los aposentos de la jovencita—. ¡Tú, ve a buscar inmediatamente al señor! —le oyeron gritar por el corredor—. ¡Me importa un bledo si sigue borracho! ¡Quiero que conozca de primera mano a la furcia de su hijita, esa que cree de tanto valor que me rechaza a mí como su pretendiente! Despiértalo y llévalo a los aposentos de esa desvergonzada.

El despechado Harris bajó las escaleras insultando a Dairine a voz en grito y sin ningún reparo.

—¿No se lo dije yo, mi señor?

—¿Eres tú, Morven? ¡Qué razón tenías! Esa descarriada ha caído al arroyo y no seré yo quien cargue con su pecado. ¡¡Finlay!! ¡A ver qué haces ahora con ella!

—¿Qué es todo ese alboroto, por los mil demonios? —gritó Finlay, recién despertado y con una resaca de las que hacen historia—. ¿Quién osa formar toda esta algarabía?

Finlay apareció en la salita de la planta alta de la torre, donde Harris y su prima Morven lo esperaban con malvada satisfacción.

—¡Ya verás! ¡Ya verás, amigo mío! Bonita sorpresa te espera... —exclamó Harris con una malvada sonrisa.

—Vas a ver con quién ha pasado la noche tu hija... —añadió la prima Morven sin perder ripio—. Ahora entenderás que lo mejor es el convento, si es que no es demasiado tarde.

—No puedes consentir algo así —Harris y Morven no dejaron de hablar mientras acompañaban al cada vez más enfadado Finlay a los aposentos de su hija.

—¡¡Aparta, inútil!! —le gritó al guardia, y le empujó a un lado—. ¡Quítate de en medio! Dairine, ¡abre la maldita puerta! —vociferó mientras aporreaba la puerta con todas sus fuerzas.

Cuando esta cedió sin oponer resistencia porque ya habían retirado el baúl, el resacoso Finlay casi aterrizó de bruces sobre el piso de madera de la antecámara de su hija.

—¡Cuidado! —Los rápidos reflejos de Evander le sujetaron a tiempo.

—Grac... ¡Tú! —La cara de asombro de Finlay se fue tornando en un enfado monumental. A su espalda, Harris y Morven sonreían—. ¡Tú, un apestoso Macrae, has deshonrado a mi hija! ¡¡Guardias, apresadlo!!

Rápidamente, aparecieron dos guardias que agarraron a Evander por los brazos. El joven Macrae no opuso ninguna resistencia.

—Mi señor, por favor, escúcheme...

—¡Haced que se calle inmediatamente! —Finlay estaba rojo de ira y, sin esperar a que los guardias cumplieran sus órdenes, le soltó un derechazo que aterrizó limpiamente en la mandíbula del pobre muchacho—. ¡Lleváoslo de aquí! —atronó. Para entonces, ya estaba despierto todo el castillo—. Y tú... tú... ¡Ya veré qué hago contigo! De momento, estarás recluida en tus aposentos indefinidamente.

Finlay miró a la pobre Dairine con ojos llameantes. Mientras se lo llevaban, a Evander le pareció aterrorizada. Se preguntó si su amada se sentiría como le había confesado en otro momento: como una niñita que había perdido a su madre y a la que nadie quería, sola en el odioso castillo Rojo, arrancada de su querido Eilean Donan y olvidada por todos.



## Evander

Despertó empapado en las celdas donde encerraban a los que se excedían con la bebida y se tornaban violentos. Gracias a Dios, nadie pensó en usar los verdaderos calabozos. Se rumoreaba que más de un prisionero había muerto en ellos, olvidado y comido por las ratas.

Le dolía todo el cuerpo. Lo último que recordaba era el rechazo de Finlay y los soldados arrastrándole por el patio hasta la celda.

Tiritó. Alguien le había arrojado un cubo de agua helada del pozo. Levantó la vista y vio en el rostro de Harris una mirada de odio que le era desconocida.

—Todos estos años de trabajo, tirados por la borda por culpa de un niño imberbe como tú.

Dicho esto, le soltó una bofetada que Evander no pudo esquivar. Estaba encadenado a la pared. Sin querer, su mente regresó a la cabaña donde su adorada Dairine lo había tenido prisionero. Allí había aprendido a conocerla y amarla. Había sido su prisionero, sí, pero había disfrutado cada momento, cada visión de Dairine, sus suaves manos al curarle la herida, el cariño con el que había ayudado a Sine a vendarle...

De repente, sintió un golpe en las costillas. Harris se había traído un guardia para que le hiciera el trabajo sucio.

—¿Qué pretendías, ¿eh? ¿Es una venganza por lo de tu padre?

—Yo la amo... —balbuceó Evander.

—Pues no es para ti, estúpido. Y ahora no será para nadie. ¡Finlay la meterá en un convento! Morven dice que es lo mejor para todos, y quizás tenga razón.

—Mi señor Finlay ha pedido ver al prisionero —interrumpió otro soldado que acababa de llegar—. Pero antes habrá que quitarle ese olor nauseabundo del cuerpo. ¿Cuándo fue la última vez que se limpió la celda? —inquirió a los mozos que andaban por allí—. Mi señor desea que la dejéis impoluta para cuando regresemos con él —les ordenó—. Ahora, abrid la reja y dadme al prisionero.

—Te ayudaré —se ofreció Harris—. Creo que tienes razón y, antes de presentarlo ante el señor de Eilean Donan, deberíamos lavarlo a conciencia. —Una sonrisilla malvada chispeó en sus ojos—. Atémoslo al poste del extremo sur del patio. Allí podremos empaparlo a voluntad y dejarlo secar como si fuera un lomo de bacalao recién pescado.

Harris sonrió con ese pensamiento. Nada le habría gustado más en aquel momento que destripar al descarado Macrae que tenía ante él y abrirlo en canal.

—Pero mi señor ha ordenado que lo lleváramos a su presencia en el gran salón... —El guardia estaba confuso, sin saber qué le acarrearía más problemas, si desobedecer a Finlay o a Harris—. De acuerdo —decidió por fin—. Mientras lo asean, iré a buscar a mi señor Mackenzie.

Después de empaparlo de agua y dejarlo atado y amoratado de frío, Harris decidió que ya era suficiente. Sentía sobre sí las miradas de los criados de Eilean Donan, e incluso aquellas jovencitas que una vez le habían dedicado palabras de simpatía, ahora parecían mostrarse hostiles y haberse puesto del lado del joven Macrae.

Mientras tanto, Evander agonizaba.

—¡Dairine! —gritaba, pero su amada estaba recluida en la alcoba, que únicamente tenía una

ventana al este, hacia el mar abierto—. ¡Dairine...! —seguía llamándola Evander.

Primero fue James quien le llevó una manta y se la echó por los hombros. Evander le miró con ojos agradecidos.

—Aguanta un poco. Todos en Eilean Donan estamos contigo. Convenceremos al señor Mackenzie para que te perdone.

—No lo creo —suspiró derrotado Evander—. Pero gracias, James. Has sido un verdadero amigo...

Después se acercó Orlagh, la oronda cocinera de genio endiablado, con un poco de pan y una jarra con agua.

—Ya sabía yo que ese Harris no era trigo limpio —refunfuñó—. Toma, has de conservar las fuerzas. Y no te preocupes por Dairine. Yo me encargaré de que coma.

Las criaditas paseaban cerca para verle mejor. Cuchicheaban y le lanzaban miradas de ánimo, pero sin atreverse a acercarse. Su historia de amor les parecía preciosa.

—¡Qué suerte tiene la señorita Dairine! —decía una—. ¡Es guapísimo! ¿Has visto sus brazos, qué fuertes son?

—Ya, pero la ha deshonrado... —apuntó la otra.

—¡Eso no lo sabes! —replicó la primera, dispuesta a limpiar el buen nombre de su héroe.

Después de tenerlo todo un día atado al poste, Finlay Mackenzie creyó oportuno acercarse a hablar con el muchacho.

—Ya se habrá ablandado lo suficiente —le había asegurado Harris.

—Solo quiero saber si Duncan está detrás de todo esto —gruñó Finlay—. Porque si lo está, juro que le clavaré otra flecha a ese desvergonzado. Y yo sí sé dónde está el corazón.

Cruzó el patio junto con dos de sus guardias y se dirigió al poste en el que Evander llevaba atado más de veinticuatro horas.

—¿Ahora me contarás la verdad? Te ha enviado tu padre, ¿a que sí?

—Mi señor, juro por mi honor de Macrae que mi padre no tiene nada que ver. Él está postrado en el lecho...

—Entonces, ¿se puede saber qué haces en mi castillo? ¡Y en los aposentos de mi hija, nada menos!

—Le ruego que me escuche, mi señor. Creo que quien me disparó esta flecha en el *loch Duich* solo pretendía asustarme. Probablemente ni siquiera fuera dirigida a mí. Pero Dairine...

—¿Cómo que Dairine? No te tomes esas confianzas con mi hija, ¡te lo prohíbo!

—Mi señora Dairine —se corrigió Evander— vio a un desconocido en las tierras del este del condado de Ross y estoy casi seguro de que se trataba de un Macdonald.

—¿Qué dices, insensato? ¡Sabes perfectamente que los derrotamos hace más de diez años!

—Mi señor, no olvido que mi padre mató a Gorm Macdonald —le corrigió cuidadosamente Evander—. Y yo sigo a su servicio, mi señor, fiel a mi juramento de defender a los Mackenzie. Soy su arquero y daré la vida por defenderle. Pero estoy casi seguro de que algo está ocurriendo.

Los guardias que acompañaban a Finlay se miraron nerviosos.

—Bueno, basta de tonterías. Devolvedlo a la celda y que le den algo de comer. Ya pensaré más adelante qué hacer con él.

Finlay dio media vuelta y caminó de regreso a la torre.

Justo cuando uno de los soldados estaba liberando a Evander de sus ataduras, el silbido de una flecha rasgó el aire y se clavó en el corazón del guardia. Evander se quedó estupefacto. Sin apenas tiempo para reaccionar, se volvió hacia Finlay.

—¡Mi señor Mackenzie! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Rápido, a cubierto!

Intentó avisarle, pero justo entonces, aparecieron dos fornidos desconocidos con un *kilt* que todos reconocieron como el del clan Macdonald y se abalanzaron sobre el señor del castillo.

Otra flecha silbó sobre la cabeza de Evander y acertó en el hombro del segundo guardia. Reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban y viendo que allí, en el patio, corría un gran peligro, el joven Macrae arrastró como pudo al guardia herido y se refugió en las caballerizas.

—¡¡James!! ¡Ayúdame, rápido! —gritó al entrar.

Dos mozos acudieron en su ayuda a toda velocidad. Al cabo de unos minutos, pareció claro que Eilean Donan estaba siendo asediado por los salvajes Macdonald.

—No sé cómo, pero tienes que irte, Evander. ¡Y rápido! Si descubren quién eres, te matarán sin dudar. ¡Eres el hijo de Duncan Macrae, no lo olvides!

Evander se quedó pensativo y se acordó de Sìne y su camino secreto.

*¿Por qué no intentarlo?*

—James, voy a necesitar tu ayuda —le pidió, mirándole a los ojos—. Confías en mí, ¿verdad?

James sonrió.

—Después de todo lo que he arriesgado por ti y por esa muchachita inconsciente, ¿cómo puedes hacerme esa pregunta?

Evander asintió con tristeza.

—Lo sé, James, y te lo agradezco mucho. Ahora necesito que te pongas al mando de la situación —James le miró asombrado—. Yo voy a ir a buscar ayuda de mi clan. Juramos defender a los Mackenzie y cumpliremos nuestra promesa. ¡Somos sus camisa de malla!

—Pero ¿cómo les avisarás? Lo primero que han hecho los Macdonald ha sido bajar el rastrillo. No como el confiado de Finlay, que en los días de fiesta no vigila quién entra y quién sale de Eilean Donan. ¡Ayer se debieron colar entre veinte y treinta miembros del clan Macdonald! Con el lío de las carretas y los invitados, el rastrillo se pasó horas subido y sin vigilancia.

—Mira, James, conozco otro camino para llegar a Dornie y dar la voz de alarma, pero necesito a alguien de confianza aquí dentro. Tienen a Finlay Mackenzie prisionero. Dairine está en sus aposentos y no sé qué pretenden hacer exactamente, pero me temo lo peor. ¿Me ayudarás?

—Por supuesto. Te lo juro, Evander.

Más animado, Evander se dirigió al fondo de las caballerías.

—Por aquí —le indicó a James—. Ven, ayúdame.

Entre los dos abrieron el pesado baúl de la cuadra del fondo, esa que nunca se usaba porque era muy incómoda. Ante los asombrados ojos de James, apareció una rudimentaria escala para bajar a un túnel subterráneo bajo las cuadras.

—¿Estás seguro de esto? —le preguntó a Evander.

—Sí. Ya lo he recorrido una vez, aunque fue para entrar en el castillo, no para salir —Evander sonrió—. En cuanto salte, vuelve a colocar la tapa y pon una paca de heno encima. Nadie tiene por qué sospechar, porque nadie excepto Sìne conoce este camino —Miró a James con agradecimiento—. Cuida del guardia herido, te lo ruego. Intentaré traer a Sìne para que le cure. ¡Y no permitas que le suceda nada a Dairine!

De un salto, Evander entró en los pasadizos secretos y se dispuso a recorrerlos en dirección opuesta a la que le había indicado Sìne. Era de día y no tuvo problemas para encontrar los símbolos de la luna en cuarto creciente y la flecha quebrada. Pero al llegar abajo, junto a la

Puerta del Mar, comprendió el fallo de su plan de huida: ¡no tenía bote! Miró la franja de agua que separaba Eilean Donan de Dornie y pensó que podía conseguirlo. ¡Debía hacerlo! La vida de su amada estaba en juego. Sabía que Finlay pensaría que había escapado en lugar de defenderle, pero era la única forma de avisar a su clan y recuperar Eilean Donan para los Mackenzie.

En esos momentos, Finlay estaba experimentando la hospitalidad de Ranald y Rory Macdonald en su propio salón de ceremonias. Los Macdonald habían reunido a quienes pensaron que eran los habitantes más importantes del castillo y habían atado al señor de Eilean Donan a un sillón polvoriento que encontraron en un almacén. Habían subido el sillón encima de la mesa de banquetes y se dedicaban a lanzarle mendrugos de pan a la vista de todos los habitantes del castillo.

—¡Tú tienes la culpa de todo, cobarde Mackenzie! —le escupió Rory—. Por tu culpa, nuestro padre murió y tuvimos que exiliarnos. Lo perdimos todo y ahora hay un Macdonald diferente al frente de nuestro clan.

Afuera, Finlay oyó golpes, como si estuvieran construyendo algo en el patio de armas.

—¿Qué es todo ese ruido? —preguntó Finlay con soberbia.

El jefe del clan Mackenzie no estaba dispuesto a dejar traslucir el miedo que sentía. Además, quería concentrar toda la atención en su persona, porque los invasores no se habían percatado de la presencia de su hija y temía lo que pudieran hacerle.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó Rory Macdonald sonriente—. Pues te lo diré: ¡estamos construyendo un cadalso para ti y para tu amigo Duncan Macrae! Hemos venido a vengar la muerte de nuestro padre y, de paso, acabar lo que él empezó. ¡No dejaremos en pie ni los cimientos de este maldito lugar!

—¡Pero Duncan no está aquí y fue él quien mató a vuestro padre! —protestó Finlay, que empezaba a sentir que el miedo le paralizaba.

—Yo conseguiré que venga —se oyó decir a una voz al fondo de la sala. Era Labhra, la doncella de su prima, ofreciéndose voluntaria—. Además, también sé dónde está...

—¡Tú, criada! ¡Mi prima Morven! ¿Sabes dónde está mi amada prima? —cortó Finlay rápidamente.

En el fondo, temía que la criada los vendiera a todos para salvar su propio pellejo. Se había dado cuenta de que hacía tiempo que no veía a su prima, y tampoco a Harris. No sabía si los tenían prisioneros en otras dependencias del castillo, si estaban muertos o si habían logrado escapar.

—Mis señores Macdonald —Labhra intentó recuperar la compostura y decidió que lo mejor era seguir adelante con su plan—, yo puedo traerles a Duncan Macrae. Estoy segura de que a mí no me negará nada, ya que soy un antiguo amor y pertenezco a su clan —mintió Labhra descaradamente.

Los dos Macdonald se miraron extrañados y se echaron a reír.

—¿Tú, amante de Duncan? —Ranald la miró de arriba abajo sin esforzarse en ocultar su desprecio—. ¿Del mismo Duncan que ha plantado su semilla por toda la costa y que siempre elegía las muchachas más frescas?

Los dos Macdonald estallaron en sonoras carcajadas, a las que se sumaron todos los soldados invasores. A pesar de la vergüenza, Labhra se mantuvo en sus trece.

—Yo lo traeré —afirmó con decisión.

—Mira, hermano —dijo Rory—, no perdemos nada porque una vieja huesuda quiera ir a buscarlo. Además, será un estorbo menos aquí.

—De acuerdo —cedió su hermano, mirando a Labhra—. Pero tienes un plazo de tres días para traerlo aquí, vieja. Si no lo traes, ajusticiaremos al que ya tenemos —amenazó, señalando a Finlay—. Luego, saldremos en su búsqueda. Lo quemaremos todo a nuestro paso, desde Dornie a Kintail, hasta que nos entreguen a Duncan o hasta que aparezca él por su propia voluntad. Queremos venganza y la conseguiremos. El número de muertes dependerá de ti.

—¡Subid el rastrillo! —ordenó Rory McDonald—. Recuerda, vieja: tienes tres días.

\*\*\*

El castillo estaba en silencio. Eran las primeras horas de la mañana y sobre Eilean Donan había caído un manto de desesperación. Habían transcurrido ya los tres días del plazo dado a Duncan y no había señal alguna de él o de Labhra.

Ranald Macdonald se estaba impacientando. Deseaba consumir su venganza y acabar con Duncan y Finlay de una vez por todas. Tal vez matara primero a Finlay, ahora que había descubierto que su hija se escondía en el castillo. Podía tomar a la muchacha y casarse con ella. Así no tendría que destruir Eilean Donan y nadie disputaría a los Macdonald su derecho a erigirse en señores del castillo. Claro que tal vez Rory no estuviera de acuerdo. La muchacha era testaruda y seguía encerrada en sus aposentos, pero ahora que sabía dónde estaba, era cuestión de tiempo que sus hombres echaran la puerta abajo. El explorador que había mandado de avanzadilla le había dicho que la hija de Finlay era preciosa, que la había visto esconderse como una cervatilla en la garganta de Moniack, pero que no la había tocado. A Ranald le pareció que, de momento, la muchacha estaba mejor en sus aposentos que vagando por el castillo. No se fiaba de sus hombres, y mucho menos de su propio hermano.

—¡Eh, tú! —le gritó a la criadita que limpiaba los restos de la cena del día anterior—. Tráeme algo de comer. ¡Y cerveza, mucha cerveza! —Como cada día, hizo sacar la vieja silla del salón y colocarla frente al cadalso que había mandado construir—. ¡Traedme al viejo Finlay! —ordenó a uno de sus hombres—. Vaya, vaya. ¡Qué sorpresa! ¡Mira a quién tenemos aquí!

Un soldado empujaba a una demacrada Dairine que temblaba de terror al ver el cadalso que habían construido.

—Mi señor, la pillamos bajando las escaleras en busca de algo de comer...

—¡Pues qué oportuna, justo tiempo para el espectáculo!

En ese momento, dos guardias traían a rastras a su padre. Temblando de terror, Dairine intentó echarse a sus pies.

—¡Padre! ¡Perdóname todo, padre!

Ranald no estaba para muchas bromas. Se le había estropeado el plan de apoderarse de la hija sin que se enterara Rory y decidió que la venganza por la muerte de su padre ya se había demorado demasiado. Ordenó que subieran a Finlay al cadalso inmediatamente y le pusieran la soga al cuello.

A Dairine le pareció que su padre estaba resignado y que aceptaba que ese podía ser el día de su muerte. Los sollozos de la joven resonaron por todos los rincones del castillo.

De repente, cuando la tensión estaba a punto de culminar con el ajusticiamiento del señor de Eilean Donan, se oyó una voccita cantarina en el extremo opuesto del patio:

—Las vidas de tres zarzos, la vida de un perro... Las vidas de tres perros, la vida de un caballo...

Una niña de unos cinco o seis años iba saltando y jugando por las baldosas del viejo patio,

arrojando una piedrecita delante de sus pies y tratando de mantener el equilibrio en cada nuevo salto.

Todos los presentes enmudecieron y contemplaron cómo avanzaba la niñita en su juego, ajena a lo que sucedía a su alrededor:

—Las vidas de tres caballos, la vida de un hombre... Las vidas de tres hombres, la vida de un águila.

La niña siguió cantando, a la vez que arrojaba la piedra y sorteaba las líneas blancas de las baldosas del castillo. La aguda vocecilla parecía haber hipnotizado a todos aquellos hombretones.

—Las vidas de tres águilas, la vida de un tejo... La vida de un tejo, la longitud de una era...

En ese momento, la niña se detuvo y se giró hacia los dos Macdonald, que la contemplaban hechizados:

—¡Y siete eras desde la Creación hasta el Día del Juicio!

No había acabado de pronunciar la palabra «juicio» cuando una lluvia de flechas rompió el encantamiento y voló sobre el patio, sin que nadie supiera de dónde provenían. De pronto, unas manos tiraron de Dairine y la arrastraron al interior de una dependencia desconocida para ella.

—¡A mí, hijos de las Islas! —clamó Ranald Macdonald.

Pero las flechas silbaban certeras por el patio y abatían a los invasores uno a uno. Parecía que había centenares de arqueros rodeándolos y disparando desde las almenas.

—¡Rápido! —gritó Rory—. ¡Al salón de banquetes! —ordenó a todos mientras agarraba al pobre Finlay, que seguía cegado por la capucha y con la soga al cuello, sin saber qué era todo aquel barullo y temiendo que la muerte le llegara en cualquier momento.

Los dos hermanos se atrincheraron en el salón junto con quince de sus hombres y Finlay como rehén para negociar. No sabían por dónde habían entrado los arqueros al castillo ni cuántos eran. Habían vigilado bien el rastrillo y la puerta poterna. No había botes en la Puerta del Mar y tenían arqueros apostados en el maticán que sobresalía sobre ella. No se podían explicar qué había pasado.

—¡Ranald McDonald! —gritó una voz—. Soy Evander Macrae, el hijo de Duncan. Libera a Finlay y te dejaré ir. Si le tocas un solo pelo de la cabeza, os mataré a todos. Y no hay nadie más hábil que yo con el arco.

—¿Dónde te escondes, cobarde? ¡Sal si te atreves y pelea cuerpo a cuerpo!

—No soy un insensato —replicó Evander—. Os tenemos rodeados. Prometemos dejarlos ir si soltáis a Finlay.

—¿Por qué? Si a ti lo mismo te da este inútil. ¡Eres un Macrae!

—Soy Evander Macrae, hijo de Duncan Macrae, arquero y camisa de malla de mi señor Finlay Mackenzie, a quien defenderé con la vida si es preciso. Hay cinco soldados Macdonald muertos en el patio. Podemos conseguir que sean los últimos. Liberad a Finlay y todo esto acabará.

—¡Te vas a enterar, mocosito insolente! ¡Yo ya mataba Mackenzies por las costas cuando tú aún mojabas la cama! —Para acompañar su bravuconería, Rory agarró a Finlay y le colocó un cuchillo en la garganta. Luego salió con él al patio, exigiendo ver a Evander—. ¡Ven si te atreves, mocosito cobarde!

Una flecha rasgó el aire denso de la mañana y se fue a clavar justo en el centro del pecho de Rory Macdonald. Con solo un leve rasguño en el cuello, Finlay se desmayó y perdió el conocimiento a causa de la tensión y los padecimientos de esos días.

—¡Acepto tu propuesta! —se apresuró a gritar Ranald Macdonald tras presenciar cómo su hermano había partido a reunirse con su Creador.

Aquello le quitó todas las ganas de vengar la muerte de su padre, así que salió con la espada sobre la cabeza, acompañado de los doce hombres que aún quedaban con vida, y rápidamente la arrojó a los pies de los soldados Macrae.

Dos filas de soldados Macrae se aseguraron de que todos los Macdonald abandonaban Eilean Donan desarmados. Evander los esperaba al pie del rastrillo. Ranald seguía sin entender cómo habían conseguido entrar todos esos soldados.

—¿Por dónde habéis entrado? —preguntó incrédulo.

—Eilean Donan es mucho más que un castillo. Es un promontorio. Forma parte de nuestra tierra, de nuestro espíritu. Por eso nunca será vuestro, porque no lo conocéis.

Evander se volvió y le guiñó un ojo a Sìne, que se acercaba con una niña de la mano. La niña seguía cantando y brincando al ritmo de los versos que había recitado para todo el castillo, la señal para dar comienzo al ataque a los Macdonald y la defensa de su casa, Eilean Donan.

—Mira, Evander, esta es mi sobrina Ayla. Se quedará contigo en Eilean Donan y, cuando llegue el momento, partirá al interior para convertirse en curandera con mi abuela. Aquí te encomiendo su cuidado. Ahora he de partir a buscar algo muy especial. La próxima vez que te vea, será en tus esponsales.



## Evander

—Siempre cumplo mis promesas —dijo Finlay—. Te escucharé y más tarde decidiré qué hacer contigo.

Parecía que para el viejo y malhumorado Mackenzie no bastaba con que le hubiera salvado la vida o que hubieran recuperado Eilean Donan para él.

—Le juro que no intentaré nada, mi señor Mackenzie. Soy y seré siempre un arquero Macrae al servicio del clan Mackenzie. Déjeme que le explique que lo que padre más desea en este mundo es pedirle perdón antes de morir.

—¿Estás seguro? ¿No lo dirás solo para complacerme?

—No, mi señor. Padre lleva años encamado. Ha desatendido todos sus asuntos, quehaceres y responsabilidades, que ahora recaen sobre mí. Se arrepiente de haber insultado a mi señor Mackenzie en su propia casa y sabe que ha traído la vergüenza a nuestro clan. Mi padre —continuó Evander, alzando los ojos para mirar a Finlay a la cara— siente que la muerte le acecha y desea abandonar este mundo con la conciencia tranquila.

—¿Tan grave está? —Finlay pensó en la inagotable vitalidad que había mostrado su antiguo amigo diez años antes—. No somos... no es tan viejo —se corrigió.

—Es la culpabilidad, mi señor, que le ha consumido por dentro. Por eso, le ruego que le permita pedirle perdón y arrepentirse. Tal vez así la muerte pase de largo unos años más, aunque los tenga que vivir postrado en un lecho.

El colérico Finlay se estaba ablandando; Evander estaba seguro. Observó su rostro en busca de algún cambio.

—Madre... ¿Recuerda usted a Lilias, mi madre? —Evander se detuvo y esta vez sí vio un cambio en el jefe del clan Mackenzie—. Madre también se está consumiendo, dedicada en cuerpo y alma a cuidarle. Parece muerta en vida y temo por ella.

—Lilias... —recordó Finlay. No había vuelto a pensar en ella en muchos años—. Una buena mujer, sin duda. Cuando éramos niños, todos confiamos en ella como guardiana de nuestros secretos más íntimos. Era recta y honrada a carta cabal, ya desde pequeñita. ¡Nunca una mala palabra, siempre conciliadora! Recuerdo que Duncan y yo...

El nombre de Lilias le trajo a la memoria una avalancha de recuerdos de una infancia feliz con su amigo Duncan y con Lilias y el resto de los chiquillos Mackenzie y Macrae, jugando todos juntos, corriendo por las laderas de los *glen* de las Tierras Altas de su amada Escocia. Finlay se quedó callado, pensativo. No sabía cómo, pero ahora que los Macrae habían vuelto a derrotar a los Macdonald, deseaba acabar con la estúpida enemistad que los había enfrentado esos diez años y ahora lo único que se lo impedía era su orgullo gigantesco.

—¿Entonces? —Evander esperaba ansioso la decisión de Finlay.

—¡De acuerdo! —explotó por fin Finlay—. Iré a ver a ese viejo cascarrabias y le concederé el honor de pedirme perdón —Miró a Evander, frunciendo el ceño—. Pero eso no significa que tú te hayas librado. ¡Ni mucho menos, jovencito! Tú y yo tenemos una cuenta pendiente que saldar. ¡No lo olvides! Mañana, con los primeros rayos de la mañana, iré a ver al cabezota de Duncan. ¡Pero tú ahora mismo vuelves al calabozo hasta que decida qué voy a hacer contigo!

Evander aceptó la orden de su señor Mackenzie sin oponer resistencia y regresó tranquilamente a la celda. En realidad, era una antigua cuadra a la que le habían cambiado los barrotes y desde donde se oía todo lo que sucedía en el patio de armas. Los auténticos calabozos estaban en una parte de los sótanos que hacía mucho que había caído en desuso, y ni siquiera Finlay estaba seguro de poder encontrarlos.

Tal como le había prometido a Evander, a la mañana siguiente Finlay mandó preparar la carreta para ir a Kintail a ver a Duncan. El camino era largo y Evander esperaba que Finlay recordara la vieja amistad durante el trayecto. Había mandado recado a casa a través de James, que conocía a varios Macrae que hacían el camino de Dornie a Kintail a diario, y habían prometido avisar a su madre.

Conociéndola, esperaba que Finlay fuera recibido en su casa como el gran señor Mackenzie que creía ser.

—Come un poco —le dijo el mozo cuando le dejó la bandeja a los pies de la celda—. Todavía no he conocido a ninguna jovencita que esté deseando casarse con un esqueleto andante —añadió, guiñándole un ojo.

—¿Me avisarás cuando regrese mi señor Mackenzie? —preguntó Evander ansioso.

—Por supuesto. Y no te preocupes por la señorita Dairine. La estamos cuidando entre todos. Sine nos lo ha ordenado y ninguno de nosotros osaría desobedecerla —remató con una sonrisa. Era como si la curandera tuviera un poder especial sobre los habitantes del castillo—. A propósito, tal vez te interese saber que por fin nos hemos librado de esa odiosa metomentodo de Morven, la prima del señor Finlay Mackenzie.

—¿Cómo lo habéis logrado? Yo solo la conocía a través de lo que me contó Dairine, pero no parecía muy buena persona...

—¡Una vieja bruja, eso es lo que es! —exclamó James—. Con permiso de las brujas buenas, claro —añadió con una sonrisa—. Entre ella y esa criada tan desagradable, no nos dejaban tranquilos a ninguno, siempre fisgoneando, vigilando, preguntando y metiendo las narices donde no debía. Y total, ¿para qué? Nos invaden y no nos enteramos... —James se rascó la cabeza con gesto de incredulidad al pensar en lo que había sucedido. Acto seguido, se volvió hacia Evander—. No te molesto, ¿verdad?

—No, claro que no —le aseguró Evander—. Es más, agradezco la compañía. ¡Me estoy volviendo loco aquí solo!

—Entonces, perfecto —James, que tenía ganas de palique, se acercó un taburete a los barrotes de la celda y se dispuso a contar la historia—. Pues verás, cuando Rory Macdonald entró en el castillo y llovieron las flechas sobre el patio de armas, Harris, en lugar de defender a su señor, corrió a esconderse en los sótanos como la rata que es. ¿Y dónde acaban las ratas? —preguntó James con una sonrisilla sibilina.

—No lo sé —repuso Evander confuso.

—¡Pues con otras ratas! —exclamó soltando una carcajada tan poderosa que casi se cayó del taburete—. ¿Cómo es eso que dicen? ¿«Dios los cría y ellos se juntan»?

—¿Se juntan quiénes? —Evander sentía verdadera curiosidad por saber cómo iba a acabar la historia.

—¡Harris y la bruja de la prima Morven! —exclamó exultante—. Resulta que los dos tuvieron la misma idea y se escondieron en la despensa más alejada de las cocinas, con la esperanza de que nadie los buscara allí. Es donde se guardan las ruedas de queso para que maduren. Dicen por ahí que, cuando Harris encendió la vela que había llevado consigo, casi los

descubren a causa del grito tan sonoro que se le escapó al encontrarse allí a Morven... y a seis o siete ratas más correteando por la despensa. Apenas hay espacio entre los anaqueles donde maduran las ruedas de queso, así que se pasaron toda la semana muy juntitos... ¡la seca de Morven asegura que demasiado juntos!

Evander no pudo reprimir la sonrisa que se estaba formando en sus labios.

—Cuando todo acabó —prosiguió James—, Orlagh bajó a por un queso para agasajar a todos los que habían ayudado en la defensa del castillo. ¡Se los encontró dormidos, abrazados y con un potente olor a queso que los siguió por medio castillo! ¡Seguro que dejaron a su paso un rastro muy, pero que muy oloroso!

Evander se imaginó la situación y se rio con ganas junto a James. Luego tomó un pedazo del queso que le habían traído para comer.

—Mira... ¡seguro que este queso ha sido testigo de su amor!

Los dos se echaron a reír y entonces James continuó con su historia.

—Resulta que Morven, que ha perdido el favor de su primo, acusa a Harris de... ¿lo adivinas?

—¡De haberla deshonrado! —Evander volvió a partirse de la risa—. ¿Y se casarán?

—Pues parece que a Harris no le queda más remedio, porque Orlagh jura que se los encontró abrazados y dormidos. O tal vez atontados por el potente afrodisíaco que es el queso para las ratas... Te aseguro que le contaré esta historia a mi hijo para que recuerde que, si uno es excesivamente duro con los demás, llegará un día en que le medirán por el mismo rasero.

Cuando estaba acabando la historia, James se giró al oír el ruido del rastrillo levantándose. Ya no lo dejaban nunca abierto.

—Es mi señor Finlay, que regresa.

—¿Qué crees que habrá sucedido? —preguntó Evander, y de nuevo le invadió la preocupación.

—Esperemos que lo mejor para todos —repuso James, quien recogió el taburete y volvió a sus tareas antes de que Finlay Mackenzie apareciera por las celdas.

De pronto, el corredor de los calabozos se ensombreció. La imponente presencia de Finlay Mackenzie cubrió todo el umbral y bloqueó la luz del día.

—Bueno, jovencito, tenemos que hablar.

—¿Cómo está mi padre? —preguntó Evander ansioso—. ¿Lo ha visto?

—Sí —La voz de Finlay sonaba triste—. Liliás me estaba esperando y me condujo a sus aposentos —Se quedó callado un buen rato—. Entiendo que estés preocupado por él. ¡No tenía que haber sido tan testarudo! Pero me pidió disculpas y yo las acepté.

Evander suspiró aliviado.

—Entonces, ¿ya está todo arreglado?

—¿Arreglado? ¡Ahora voy contigo, sinvergüenza! —La cólera explosiva parecía haber vuelto al enorme corpachón de Finlay—. ¿Cómo te atreves a deshonrar a mi hija?

—Ya le he explicado lo que sucedió con la flecha —protestó Evander, que temió que iban a regresar de nuevo al punto de partida.

—Sí, eso ya lo sé. Lo entiendo perfectamente. Pero ¿qué sucedió la noche de la fiesta con los Mackenzie del norte? ¿No la pasaste en los aposentos de mi hija? ¡Atrévete a negármelo y júramelo por tu honor!

Evander enmudeció. No podía mentirle, no a Finlay Mackenzie, y mucho menos ahora que se había reconciliado con su padre.

—Está en lo cierto, mi señor. Aunque no sucedió nada irremediable, soy culpable y aceptaré el castigo que tenga a bien imponerme.

—Creo que ya he tenido suficientes peleas con los Macrae —El cansancio hizo acto de presencia en la voz de Finlay—. Preferiría solucionar esto de una forma que no nos conduzca a otros diez años de enemistad. ¿Estás dispuesto a remediar tu ultraje y restaurar el honor de mi hija?

Evander apenas podía creer lo que estaba oyendo. ¿Realmente Finlay le estaba proponiendo que se casara con Dairine?

—Mi señor, haré todo lo que esté en mi mano para hacer feliz a Dairine. Soy un Macrae y siempre seré fiel a mi señor Mackenzie.

—Si lo que dices es cierto y no ha sucedido nada irremediable, ¿cuánto dinero aceptarías por olvidarte de ella y no decir nada de lo sucedido?

*No va a ser tan fácil librarse de mí...*

—Ninguna cantidad me alejaría de Dairine —replicó desafiante Evander—. La amo, y no me conformaré con nada que no sea su mano.

Finlay le miró ceñudo. De pie frente a él y flanqueado por los dos guardias, Evander creyó que nunca conseguiría convencerle.

—Quiero a su hija, señor. No me interesa el dinero, solo quiero hacerla feliz.

—Pero la desheredaré. No habrá dote. Lo sabes, ¿verdad?

—No me importa y le deseo que tenga muchos hijos varones que hereden su patrimonio y perpetúen su linaje con su nueva esposa. Yo solo quiero ser feliz junto a Dairine.

—¿Aceptas entonces a mi hija sin dote? No voy a gastar una sola moneda de oro en ella. Está deshonrada y tengo que pensar en mi futura familia. Eres tú o el convento.

Evander había vuelto a recuperar la esperanza.

—Entonces, ¿nos dará su bendición?

—Pues claro. Ese será mi regalo por haberme salvado la vida. Ya no te deberé nada. Eres libre de marcharte y llevártela ahora si quieres. ¡Guardias! ¡Dejadlo libre! Voy a avisar a mi hija.

—No, mi señor, un momento. Me gustaría pedirle un último favor. Si me lo concede, seré yo quien esté en deuda con los Mackenzie para siempre.

A Finlay le atrajo enormemente la perspectiva de que le debieran algo a él, en lugar de deberle él la vida al joven. Al fin y al cabo, era un Mackenzie y todo lo que se pudiera ahorrar le parecía bien.

—Pídeme lo que desees, siempre y cuando no me cueste dinero.

—Quiero darle yo personalmente la noticia a Dairine, pero antes debo volver al lado de mi padre y solicitarle su bendición. ¿Podría esperar un par de días antes de decirle nada?

Finlay sonrió al ver lo fácil que sería concederle su deseo.

—Por supuesto, te lo concedo. Es más, antes de mis esponsales debo atender unos asuntos en el norte relativos a la dote de mi futura esposa y parece buen momento para visitar a mi familia política. Te concedo dos días y, cuando regrese, espero que Dairine haya aceptado tu propuesta y que todo esto se haya solucionado.

—Le prometo, mi señor, que aceptará.



## Dairine

Habían transcurrido varios días desde el ataque fallido a Eilean Donan y la vida iba volviendo a la normalidad para todos los habitantes del castillo, excepto para Dairine. Parecían haberse olvidado de ella. Había quedado confinada en la primera planta de la torre, aunque ahora tenía la libertad de pasar las tardes en la salita de costura que solían usar las damas del castillo para recibir visitas y bordar. Era mejor que estar encerrada en sus aposentos, pero seguía teniendo guardias apostados en las escaleras. Continuaba siendo prisionera de su padre.

Nadie le decía nada, aunque todo parecía estar tranquilo después de los terribles acontecimientos de la semana anterior. La cocinera Orlagh en persona le subía las comidas en una bandeja. Siempre le preparaba un dulce o uno de sus platos favoritos. Le pareció que la miraba con cierta simpatía, pero no contestó a ninguna de sus preguntas.

A pesar de todo lo ocurrido, su padre no la había perdonado y estaba convencida de que acabaría en el convento, como tanto le había repetido la odiada Labhra.

*¡Labhra!*

Había oído rumores entre las criadas encargadas de traerle agua limpia y retirar las bandejas. Tal vez porque estaban más cerca de Dairine en edad o porque les parecía injusto el tratamiento que estaba recibiendo, las sirvientas más jóvenes se convirtieron en su mejor fuente de información. Por ellas supo que Labhra, que se había ofrecido voluntaria ante los Macdonald para atraer a Duncan al castillo, había desaparecido de Dornie casi al mismo tiempo que Finlay había echado en falta las joyas que había comprado para su futura esposa y que custodiaba la tía Morven en un cofrecito cerrado con llave. Según todos los rumores que circulaban por el pueblo, Labhra había caminado hasta el cruce por donde pasaba el carruaje de postas y las malas lenguas decían que se dirigía al sur. Los criados ya habían empezado a llamarla «la traidora Labhra, la amigueta de los ingleses» y algunos en Dornie incluso creían que había ayudado a los Macdonald a preparar el ataque a Eilean Donan.

Dos días antes, Dairine había visto partir el carruaje de su padre desde la ventana de la salita de costura. Poco después bajaron el rastrillo y ya no habían vuelto a levantarlo. Dairine empezaba a sentirse desesperada. De pronto, desde la ventana de la salita de costura, oyó una vocecita familiar. Vio la silueta de una niña de unos seis años jugando y saltando por el patio de armas.

—Las vidas de tres caballos, la vida de un hombre... Las vidas de tres hombres, la vida de un águila...

La niña se detuvo abruptamente para dar un salto tan largo como le permitieron sus cortas piernecitas.

—¡Ayla, Ayla! —gritó Dairine por la ventana.

Estaba segura de haber reconocido a la sobrinita de Sìne, pero la niña seguía absorta en su juego y parecía no oírla.

—La vida de un tejo, la longitud de una era... ¡Siete eras desde la Creación hasta el Día del Juicio!

Dairine iba a gritar de nuevo cuando una figura sonriente apareció en la salita de costura.

—¡Sìne, eres tú! —exclamó, y se abalanzó a sus brazos—. ¡Sìne, no me has olvidado!

—Claro que no, tonta. Yo nunca olvido a mis amigos —Sìne sonrió de oreja a oreja y le tomó las manos—. Perdona, Dairine, no he podido venir antes porque tenía mucho que hacer y preparar, ¡Pero aquí estoy!

—Gracias, Sìne. Eres la única que se acuerda de mí. Mi padre se fue y me ha dejado abandonada aquí. Además, no sé nada de Evander...

—¡Ah, pícara! Eso es lo que realmente te preocupa —rio Sìne—. Apuesto a que habrías preferido su visita a la mía, ¿a que sí?

Dairine se pulsó roja como la grana y sintió que una oleada de calor le invadía el cuerpo con la sola mención de Evander. Muerta de la vergüenza, le dio la espalda a su amiga.

—Evander me ha abandonado, Sìne. Después de lo que pasó entre nosotros... creo que no me quiere, que me rechaza por lo sucedido. Nadie me dice nada ni me explica qué ocurre.

Sìne se apiadó de la pobre muchacha y, aunque no podía traicionar la confianza que había depositado Evander en ella, decidió que al menos podía tranquilizarla y actuar como la madre o la hermana mayor que la joven nunca había tenido.

—Dairine, cariño —le dijo con dulzura—. Ven, siéntate aquí conmigo —Sìne la guio hasta los bancos que flanqueaban la ventana al patio. Abajo, su sobrinita Ayla seguía con sus juegos—. Evander no te ha olvidado. Él te adora, te lo prometo, pero aún debe solucionar algunas cosas antes de venir a reclamarte.

—Entonces, ¿va a venir? ¿Qué se lo impide, Sìne? ¿Por qué me tiene con esta desazón?

—Tranquilízate, niña. Evander es un hombre de honor, un Macrae de los pies a la cabeza, y cumplirá sus promesas ante Dios y ante ti. Pero todo a su debido tiempo.

Más tranquila, pero muy confusa, Dairine empezó a llorar al saberse querida. ¡Evander no la había abandonado! No la despreciaba. ¡La amaba de verdad!

—Sìne, la noche que pasó en mi alcoba, sucedieron algunas cosas... —Se detuvo para escudriñar el rostro de su amiga. Le preocupaba mucho qué pensaría de ella. Pero Sìne sonreía con cariño y Dairine por fin sintió la confianza que buscaba para resolver todas sus dudas—. Sìne, si te hago algunas preguntas sobre... sobre mi cuerpo... ¿tú me responderás?

—Claro que sí, querida niña —sonrió la curandera y la atrajo hacia sí. Aunque era pocos años mayor que Dairine, comprendía que la ignorancia de la pobre muchacha era consecuencia de las circunstancias en las que la habían criado. Entendía la desazón que le causaba no saber y no tener a quién acudir. Pensó en su madre y en su abuela, y en lo unida que se sentía a ambas—. Por supuesto, Dairine. De ahora en adelante, seré tu hermana mayor. Pregúntame todo lo que quieras saber.

\*\*\*

Se despertó como siempre, angustiada porque no sabía nada de Evander y su padre aún no había regresado, por lo que seguía encerrada en la torre cumpliendo el castigo impuesto por Finlay Mackenzie, y al que nadie se atrevía a dar fin. Poco importaba que hubieran vencido a los Macdonald. Su padre simplemente parecía haber olvidado que ella seguía allí, esperando.

Harris había desaparecido con la tía Morven. Tras la cobardía que había demostrado durante el asedio, Finlay no quiso que se quedara ni un minuto más en el castillo. Casi milagrosamente, su prima había decidido también que había llegado el momento de abandonar a Finlay y anunció a los cuatro vientos que durante su encierro en las despensas de Eilean Donan a solas con Harris,

este había tenido la decencia de pedirle en matrimonio para no deshonrarla. Harris no se atrevió a contradecir a la adusta Morven, quien además, tenía una bonita suma de dinero ahorrada tras los diez años largos que había empleado al servicio de su primo. Por eso concluyó que, si lo pensaba con detenimiento, Morven no era tan mal partido después de todo.

Para alivio de todos los habitantes de Eilean Donan, nadie había vuelto a saber nada de Labhra. En realidad, nadie la echaba de menos.

Pero Dairine seguía allí sola, esperando en la salita de costura a que regresara su padre y le comunicara su decisión.

Entonces lo vio. Desde lo alto de la sala donde pasaban las tardes bordando las damas del castillo, lo vio llegar montado en Dubh, su magnífico caballo negro. El corazón le dio un vuelco, pero no supo qué pensar ni qué imaginar. Habían transcurrido varios días desde la liberación de Eilean Donan y no le había enviado ni un triste mensaje. Por mucho que Sìne le dijera que tuviera paciencia, Dairine sospechaba que la curandera no le estaba diciendo todo lo que sabía.

Evander estaba imponente sobre tan magnífica montura, con su cabello dorado brillando bajo el sol de la mañana. Dairine vio cómo echaba el pie a tierra y le daba las riendas de su caballo a un solícito James, que apareció de repente, como si hubiera estado esperando la entrada triunfal de Evander a Eilean Donan.

—¡Dairine! —gritó Evander mientras subía las familiares escaleras de dos en dos—. ¡Apartaos, abrid paso! —les ordenó a los guardias, que rápidamente se hicieron a un lado, temerosos de provocar la ira del héroe de Eilean Donan—. ¡No os atreváis a interponeros entre mi amada y yo!

Al otro lado de la puerta, Dairine sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. Pero recordó los días de abandono y las dudas que sentía en lo más profundo de su corazón.

—¡Dairine, Dairine! ¡Ya estoy aquí! —Evander abrió de golpe las puertas de la salita de costura—. ¡Aquí estoy, amada mía!

—No grites de esa forma —Dairine quiso mostrarse enfadada y hacerle comprender todo lo que había sufrido—. ¿Qué haces aquí? Pensé que preferías a una mujer más madura y valiente —dijo, en clara referencia a Sìne.

—Imposible, Dairine. Tú eres mi amiga, mi amor. He soñado contigo desde el día que te vi en el *loch* Duich. ¡Eres mi salvadora, mi diosa! No podría amar a nadie más. Ven, dime que tú también me amas y que me desees tanto como yo a ti —Evander se había acercado hasta ella y le acariciaba los cabellos, que estaban sujetos con unas horquillas de nácar.

—Nos van a ver —protestó Dairine, retirándole la mano.

—Ya me da igual. ¡Todo me da igual! ¡Que me oigan todos los habitantes del castillo!

—¡Calla, insensato! —Dairine estaba escandalizada y emocionada a partes iguales—. Ven, vamos a mi alcoba. ¡Y habla más bajo o se enterará hasta mi padre desde el castillo Leod! —Tomándole de la mano, le condujo a sus aposentos—. Aquí nadie nos molestará.

—Dairine, amor mío...

—Espera —le interrumpió Dairine—. Vamos a mover el baúl.

En ese momento, Evander estalló en carcajadas, con una risa tan contagiosa y liberadora que Dairine tuvo que hacer un esfuerzo hercúleo para mostrarse enfadada con Evander. Entre los dos movieron el arcón para atrancar la puerta.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Dairine con los brazos en jarras y un mohín de enfado en el rostro.

—Porque antes de venir a reclamarte como mía, debía obtener la bendición de mi padre y el

permiso del tuyo... para casarme contigo.

Dairine le miró como si fuera la primera vez que le veía. Evander se arrodilló ante ella.

—Me aceptas como tu caballero, como tu amor? ¿Te casarás conmigo, Dairine? —preguntó Evander emocionado.

—Claro —susurró Dairine en una voz apenas audible.

—Entonces, ¿me perdonas todas las afrentas? ¿Deseas ser mía para siempre?

En lugar de responder, Dairine le soltó las manos y se abalanzó sobre su boca. Las lágrimas empapaban sus mejillas sin que pudiera hacer nada para controlarlas. Sorprendido, Evander la abrazó y, separándose por unos instantes de sus labios, le susurró al oído:

—¿Eso es un sí?

Dairine levantó la vista y asintió con la cabeza. Evander volvió a besarla con delicadeza, saboreando sus labios como si fuera la primera vez.

—Evander...

—Te amo, te deseo. Eres mi diosa para toda la eternidad.

—Yo también te amo y te deseo —repuso Dairine—. Ahora sé que serás mío para siempre.

—Mi diosa... —le susurró al oído y se lo recorrió con la lengua mientras la tomaba en brazos y la transportaba a la alcoba—. Dairine, ¿me deseas? Dímelo otra vez...

Pero ella ya le estaba deshaciendo el nudo de la camisa. Alzó sus ojos hacia Evander y este no tuvo ninguna duda. Las mejillas de Dairine estaban enrojecidas y su mirada brillaba ardiente de anhelo. Abrió los labios con intención de decir algo, pero Evander se abalanzó sobre su boca sin darle tiempo a emitir ningún sonido. Profundizó con la mano en su escote para acariciar aquellos senos tan deliciosos que le llamaban a gritos mientras Dairine intentaba quitarle los calzones sin demasiado éxito.

Sintió la boca de Evander sobre sus pechos, notó sus dientes abriéndose paso y luchando con el vestido sin cejar en su empeño. Su lengua encontró un pezón justo cuando el vestido por fin se aflojó y pudo deslizárselo por los hombros.

—Eres preciosa —dijo Evander, contemplándola de pie, desnuda a la luz del día—. Eres una diosa. ¡Y eres mía!

Dairine se sentía igual de feliz, henchida de amor y deseo.

Evander se quitó los calzones y Dairine vio por primera vez su virilidad, con un tamaño que solo conocía por la huella que había dejado al apretarlo contra su muslo. La joven tembló ligeramente.

—Tranquila —Evander la acarició al notar su desazón—. Tenemos toda una vida para desearnos y aprender a satisfacernos —le susurró al oído al ver la expresión de su rostro.

Movida por la curiosidad, Dairine se acercó y le acarició el miembro. Evander la contempló emocionado. Le tomó la mano y se la colocó sobre toda su extensión.

—Así —le dijo—. Acaríciame así.

Dairine empezó a deslizar su mano como le indicaba Evander. Sintió que el fuste que tenía entre sus dedos se ponía cada vez más rígido. Evander empezó a jadear con la respiración entrecortada. Para Dairine, el cuerpo de Evander era todo un mundo inexplorado y desconocido. Era el primer hombre que veía completamente desnudo y, después del susto inicial, quería conocerlo y acariciarlo por completo.

Deseó aprender a darle placer como él se lo había dado a ella.

La curiosidad impulsaba a Dairine a acercarse a su virilidad y a besarle toda su longitud. El gesto delicado y amoroso de Dairine excitó aún más a Evander, que le apartó la cabeza con

delicadeza. Dairine le miró extrañada.

—¿Por qué?

—Porque si no, no llegaré a tiempo para fundirme en uno contigo, que es lo que más deseo en este mundo. Deseo entrar en ti y derramar mi semilla en tu vientre. Deseo que me sientas y deseo calmar tu ardor.

Dairine le miró totalmente enamorada. No lo entendió muy bien, pero estaba dispuesta a seguir los movimientos de Evander allá donde la llevaran.

Él volvió a tumbarla boca arriba y a besarle todo el cuerpo con esos labios que tanto la amaban. Los deslizó por su vientre, besando su cintura y su ombligo. Ahora que ya conocía las sensaciones, Dairine deseó que le acariciara el sexo, que se deleitara con la lengua en cada uno de sus pliegues, que la hiciera gemir de placer.

Dairine deseaba sentirle más que ninguna otra cosa en el mundo y le atrajo hacia ella. Ya completamente desnudo, Evander se colocó encima del cuerpo que adoraba y empezó a besarle la frente mientras le acariciaba los hombros. Dairine le rodeó el fuerte torso con sus brazos y buscó su boca apasionadamente. Le besó con ardor y esta vez fue ella quien dirigió la exploración de su boca mientras sentía el miembro de Evander endurecerse sobre su vientre.

Jadeando, Evander le acarició los senos y bajó la mano hacia su abertura. Dairine no quiso reprimir el gemido de placer que le inundó la garganta y Evander siguió bajando, besándole el vientre y enredando la lengua en esos rizos que había imaginado en la oscuridad nocturna y que ahora por fin veía con toda claridad. Los gemidos de Dairine se acrecentaron y apretó con fuerza la cabeza de Evander contra su sexo. Deseaba más, deseaba su lengua recorriéndola por dentro y por fuera como la otra noche, acariciándola, excitándola.

Evander parecía conocer su cuerpo mucho mejor que ella misma. Mientras su boca se deleitaba con los jugos que emanaban de su sexo, no paraba de jugar pellizcando con los dedos los pezones de Dairine, quien, ya con los ojos cerrados, se arqueaba y se revolvía presa del deseo bajo el cuerpo de Evander.

Gimió y le apretó más la cabeza. Se sentía a punto de estallar. Notó la humedad que le bajaba por las nalgas, pero no sabía si provenía de su sexo o de la boca de Evander. De pronto, sintió que la lengua se movía desenfrenadamente y no pudo evitar el grito.

—¡Sí, Evander!

La sensación de placer le invadió todo el cuerpo y entonces algo empezó a empujar. Evander levantó la cabeza y trepó sobre su cuerpo hasta llegar a la boca de su amada. La besó con más pasión que nunca, con el sabor del deseo en la punta de la lengua.

—¿Me deseas dentro de ti, Dairine?

—Te deseo entero. No sé cómo, pero te deseo dentro de mí.

Evander colocó su miembro erecto entre las piernas de Dairine, que se estremeció de placer al sentirlo tan cerca.

—Iremos al ritmo que tú quieras, mi amor —Pero antes de que hubiera acabado la frase, Dairine le agarró la cabeza y le besó con tanta pasión que no fue necesario seguir hablando.

Con sumo cuidado, Evander se colocó entre las piernas de su amada y le levantó las nalgas con unos almohadones. Poco a poco, tanteó la entrada, consciente de que era la primera vez de Dairine y tendría que abrirse paso a la fuerza para desflorarla. Tampoco él tenía experiencia y se sentía muy nervioso ante la perspectiva de hacerle daño.

Dairine le vio la cara y sonrió.

—He hablado con Sine y por fin alguien me lo ha explicado todo. No te preocupes por mí,

Evander, sé que después estaré bien.

Evander entró un poco más en el hueco de sus piernas. Oyó el leve gemido que se escapó de los labios de Dairine, que sonreía al tenerlo encima.

La joven le tomó la cabeza entre las manos y le susurró al oído:

—Te deseo, Evander. ¡Te deseo en cuerpo y alma!

Entonces Evander empujó con fuerza y se adentró en ella. Dairine lo sintió prieto, casi como si no fuera a caber. La punzada de dolor se agudizó por un instante, pero, de pronto, una oleada de calor invadió su vientre. Le miró y Evander comenzó a moverse lentamente: se acomodó y se hizo sitio en el cuerpo de su amada.

Dairine sentía cada movimiento del miembro de Evander. Cerró los ojos. Quería sentirle, gozar, abandonarse a todas esas sensaciones nuevas que le estaba enseñando su amante. De pronto, sintió una ligera humedad en uno de sus pezones y los movimientos de cadera de Evander se acompañaron a los círculos que trazaban unos dedos juguetones que, de vez en cuando, le pellizcaban el pezón. El placer que sentía en el pecho bajó hasta su vientre, donde se concentró. Un nuevo fuego se encendió en su sexo. No pudo evitar llevarse la mano a su montículo del placer.

—Déjame a mí —dijo Evander y, retirándole la mano, la acarició mientras movía las caderas rítmicamente, cada vez un poco más rápido.

Dairine tenía todos sus sentidos concentrados en lo que Evander hacía con su cuerpo. Arqueó la espalda porque así permitía que su virilidad la penetrara más profundamente. Su respiración cada vez era más entrecortada. No podía más. Sintió la tensión que se iba acumulando en todo su cuerpo, pero Evander continuaba sin detenerse, moviéndose rítmicamente, cada vez con más fuerza y pasión, sin descansar ni un solo instante. Dairine se sentía transportada, a punto de estallar. Se sujetó con las manos al cabecero del lecho y levantó el pubis cuando sintió que el éxtasis estaba a punto de embargarla.

De repente, sintió un mordisco en un pecho y, como por arte de magia, su interior comenzó a arder como un volcán. Entonces liberó toda la tensión en una oleada de placer que le pareció infinita. Unos segundos más tarde, oyó gritar a Evander, que se detuvo cuando su interior todavía palpitaba alrededor del miembro de su amado, cuando aún reverberaba de placer sobre la virilidad de Evander, que estaba derramando su semilla dentro de ella.

Satisfecho, Evander se tumbó sobre su cuerpo, sin salir de su interior, y le susurró al oído:

—Te amo, Dairine. Eres mi diosa.

Dicho esto, salió de su cuerpo con delicadeza y se tumbó a su lado. Le apartó los rizos del rostro y la contempló extasiado.

Ella le miró sonriente, agotada, satisfecha de placer.

Evander la abrazó y así se quedaron, quietos, con toda la tensión de los últimos días por fin liberada y en paz, en brazos de la persona a la que amaban. Sus cuerpos relajados se dejaron llevar por el cansancio y poco a poco fueron quedándose dormidos.

—¡Abre, Dairine! ¡Tengo noticias para ti! —La voz atronadora de su padre le llegó a través de la puerta bloqueada por el arcón.

—¡Evander, despierta! ¡Nos hemos quedado dormidos y ha llegado mi padre!

—¡Dairine? No es un sueño, ¿verdad? —preguntó Evander extasiado al recordar las horas de amor apasionado que habían compartido.

—¡¡Dairine!!

Su padre no dejaba de aporrear la puerta y Dairine se vistió como pudo a toda prisa.

—Ya voy, padre. ¡Enseguida abro!

Intentó ganar algo de tiempo mientras le indicaba con gestos a Evander que se apresurase y se vistiera. Cuando vio que ya tenía casi toda la ropa puesta, retiró la esquina del baúl que bloqueaba la puerta.

*Definitivamente, tenemos que hacer instalar un cerrojo.*

—¡Dairine, tu futuro está solucionado! —Finlay seguía gritando mientras entraba a grandes zancadas a los aposentos de su hija—. Evander, el hijo de Duncan, me ha pedido formalmente que te entregue en matrimonio y...

—Señor, mis disculpas —murmuró Evander en una voz apenas audible, y salió de los aposentos de Dairine a toda prisa mientras acababa de anudarse el lazo de la camisa—. Enseguida regreso...

El pobre Evander echó a correr sin terminar la frase.

Finlay enmudeció del asombro.

—¿Ese es...? —Volvió a enmudecer y miró a su hija—. ¿Pero no era...? —De nuevo se calló—. ¿Y qué hacía...?

Dairine enrojeció hasta la punta de las orejas. No sabía qué decir ni cómo iba a reaccionar su padre, así que le pareció que lo mejor era quedarse callada.

Finlay la miró de arriba abajo y advirtió los rizos desordenados, el corpiño sin atar y las enaguas que habían quedado abandonadas sobre el piso de madera. Se giró hacia su hija con toda seriedad.

—Te casarás en septiembre, un mes antes de mi boda. No creo que podamos esperar a después de casarme yo.

La volvió a mirar para añadir:

—No hace falta que vengáis a mi boda en la corte. Ya veo que Eilean Donan es el lugar ideal para vosotros dos. Haré que publiquen las amonestaciones en la iglesia de Dornie mañana mismo. Es evidente que no hay tiempo que perder.

## Epílogo

La boda había sido preciosa.

Finlay y Duncan decidieron que lo mejor, después de todo lo ocurrido, era celebrarla cuanto antes. Ya no cabían los disimulos, pero Finlay tampoco deseaba tener que dar más explicaciones de las justas en la corte. Al fin y al cabo, no había deshonor si el primogénito era sietemesino.

Las niñas de Dornie habían decorado la ermita con grandes ramas de serbal que ya exhibían sus frutos rojos otoñales, alternados con ramas de saúco para proteger a la joven pareja de las garras del diablo. Había ramilletes frescos de brezo de hierba de venado mezclado con musgo de cuerno de ciervo, como símbolo de la unión de los dos clanes.

Habían tenido que llevar a Duncan en una carreta, ya que, aunque su estado de salud parecía haber mejorado, seguía muy débil y nadie sabía si volvería a caminar.

Sìne se había encargado de prepararlo todo. La joven curandera había acogido a la pareja bajo su ala y se esmeró en que todos los detalles de la boda fueran perfectos. Ni siquiera a ellos, sus protegidos, les reveló todos los caminos secretos que habían permitido recuperar Eilean Donan de las garras de los Macdonald. Únicamente había permitido que Duncan Macrae recuperara su *whisky* y, después de la ceremonia en la ermita, cuando la comitiva regresó a Eilean Donan para las celebraciones de los esponsales, les pidió a los recién casados que fueran con ella al patio de servicio a plantar un nuevo tejo que diera cobijo y protección a los Macrae dentro del castillo.

—¡Para que, como señores de Eilean Donan, estéis siempre en contacto con lo más profundo del castillo! ¡Para que con sus ramas hagáis los mejores arcos para vuestros hijos, y vuestros hijos para los suyos, y para que vuestro linaje sea tan longevo y fructífero como este tejo que acabamos de plantar!

Los tres amigos se dieron la mano y rodearon al joven tejo que hundiría sus raíces en el promontorio de Eilean Donan. Así, se fundieron en una sola entidad con el castillo. A Dairine le pareció que una corriente de vida le llegaba de las rocas y le subía hasta el vientre, como si algo se agitara en su interior. Miró a Evander con ojos inundados de lágrimas de amor y le pareció que su amado la abrazaba con la vista, del mismo modo que los tres abrazaban el árbol que acababan de plantar.

Todo estaba preparado en el salón de banquetes, pero esta vez la fiesta era muy diferente de la última que se había celebrado allí. En la cabecera, Dairine y Evander presidían el banquete, con Duncan y su esposa Lillas a la derecha, y Finlay a la izquierda, acompañado de su futura esposa, que por primera vez, esbozaba una tímida sonrisa. Después de las celebraciones, partiría junto a Finlay y sus padres hacia el castillo Leod, donde vivirían después de celebrar los esponsales.

El salón de banquetes acogió a invitados muy diversos por expreso deseo de los novios. Después de plantar el tejo, Sìne y su sobrina habían aceptado un puesto de honor en la mesa, al

igual que James y su esposa. A pesar de las quejas de Finlay, Dairine y Evander habían decidido invitar a todos los sirvientes a que celebraran con ellos su boda, así como a los valientes Macrae que habían logrado reconquistar Eilean Donan. Para ello, habían dispuesto bancos en el patio de armas y toda la comida se había dejado preparada la noche anterior para que hasta la cocinera Orlagh pudiera disfrutar del feliz acontecimiento. Dentro, en el salón, se sucedían los vítores y brindis, deseando larga vida a los recién casados y afuera, en el patio, la cerveza corría como si se tratase de agua.

—Tengo un regalo para ti, Finlay —dijo Duncan, que parecía haber recuperado parte de la salud desde que se reconciliaron—. ¡Errol, Ian! ¡Traed el arcón!

Los dos hermanos de Evander, que habían descubierto que las batallas eran algo mucho más serio que jugar a las espaditas, sentían un renovado respeto por su hermano mayor y su heroica actuación para recuperar Eilean Donan de las garras de los Macdonald. Salieron y regresaron al salón con una gran caja con dos asas que transportaron con esfuerzo entre los dos. La depositaron a los pies de la mesa, justo delante de Finlay.

—Abridla —les ordenó Duncan. Los dos chicos obedecieron y, dentro del gran arcón, apareció una colección de botellas y vasijas de variados tamaños—. Finlay, para sellar la paz y como regalo de bodas, aquí te entrego mi colección más preciada de *whisky*. La he ido acumulando a lo largo de los años, pero creo que tú las disfrutarás más en el castillo Leod. Menos esta botella, que nos beberemos ahora.

Duncan Macrae hizo un gesto y una sirvienta se acercó a él con una vasija dorada, no demasiado grande, y dos vasos de vidrio coloreado. Los colocó delante de Finlay y Duncan, y este los llenó.

—A tu salud, Finlay, y a la salud de toda tu familia —añadió—. Que tu nueva esposa te dé todos los hijos varones que desees y que nada vuelva a perturbar la paz entre nuestros clanes. ¡Por los Mackenzie y los Macrae! —gritó.

—¡Por los Macrae y los Mackenzie! —repuso Finlay, y todo el salón de banquetes se unió a sus voces.

—¡Por la unión de nuestros clanes y por Eilean Donan! —volvió a gritar Finlay—. ¡Por Evander y Dairine!

—¡Por Evander y Dairine! —atronó el salón de banquetes al completo.

Tras las celebraciones, Dairine estaba deseando retirarse con su esposo. Había sido el día más feliz de su vida. ¡Por fin Evander era suyo! No más adivinar, no más conjeturas o dudas. Podía entregarse a él sin reservas, con total libertad, casi sin pensar.

Ya solos en sus aposentos, le miró a los ojos.

—Tenemos toda la noche para nosotros —dijo Evander.

—Te equivocas, tenemos toda la vida —le contradijo Dairine, sonriendo—. ¡Eres mío!

Vio la cara de felicidad y deseo en el rostro de Evander y se abalanzó hacia él con tanta fuerza que acabaron rodando por el suelo, muertos de la risa.

—Mi señor, mi señora, ¿todo bien? —Se oyó una voz desde el corredor. Un guardia había acudido al oír el alboroto.

—Todo bien, sin problema —repuso Evander a voz en grito—. ¡Ahora retírate y no te acerques a los aposentos de mi esposa!

Dairine casi no podía aguantar la risa.

—Definitivamente, tenemos que mandar instalar un cerrojo —le cuchicheó al oído—. Lo del baúl no me parece nada práctico...

Ambos volvieron a reír, pero movieron el baúl para atrancar la puerta. Esa noche no deseaban ninguna interrupción ni visitas sorpresa. Esa noche por fin podrían ser uno, desearse y complacerse sin remordimientos, poseerse mirándose a los ojos y decirse que se amaban para siempre.

Esa noche era la primera de infinitas noches.

*Él es mío y yo soy suya.*

Dairine tomó la vela de la palmatoria que había dejado encima del tocador y encendió con ella las velas que había distribuido por la alcoba.

—Esta noche quiero verte bien —le dijo con ojos llenos de deseo—. Quiero admirarte sin prisa. Quiero sentirte en todo mi cuerpo, con todos los sentidos. También con la vista.

Evander ya no lo resistió más. Se acercó a ella y empezó a desvestirla con toda la delicadeza.

—Esta noche, por fin eres mía ante Dios y los hombres, y yo soy tuyo. Yo también quiero verte.

Dairine sintió cómo sus fuertes manos iban deshaciendo los lazos del corpiño de su vestido y se le erizó la piel al sentir las sobre sus hombros. Se apretó contra él y recordó todo lo sucedido esos últimos meses. Notó la dureza que crecía en los pantalones de Evander y se apretaba contra su cuerpo y sintió cómo todo su ser respondía a la llamada del deseo de su amado.

—Evander... —acertó a decir.

—Te deseo tanto...

Evander empezó a tirar de sus vestidos con más fuerza, ya sin ningún cuidado, y Dairine lo imitó, arrancándole la camisa. De pronto, Evander la levantó en brazos y la sentó en lo alto del tocador para devorarle los senos. Dairine arqueó la espalda para darle vía libre a sus pezones, erectos como astas de ciervo, que deseaban ser lamidos y succionados. Evander se los metió en la boca y los saboreó, primero uno y luego otro, mientras sostenía a Dairine por la cintura.

Dairine ahogó un gemido de placer. Casi sin pensar, le rodeó el cuerpo a su amado con las piernas y dejó su sexo accesible. Evander se apretó contra ella y sintió el calor que le llamaba y la humedad que le invitaba a entrar. Mientras su esposa se sujetaba firmemente a su cintura, la levantó sosteniéndola por las nalgas, con lo que recibió el calor de su abertura directamente en su miembro, que buscaba y acariciaba con anhelo los pliegues de Dairine.

Entonces, sin poder resistirlo, Evander la depositó con delicadeza en el lecho nupcial y la penetró dulcemente con toda su virilidad.

*Eres mi diosa, Dairine...*

Si quieres estar al tanto de las novedades  
de Cherry Publishing España,

síguenos en Instagram:

[@cherrypublishing\\_esp](#)

Sigue también a la autora:

[@laureen.altman\\_libros](#)

¡Activa las notificaciones y no te olvides  
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno  
Corrección y edición: Paloma Vega Centeno  
Composición y maquetación: Cherry Publishing  
Diseño de la cubierta: Ketí Matakov